

# EL MATRIMONIO

Por M. Lloyd-Jones

Efesios 5:22-33

## Parte 1

PRINCIPIOS BÁSICOS	2
Efesios 5:22-33	
EL ORDEN DE LA CREACIÓN	9
Efesios 5:22-24	
LA ANALOGÍA DEL CUERPO	17
Efesios 5:22-24	

## Parte 2

EL AMOR VERDADERO	25
Efesios 5:25-33	
LA ESPOSA DE CRISTO	31
Efesios 5:25-33	
LA PURIFICACIÓN DE LA ESPOSA	38
Efesios 5:25-33	

## Parte 3

LAS BODAS DEL CORDERO	45
Efesios 5:25-33	
UNA CARNE	52
Efesios 5:25-33	
LOS PRIVILEGIOS DE LA ESPOSA	58
Efesios 5:25-33	

## Parte 4

LOS DEBERES DEL ESPOSO	65
Efesios 5:25-33	
RELACIONES TRANSFORMADAS	72
Efesios 5:25-33	

# Parte 1

## PRINCIPIOS BÁSICOS Efesios 5:22-33

Ahora llegamos a lo que he estado describiendo como la aplicación práctica del principio que el apóstol estableció en el versículo 21: 'Sometiéndose unos a otros en el temor de Cristo'. Este era el principio general, y ahora, como es su costumbre invariable, él viene a su aplicación particular.

No puede haber duda alguna de que eso es lo que el apóstol está haciendo. Podemos probar esto en tres formas diferentes. La primera es la palabra 'estén sujetas' que se encuentra en la versión Reina Valera (1960) y también en otras versiones. 'Las casadas estén sujetas a sus propios maridos'. En realidad en el original la palabra traducida 'estén sujetas' no figura; simplemente dice 'Las casadas a sus propios maridos, como al Señor'. ¿Cómo explicamos la omisión de la palabra? Significa que el apóstol está llevando el precepto sobre 'sometiéndose' desde el versículo 21 al versículo 22. Entonces el hecho en sí de que la palabra realmente no se repite es una prueba de que el versículo 22 es continuación del versículo 21, y que el apóstol está considerando el mismo tema, el principio general de la sumisión. Él sabe que este tema estará en la mente de sus lectores y en consecuencia dice: 'Las casadas (con respecto a este tema de la sumisión) a sus propios maridos'. De modo que la ausencia en sí de la palabra 'sujetar' en el original es una prueba en sí de lo que el apóstol está haciendo aquí.

Pero hay una segunda prueba. Consiste en el hecho de mencionar a las casadas antes que a los maridos. Eso no es un accidente; ni lo hace por simple amabilidad o basado en el principio de 'las damas primero'. La Biblia, como hemos de ver, y conforme a lo que el apóstol expone, invariablemente utiliza el otro orden. Es cierto que la ley de la costumbre lo hace así y nosotros en la conversación común, también lo hacemos. No solemos decir señora y señor fulanos de tal; en cambio decimos señor y señora fulanos de tal. De modo que cuando el apóstol pone a las esposas en primer lugar en su consideración de la relación entre cónyuges, tiene buenos motivos para hacerlo. El motivo es que está particularmente preocupado por este tema de la sumisión—'sometiéndose'. Ese es el principio que ha bosquejado en el versículo 21. Ahora bien, en la relación matrimonial, el aspecto de la sumisión, como él lo demuestra, se aplica particularmente a las esposas. Hay otro aspecto que se aplica a los maridos—y va a considerarlo, porque su declaración es una declaración completa y equilibrada—pero, puesto que su preocupación principal es el tema de la sumisión, inevitablemente, y en forma completamente natural, pone primero a las esposas. De modo que tenemos una segunda prueba que aquí el apóstol está desarrollando el principio general que estableció en el versículo 21.

Otro, y tercer argumento, es que usa la expresión 'a sus propios maridos'. Nótese el énfasis, 'las casadas estén sujetas a sus propios maridos'. En el versículo 21, ha establecido el principio general de la sumisión, en lo que respecta a todos los cristianos en su relación con otros—'Sometiéndose unos a otros'. El argumento entonces es el siguiente: si ustedes lo hacen en términos generales y si lo hacen respecto a otros, cuánto más deberían hacerlo las casadas en relación a sus propios maridos, en esta relación peculiar que ha sido tan adecuadamente definida en el Antiguo Testamento.

Me tomo el trabajo de subrayar esto, porque si no tenemos un concepto claro de que el versículo 21 realmente es el principio básico, de ninguna manera podremos comprender correctamente esta detallada enseñanza. Habiendo aclarado este punto, prosigamos.

Antes de considerar este tema tan vital y de suprema importancia—especialmente en los días actuales—es imprescindible que primero miremos a la declaración general del apóstol. Observemos su método. Tengo muchos motivos para proceder de esta manera. Veremos que lo que el apóstol está haciendo aquí lo hará también en el caso de 'hijos y padres' y 'siervos y amos'. En cada caso notarán el orden. Los hijos preceden a los padres. ¿Por qué? Porque al apóstol le preocupa la sumisión. Los hijos no preceden a los padres; pero en este caso sí, porque se trata del tema de la sumisión. Y los siervos preceden a los amos por el mismo motivo. Sostengo que al estudiar una porción de las Escrituras como es ésta—y como ya he dicho, por el momento

estoy preocupado por tratar el asunto en términos generales—descubriremos que el apóstol emplea su método acostumbrado; y si tenemos éxito en discernir su método respecto de un ejemplo particular, habremos descubierto la clave para el entendimiento de sus otros escritos. Y no sólo eso; si estudiamos con exactitud cómo el apóstol trata a cualquier problema, si realmente hemos descubierto su método, entonces, estando frente a otro problema, veremos que no necesitaremos sino aplicar el método y veremos que en la medida en que apliquemos el método seremos capaces de descubrir la respuesta. Entonces, lo que estamos haciendo por el momento es estudiar el método del apóstol primeramente. Una vez hecho esto, hemos de ocuparnos del tema particular que él está considerando aquí.

En este párrafo particular hay algunas cosas que sobresalen con mucha claridad y que ilustran el método del apóstol. He aquí la primera: el hecho de habernos convertido en cristianos no significa que automáticamente estemos acertados en todo lo que pensamos y hacemos. Hay algunas personas que aparentemente piensan que ese es el caso. De acuerdo a ellas, en el momento que una persona se convierte en cristiana, todas las cosas quedan perfectamente corregidas y claras. Muchas veces se encuentran evangelistas que son culpables de esto, porque en su ansiedad por obtener resultados, hacen declaraciones extravagantes, dejando de esa manera muchos, muchos problemas para pastores y maestros. La impresión que ellos dan es que la persona entra a una especie de atmósfera mágica; ¡nada es igual, todo es diferente, no hay problemas, ni dificultades! Todo lo que tiene que hacer es tomar su decisión, luego la historia será: "y vivieron todos muy felices para siempre". Y de ahí nunca habrá ningún problema o dificultad. Por supuesto, esto es totalmente erróneo. Si fuera cierto, nunca habría escrito ninguna epístola en el Nuevo Testamento. El hecho de habernos convertido en cristianos, y que el problema básico de nuestra relación con Dios haya sido corregido, no significa que ahora estemos automáticamente acertados en todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Este párrafo que estamos considerando es una prueba por sí sola del hecho que necesitamos ser instruidos acerca de ciertos asuntos.

El segundo principio es este: no solamente es cierto, como he estado diciendo, que el cristiano no está automáticamente acertado en todas las cosas por el sólo hecho de ser un cristiano sino que podemos decir que el hecho de que alguien haya llegado a ser cristiano probablemente le causará nuevos problemas, problemas que nunca antes haya tenido que enfrentar. O bien, si esto no ocurre, con toda certeza le presentará problemas que nunca ha tenido que enfrentar de esta manera. Ahora ve las situaciones como nunca antes las había visto. Aunque antes en realidad nunca había pensado, en cambio ahora se siente compelido a pensar. Y tan pronto comienza a pensar, y por el hecho de pensar, tiene nuevos problemas que enfrentar.

Esto fue lo que en gran manera ocurrió en la iglesia primitiva. Las cosas ocurrieron más o menos así. Tomemos el caso de una esposa. Un esposo y su esposa habían vivido juntos como paganos. No siendo cristianos ninguno de los dos, vivían su vida matrimonial como los paganos solían hacerlo en ese tiempo. Más adelante hemos de referirnos a ello. Pero ahora la esposa se convierte y llega a ser cristiana. Inmediatamente surgía para esa esposa la tentación de decir: "Muy bien, ahora por supuesto estoy libre. Ahora entiendo las cosas como nunca antes las he entendido. El evangelio me ha dicho que: 'No hay bárbaro, ni escita, ni hombre, ni mujer, ni esclavo, ni libre'. Por eso ahora ya no he de vivir como solía hacerlo antes. Ahora tengo un entendimiento que mi esposo no tiene". El peligro que corría esa esposa era de malinterpretar su nueva vida en tal forma de arruinar su relación matrimonial. Lo mismo ocurría entre hijos y padres y lo mismo tiende a ocurrir en la actualidad. Muchas veces cuando los hijos son convertidos y sus padres no lo son, cuando tienen un entendimiento que sus padres no tienen, malinterpretan la nueva situación y son guiados por el diablo a usar mal y abusar de ese entendimiento. Al fin de cuentas son culpables de quebrantar el mandamiento de Dios que dice que los hijos han de honrar a sus padres. De esa manera, y en forma casi inevitable, del discernimiento que viene por el hecho de ser cristianos nacen nuevos problemas que nunca antes se habían encarado. Entonces deducimos de este pasaje que el gran cambio que ocurre con la regeneración tiende a producir nuevos problemas. El resultado es que debemos investigar con mucho cuidado para descubrir exactamente lo que es correcto en esta nueva vida y como hemos de aplicar esta nueva enseñanza a la nueva situación en la cual nos encontramos.

El tercer principio es éste: el cristianismo tiene algo que decir sobre nuestra vida entera. No hay ningún aspecto de la vida que el cristianismo no considere y el cual no gobierne. No debe haber compartimentos en nuestra vida cristiana. Como se sabe, muchas veces los hay. El peligro para esos primeros cristianos era que dichas personas—esposo y esposa, o hijos y padres— al convertirse en cristianos se dijeran a si mismas: "Muy bien, por supuesto, esto es algo que tiene que ver solamente con mi vida religiosa, al elemento de adoración en mi vida; nada tiene que ver con mi matrimonio, y nada tiene que ver con mi trabajo, nada tiene que ver en mi relación con mis padres—y así sucesivamente". Ahora bien, eso es totalmente erróneo de acuerdo a esta enseñanza. No hay nada tan erróneo y nada tan fatal que vivir una vida dividida en compartimentos. Llega el domingo a la mañana y yo digo: "Ah, cierto, yo soy una persona religiosa". Entonces me pongo mi equipo religioso. Luego viene el lunes por la mañana y me digo a mí mismo: "Ahora soy un hombre de negocios o algo así". Por lo tanto me visto con un equipo diferente. De esa manera vivo mi vida dividida en compartimentos; y el lunes resulta difícil decir que soy un verdadero cristiano. Por supuesto que el domingo lo demostré al ir a un lugar de adoración. Este concepto es totalmente equivocado. La vida cristiana es un todo; la fe cristiana tiene algo que decir acerca de cada esfera y sección de la vida.

Cada uno de estos puntos es de suprema importancia y podría ser desarrollado extensamente. Existen aquellos que afirman—y en cierta medida estoy dispuesto a concordar con ellos—que la condición actual de nuestras iglesias y del cristianismo se debe, en gran parte, a que muchos de nuestros abuelos Victorianos fueron excesivamente culpables de no comprender que el cristianismo gobierna la totalidad de la vida de una persona, y no sólo una parte de ella. Muchos de ellos fueron personas muy religiosas; muchos de ellos tenían momentos de oración en su trabajo o en su oficina durante la mañana, pero luego, habiendo dicho sus oraciones, volvían a tener una actitud dura y un espíritu codicioso, agrio, injusto y legalista. Sin duda eran responsables para un antagonismo de parte de muchas personas hacia la fe cristiana, porque tantas veces mostraban esta clase de dicotomía, este hecho de no comprender que la vida cristiana abarca toda la vida y que el cristiano nunca debe vivir una vida de compartimentos. Mi cristianismo debe penetrar mi vida matrimonial, la relación con mis padres, mi trabajo, todo lo que soy y todo lo que hago.

Ahora llego al cuarto principio que nuevamente es de suprema importancia, tanto del punto de vista doctrinal como teológico y, en consecuencia, también lo es para la vida cotidiana. La enseñanza cristiana nunca contradice o neutraliza la enseñanza fundamental de la Biblia en cuanto a la vida y el vivir. Quiero decir que no hay contradicción entre el Nuevo Testamento y el Antiguo. En la actualidad esto debe ser subrayado, debido a la actitud común hacia el Antiguo Testamento. Algunas personas dicen en forma ligera y superficial: "Pero bien, lógicamente nosotros ya no estamos interesados en lo que dice el Antiguo Testamento; nosotros somos gente del Nuevo Testamento". Algunos son suficientemente necios para decir que no creen en el Dios del Antiguo Testamento. Ellos afirman: "Yo creo en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo". Algunos así llamados predicadores cristianos dicen desde los pulpitos, y la gente los aplaude, que no creen en el Dios del Sinaí, el Dios de los Diez Mandamientos y de la ley moral. Descartan la enseñanza del Antiguo Testamento y afirman que hemos de ser guiados solamente por la enseñanza del Nuevo Testamento. Algunos van más allá por qué incluso dicen que no hemos de ser gobernados ni siquiera por el Nuevo Testamento, porque hoy en día sabemos mucho más.

Existe esta tendencia de descartar la totalidad de la enseñanza bíblica. Mi respuesta es: que el Nuevo Testamento, la enseñanza específicamente cristiana, nunca contradice, nunca descarta la enseñanza fundamental de la Biblia respecto a las relaciones humanas y de las diferentes partes de la vida. Por supuesto me estoy refiriendo aquí, como hemos de ver, a temas como el matrimonio. El argumento del apóstol está basado parcialmente en lo que enseña el Antiguo Testamento, incluso el libro de Génesis. Lo mismo ocurre con respecto a la familia, lo mismo ocurre con todas estas situaciones fundamentales de la vida. El hecho de que alguien se convierte en cristiano no afecta a esas enseñanzas. Lo que realmente hace es suplementar el Antiguo Testamento, explicarlo, le da una perspectiva más amplia de él para ayudarnos a ver el espíritu detrás del precepto original. Pero el Nuevo y el Antiguo Testamento nunca se contradicen.

Este es un principio vital, de suprema importancia. Lo estoy subrayando porque, como pastor, he tenido que tratar este asunto tantas veces. De alguna manera la gente agarra la noción que, por ser nuevas criaturas en Cristo, los principios fundamentales de antaño ya no tienen validez. La respuesta del Nuevo Testamento es

que sí la tienen. Nótese como en todos estos ejemplos el apóstol cita el Antiguo Testamento para demostrar que la enseñanza original vino de Dios, y que siempre debe ser observada sin importar cuanto pueda ser suplementada por esta enseñanza más reciente.

Prosigamos al quinto principio. El Nuevo Testamento siempre nos ofrece las razones de sus enseñanzas. Siempre nos da razones—y nada me alegra tanto que precisamente eso. El Nuevo Testamento no se limita a arrojar delante de nosotros un paquete de reglas y mandatos diciendo, ahora bien, respétenlos. ¡No! Siempre explica, siempre nos da un argumento, siempre nos da una razón. El tipo de cristianismo que simplemente impone reglas y mandatos a la gente, se aleja de la enseñanza del Nuevo Testamento; es un método que nos trata como si fuésemos niños. ¡Es una lástima que existe esa clase de cristianismo! Al final consiste en ponerse un uniforme y mágicamente todos los cristianos son 'parecidos como dos gotas de agua'. Allí los tiene, haciendo sus 'ejercicios'. ¡Pero eso no es cristianismo! Nosotros siempre debemos saber por qué nos conducimos de esta manera; siempre debemos entender el motivo de hacerlo. Debemos tener un concepto claro de ello y estar contentos de actuar de esa manera; y por eso no debería haber tampoco contradicción, no deberíamos estar dando 'coces contra el agujón', no deberíamos remar contra la corriente, o sentir que debemos hacerlo cuando en realidad no deseamos hacerlo, y en realidad queremos estar tan lejos como fuese posible de ello. Eso no es cristianismo. El cristiano es una persona que se regocija en su forma de vivir. Tiene un concepto claro de ello, y no desea ninguna otra cosa; es algo inevitable, su mente está satisfecha.

Eso es por qué afirmo que una persona que no es cristiana realmente no sabe lo que significa ser una persona. No hay otra enseñanza en el mundo que nos haga semejante cumplido como esta palabra de Dios. Ella no nos trata como niños, ni nos gobierna por reglas y mandatos. La Palabra de Dios apela a la razón, al entendimiento. Esa es la auténtica enseñanza de la santidad; no es algo que se recibe en un paquete, no es algo que llega cuando uno está en una actitud más o menos pasiva e inconsciente. Se trata de razonar una enseñanza, de tomar un principio y desarrollarlo, tal como el apóstol lo hace aquí. Ese es el método del Nuevo Testamento en cuanto a la santidad y santificación. ¡Gracias a Dios por ello!

El sexto principio que observo aquí es un principio por demás glorioso. ¡Cuan maravillosa es esta Escritura! Me llena de asombro. Al mirar por primera vez esta enseñanza uno dice: Bien, por supuesto, ésta es una enseñanza limitada al matrimonio, a los esposos y a sus esposas. Pero luego comienza a descubrir los tesoros que se encuentran aquí; va de habitación en habitación y paulatinamente el tesoro se hace más maravilloso. ¿Han notado al leer este pasaje, la íntima relación entre la doctrina y la práctica? La doctrina y la práctica nunca deben ser separadas porque una ayuda a la otra, una ilustra a la otra. Hay ciertos aspectos en que este pasaje que estamos considerando es, a mi entender, uno de los más maravillosos de toda la Biblia. No digo que sea el más grande, pero digo que es uno de los más asombrosos. Estamos aquí en la epístola a los efesios, cerca del final del capítulo 5.

¿Y qué está ocurriendo en esta parte de la epístola? Bien, dice todo el mundo, ahora estamos en la sección práctica de la epístola. Por supuesto, la gran sección doctrinal la encontramos en los capítulos uno, dos y tres. Un poco del elemento práctico penetró al capítulo cuatro, pero ahora sí hemos descendido al reino de lo práctico y de las relaciones ordinarias y asuntos comunes. El apóstol nunca fue más práctico que en esta sección—casadas y maridos, hijos y padres, siervos y amos—una sección puramente práctica de la epístola. Sin embargo, se nota—¿y acaso no han sentido asombro cada vez que se ha leído el pasaje, o cuando se ha leído en una boda? ¿No han sentido asombro y encanto hasta lo profundo de su ser al ver que el apóstol al tratar con este asunto eminentemente práctico, de pronto nos introduce a la más exaltada de las doctrinas? Al decir a las esposas y sus maridos cómo comportarse el uno con el otro introduce la doctrina de la naturaleza de la iglesia y la relación de la iglesia con Cristo. Y en realidad, debo ir más allá. En esta misma sección el apóstol nos da su más exaltada enseñanza sobre la naturaleza de la iglesia y la relación de la iglesia con Cristo. Es algo que nunca deberíamos perder de vista. Al leer esta epístola prepárense a ser sorprendidos. Nunca se digan a sí mismos: "Está bien, no necesito prestar mucha atención a esto, pues esto es, por supuesto, un asunto práctico, simple y directo". De pronto, cuando menos lo esperan, el apóstol le abrirá una puerta y se hallarán cara a cara con la doctrina más magnífica y gloriosa que hayan encontrado en su vida.

Esto me lleva a hacer el siguiente comentario práctico. Eviten el análisis superficial de la Escritura. Conocen al tipo de persona que dice: "Capítulo uno, esto; capítulo dos, aquello". Todo tan perfecto, prolijo y compacto. Si tratan de hacer lo mismo con este capítulo de la epístola a los efesios, se encontrarán apabullados, y verán trastornado su pequeño esquema. Aquí en la más práctica de las secciones Pablo repentinamente introduce esta tremenda doctrina de la naturaleza de la iglesia y la relación de la iglesia al Señor Jesucristo. Y lo que debemos tener en mente—porque resulta de todo eso—es que la doctrina y la práctica están tan estrechamente relacionadas que no pueden ser separadas. Por eso todo aquel que afirma: "Yo sólo estoy interesado en los aspectos prácticos", en realidad está negando la esencia del mensaje cristiano. Esto es algo que nuestro pasaje demuestra en forma totalmente perfecta.

Habiendo mencionado estas seis cosas, digo lo siguiente en séptimo lugar: Obviamente, a la luz de todo esto, al enfrentarse ante cualquier problema, nunca lo hagan en forma directa, nunca comiencen considerando el asunto per se, (en sí mismo). Eso es lo que todos tendemos a hacer. ¡Cuántas veces he encontrado esto en grupos de discusión y en reuniones! Se presenta un problema—un problema práctico en la vida cotidiana de alguna persona—y yo lo presento en la reunión. La gente tiene la tendencia de levantarse inmediatamente y dirigirse al asunto y expresar sus opiniones acerca de él. Y por eso generalmente se equivocan; porque esa no es la forma de comenzar a considerar un problema.

El apóstol no considera este problema de esposos y esposas, y de esposas y sus maridos directamente, en forma inmediata, per se, como si fuese un o tema aislado. Su método es el siguiente: siempre se debe considerarlo en forma indirecta. Lo digo una vez más: es 'La estrategia del enfoque indirecto'. Al encontrarme ante un problema particular, no debo dedicarle mis pensamientos en forma inmediata y directa. Primero debo hacerme esta pregunta, ¿Acaso existe algún principio, alguna doctrina en las Escrituras que gobierne este tipo de problemas? En otras palabras, antes de comenzar a tratar con el problema individual que se le ha presentado, debo decirme: Muy bien, ¿a qué familia pertenece él? Incluso puede dar un paso más y decir: ¿De qué nacionalidad es él? Logre una clasificación amplia, y habiendo descubierto la verdad respecto a su grupo o clase o compañía, continúe aplicando el principio correspondiente a ese ejemplo o caso particular. Esto es lo que el apóstol hace aquí. El comienza con lo general y luego viene a lo particular.

Muchas veces he usado la siguiente ilustración. Todo aquel que ha practicado un poco de química y que ha tenido que identificar alguna sustancia, reconocerá de inmediato el método. ¿De qué manera se procede? Hace precisamente lo que he estado diciendo. Comienza con las pruebas más generales, con las pruebas de los grandes grupos. De esa manera puede excluir algunos grupos; y así los va limitando hasta llegar a un grupo particular. Luego tiene que dividir al grupo, establecer las subdivisiones del mismo; luego lo sigue limitando más y más, y finalmente llega a la sustancia particular e individual. Ese es el método del apóstol aquí, así como en todo otro lugar. Se trata de 'la estrategia del enfoque indirecto', el movimiento de lo general hacia lo particular. Nunca deben lanzarse sobre un problema, no traten nunca de desenredarlo; primero aprópiense del gran principio o de la doctrina que lo gobierna.

Mi último punto aquí es el siguiente, y nuevamente es uno muy práctico. Lo deduzco de todo lo que ha precedido. Nótese el espíritu en el cual el apóstol conduce su discusión. Aquí se está abogando al problema de la relación de esposos y esposos, esposos y esposas; pero nótese su método, nótese el espíritu en el cual lo hace. Este es un tema de constantes bromas en el mundo, ¿no es cierto? Este es un tema que siempre puede causar risa. El cómico más mediocre trata de sacar algo de este tema cuando no tiene otro recurso. Las relaciones matrimoniales, esposos y esposas, le dan tema. No necesito señalar que el apóstol no lo trata de esta manera. Ningún problema cristiano puede ser tratado así.

Pero además hay otros aspectos negativos. No solamente se abstiene de tratarlo en forma jocosa, superficial y liviana, sino que además hay una ausencia total aquí de espíritu partidario. No hay nada acalorado en su discusión, nada asertivo, no hay una toma de posiciones en favor de ciertos derechos, ninguna ansiedad por demostrar que uno está acertado y el otro equivocado. Esa es la forma en que normalmente se tratan los asuntos, ¿no es cierto? Y por eso también hay tantos problemas. Como he estado diciendo, el apóstol evade todo eso, elevándolo y poniéndolo en un contexto diferente; y al hacerlo de esa manera evita todas estas dificultades.

Desde el punto de vista positivo su método es éste: se trata del principio 'en el temor de Cristo' que el apóstol ya había establecido en el versículo 21: 'Sometiéndose unos a otros en el temor de Cristo'. Luego lo repite: "Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor". Antes que comiencen a tomar su posición, de un lado o del otro—y si ya lo han hecho también ya están condenado al fracaso, porque han asumido un espíritu partidario—él previene esa clase de espíritu y eleva a ambos inmediatamente 'al Señor'. Todo tema discutido por los cristianos debería ser discutido de esa manera. Un cristiano que va a presentar un argumento y pierde el control no debería hablar. Sea que demuestre o no su punto, se ha perdido todo al perder el control. El tema es 'en el Señor', 'en el temor de Cristo'. Pablo está hablando de la sumisión, y su punto es que antes de considerar los méritos de estas dos personas, ambos deben someterse al Señor, 'Sometiéndose unos a otros en el temor de Cristo'. Y cuando ambos lo hacen, su argumento estará 'de rodillas'. ¡Cuánta diferencia! Y si yo puedo usar un vulgarismo diría que no debe pararse de las patas traseras; mejor es bajar a sus rodillas. Si tan sólo considerásemos estos difíciles asuntos de rodillas ¡qué diferentes serían todas ellas!

Esto no solamente es cierto en cuanto al tema de maridos y esposas. Piense en el calor generado sobre los argumentos referidos al pacifismo, y los diferentes asuntos que mantienen ocupada a la gente de hoy— ¡el celo, el espíritu partidario, la animosidad! El método, dice el apóstol, el espíritu en que siempre debemos hacerlo es sumisión al Señor; con un deseo de complacerlo, con una constante disposición de ser enseñados y guiados por él y por su Palabra.

De esta manera hemos visto ocho principios generales que no solamente gobiernan este asunto particular, sino a cada uno de los problemas que pueden, de alguna forma, surgir en su vida cristiana. Habiendo procedido de esta manera, ahora consideremos el asunto desde el punto de vista particular. Todo lo que he estado diciendo está perfectamente ilustrado en el trato que el apóstol da al concepto cristiano del matrimonio, de la enseñanza cristiana referida al matrimonio. Pero, una vez más debemos seguir ese método. Antes de ocuparnos de los detalles, veamos brevemente lo que nos dice en general acerca del tema, La primera gran cosa que él nos dice es que el concepto cristiano del matrimonio es un concepto único; es un concepto totalmente diferente de cualquier otro concepto; es un concepto que sólo se encuentra en la Biblia.

¿Cómo ve el cristiano el matrimonio? ¿Cuál es la enseñanza? Permítanme comenzar nuevamente con un punto negativo. La forma cristiana de ver el matrimonio no es la forma en que generalmente lo ve la mayoría de la gente. ¿Alguna vez han pensado en esto? ¿Qué pasaría si en este punto yo le pidiera escribir un informe sobre el concepto cristiano del matrimonio? ¿Alguna vez lo ha hecho? Los cristianos hemos de avergonzarnos si no tenemos un concepto claro y bien definido de ello. ¿Hemos descubierto la singularidad del concepto cristiano, hemos llegado a comprender sus diferencias tan esenciales del punto de vista general? ¿Cuál es ese punto de vista general?

Por muy desabrido que sea, debo recordárselo. El punto de vista común del matrimonio es puramente físico. Es algo basado casi exclusivamente en la atracción física y el deseo de gratificación física. Es una legalización de la atracción física y la gratificación física. Con tanta frecuencia no es sino eso, y a ello se debe el escándalo del creciento número de divorcios. Las dos partes ni siquiera han pensado al respecto, ni siquiera tienen un concepto del matrimonio; son totalmente gobernadas por instintos e impulsos; todo se encuentra puramente a nivel animal, y nunca se eleva de allí. No hay un sólo pensamiento referido al matrimonio en sí; no es sino una legalización de algo que ambos están ansiosos por hacer.

Luego hay un segundo punto de vista común que se eleva un poco por encima del primero. Este punto de vista es algo más inteligente porque considera al matrimonio como un acuerdo humano y una invención humana. La antropología enseña eso, se dice. Sin duda hubo un tiempo, afirman, cuando los seres humanos eran más o menos semejantes a animales; eran promiscuos y se comportaban semejantes a animales. Pero a medida que el hombre se fue desarrollando y evolucionando, comenzó a comprender que se necesitaban ciertos arreglos, que la promiscuidad le conducía a la confusión y al exceso, y a un sinnúmero de problemas; entonces, después de un largo proceso de agonía y desarrollo, un proceso de experimentos, ensayos y

errores, la naturaleza humana en su sabiduría, esto es, la civilización, llegó a la conclusión que sería correcto, apropiado y bueno, que debe haber un sistema de monogamia—un hombre casándose con una mujer. Es un asunto de desarrollo social—eso es lo que enseña la antropología. Pero a lo largo de todo el desarrollo se afirma que es un descubrimiento del hombre. Así como se aprueban reglas para controlar el tránsito, el estacionamiento y cosas por el estilo, así han descubierto en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con los hijos. Se trata de algo totalmente ubicado en el plano humano. Probablemente esa es la presunción común hecha por la vasta mayoría de la gente. ¡Y por cierto, a veces la encuentro aun entre gente cristiana!

Otra característica de este punto de vista—fruto de un punto de vista fundamentalmente equivocado del matrimonio—es que el enfoque entero del matrimonio está en la expectativa de problemas. Eso era muy cierto en el mundo pagano. Los maridos tenían la tendencia de tiranizar a las esposas y de hacerlas esclavas suyas; las esposas por su parte actuaban con engaño. La atmósfera matrimonial se caracterizaba por los celos y el antagonismo, lo que conducía a peleas e inevitables querellas. En lugar de una sumisión común al Señor, cada uno defendía sus propios derechos. En realidad no se trataba de una asociación, sino un especie de acuerdo que, con algunos propósitos, ambos harían ciertas cosas juntos; pero en realidad había en el fondo una amargura y antagonismo de espíritu y un sentimiento de oposición.

Examinen el punto de vista común referido al matrimonio, y de las relaciones y condiciones matrimoniales. Ustedes lo ven en los dibujos animados, en los informes de casos en las cortes, lo ven en las bromas populares. ¿Por qué tiene que ser esto así? ¿Cómo es que esto ha llegado a ser tan corriente? Se debe a este concepto completamente equivocado de lo que el matrimonio realmente significa. En la actualidad, todo el asunto se ha agravado aun más debido a las nociones modernas de igualdad entre hombres y mujeres, fruto del así llamado movimiento feminista. Esto ha agravado todo el problema; y hace que el tema bajo consideración sea en la actualidad un tema particularmente urgente. Hemos tenido este movimiento moderno del feminismo que pretende que hombres y mujeres sean en todos los sentidos iguales y que no debería haber absolutamente ninguna división o distinción, sino completa igualdad. Ahora bien, por un lado hay aspectos de esta enseñanza con la cual toda persona cristiana debe estar totalmente de acuerdo. Lo mismo para cualquier persona sana e inteligente. Pero por otra parte, considerado en forma general y como principio, se opone a la enseñanza clara de las Escrituras. Obviamente causa mucha confusión, muchos problemas y mucho daño, no sólo al estado matrimonial pero también a la familia como unidad fundamental de la vida. El resultado es que la disciplina ha desaparecido, el orden se ha ido y los hijos resultan perjudicados. ¿Por qué? Porque sus padres ya no están en la correcta relación el uno con el otro. En consecuencia, el hijo está aturdido ante la vista de esta competencia, conflicto, donde en realidad debería haber unión. Este moderno movimiento feminista tiene la tendencia de entenebrececer todo el asunto; y aunque sea increíble, parece infiltrarse en el pensamiento de muchos así llamados evangélicos que pretenden creer en las Escrituras como la infalible Palabra de Dios y como nuestra única autoridad.

A primera vista vemos aquí que ese no es el enfoque cristiano del matrimonio. El concepto cristiano del matrimonio es total y solamente gobernado por las enseñanzas de las Escrituras—tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. El apóstol deduce su argumento tanto del Antiguo Testamento como de Cristo. De modo que una persona que pretende ser cristiana no dice, "Y bueno, lo que yo pienso acerca del matrimonio es esto". En cambio dice, "¿Qué es lo que la Biblia dice del matrimonio?" De manera que hay una diferencia total desde el comienzo mismo. El cristiano se "somete" a sí mismo a la enseñanza de este Libro. El cristiano no dice, "Por supuesto, hasta esta fecha hemos desarrollado y avanzado tanto, usted sabe, que las mujeres eran virtualmente consideradas como esclavas, aun por el apóstol Pablo. El tenía razón en la cuestión de la expiación, pero no en cuanto al tema de las mujeres". En el instante que diga esto, en ese mismo momento deja de creer en las Escrituras, y pierde su derecho de afirmar que ellas son la infalible Palabra de Dios. No, el cristiano dice, "Nada sé aparte de lo que las Escrituras me dicen". De esa manera se somete al Antiguo Testamento y al Nuevo. Su vida entera ha de ser gobernada por ese principio— tanto al área de los pensamientos como la de la conducta.

Segundo, descubrimos que el matrimonio no es una invención o arreglo humano, sino una ordenanza de Dios, algo instituido por Dios, algo que Dios en su infinita gracia y bondad ha designado y ordenado y



preparado y establecido para hombres y mujeres. Es de Dios y no del hombre. La enseñanza de los antropólogos está basada en la especulación y la imaginación; y no es verdad. En este tema la Biblia tiene la verdad; es hechura de Dios y una ordenanza de Dios.

Tercero, los términos de la relación, como hemos de ver, están clara y sencillamente establecidos.

Cuarto, el matrimonio sólo puede ser totalmente entendido en la medida en que entendemos la doctrina del Señor Jesucristo y la iglesia. Notan que eso es de importancia céntrica; el apóstol continúa con el argumento sobre Cristo y la iglesia a lo largo de todo el párrafo. En otras palabras, el resultado es éste; si no tenemos un concepto claro sobre el Señor Jesucristo y la iglesia y la relación de la iglesia con él, no podemos entender el matrimonio. Es imposible porque sólo a la luz de esa doctrina podemos comprender realmente la doctrina referida al matrimonio.

En consecuencia, hago estas dos deducciones. Solamente el cristiano entiende y aprecia verdaderamente el matrimonio. Ese es uno de los resultados maravillosos de ser un cristiano. El cristianismo no sólo trata con su alma y con su salvación final, con el hecho de evitarle el infierno y abrirle el cielo; el cristianismo afecta la totalidad de su vida mientras aún vive en este mundo. Creo que puedo decir con toda honestidad que en mi experiencia pastoral no ha habido cosa más maravillosa que ver la diferencia que el cristianismo produce en las relaciones entre esposos. Donde había una tendencia de alejarse y separarse uno del otro, donde había antagonismo y casi amargura y odio, ambos cónyuges, al convertirse en cristianos, se descubrieron mutuamente por primera vez. También llegaron a descubrir por primera vez lo que el matrimonio realmente es, aunque habían estado casados durante muchos años. Ahora ven lo hermoso y glorioso que es. No se puede entender el matrimonio a menos que sea un cristiano.

¿Puedo aventurarme a expresarlo de la siguiente manera? A la luz de todo esto, lo asombroso no es que haya tantos divorcios, sino que no haya más de ellos. ¿Acaso no es asombroso y sorprendente que ante la ausencia general de pensamientos y aun ante pensamientos erróneos una vez que se comienza a pensar, los matrimonios se mantienen? Ningún hombre, ninguna mujer tiene un concepto claro del matrimonio si no es cristiano; pero si somos cristianos no deberíamos tener dificultades en cuanto a conocer lo que el matrimonio es y lo que significa. No debería haber argumentos, no debería haber disputas. Si cree en la enseñanza doctrinal, entonces el concepto del matrimonio es inevitable. Y no sólo es inevitable, sino que se siente dichoso porque es inevitable. Es algo tan maravilloso, algo tan glorioso, tan exaltado. Ya no hay dificultades, no hay discusiones, no hay argumentos. Se ha sometido a Cristo; y así lo ha hecho su cónyuge. Y ustedes dos se han sometido no sólo el uno al otro, sino a todos los miembros de la iglesia, la comunidad a la cual pertenecen. Son gobernados por una lealtad superior, por una lealtad hacia Aquel que no consideró sus propios derechos y prerrogativas, sino que sólo pensó en ustedes y en su desesperada y horrible necesidad. El se humilló a sí mismo, se despojó de sus derechos y prerrogativas y tomó sobre sí aun la forma de un siervo, e incluso fue hasta la muerte, y muerte de cruz. Al mirarlo a él, y al ver que él no sólo vino para salvarles del infierno, sino para darles vida y darles vida en abundancia, y de llenar su entendimiento respecto de todas las cosas conforme a su propia gloria—al ver eso, ven el matrimonio de nuevo, ven todas las cosas de nuevo. No se oponen a la enseñanza bíblica, no se someten a ella, sino se regocijan en ella y alaban a Dios por ella.

He ahí entonces, nuestra introducción a la enseñanza detallada del apóstol Pablo, en Efesios 5, con respecto al matrimonio cristiano. Ahora podemos proseguir considerando la enseñanza en detalle.

## **EL ORDEN DE LA CREACIÓN**

### **Efesios 5:22-24**

Comenzamos ahora una consideración más detallada de la enseñanza de este texto, en efecto, de la enseñanza del Nuevo Testamento y de toda la Biblia, respecto al matrimonio. Hasta aquí la hemos mirado en

términos generales y lo hemos hecho así debido a la forma en que el apóstol nos la presenta; y es preciso que recordemos todo lo visto hasta aquí.

De gran importancia es la actitud con que enfoquemos este asunto. Todo aquello que se realiza dentro de la esfera de la iglesia es distinto a lo que se realiza fuera de ella. El mundo y sus sociedades polemistas debaten el tema del matrimonio y lo hacen en una forma y manera particular—presentando dos bandos, pro y contra, los defensores y los partidarios. Pero ese no es el modo en que la iglesia encara el problema; ella no encara ningún problema así. Aquí estamos confrontados con la autoridad que tenemos en la Palabra. No estamos preocupados por expresar nuestras propias opiniones; nuestro único propósito es comprender la enseñanza de la Palabra. Y lo hacemos juntos—no un grupo contra otro, como si fuese dos partidos, defensa y ataque. Nos reunimos todos para descubrir juntos la enseñanza de la Santa Escritura; y ya hemos visto que se han establecido ciertos grandes principios y esto ha sido hecho con tanta claridad que todo el tema es elevado al nivel de doctrina cristiana en su máxima expresión. Nos confrontan aquí algunas de las enseñanzas más profundas que se encuentran en todas las Escrituras referidas a la naturaleza de la iglesia cristiana.

Habiendo mirado esos principios generales, ahora podemos proceder a su aplicación particular. Notarán que en primer lugar hay un imperativo dirigido a las esposas. Recuerden que según lo visto, las esposas figuran aquí antes que los esposos por una sola razón, es decir, el apóstol está tratando el tema de la sumisión. El principio se encuentra en el versículo 21: 'Sometiéndooos unos a otros en el temor de Cristo'. En relación con este tema de la sumisión, él dice ante todo: 'Las casadas sométanse o estén sujetas a sus propios maridos como al Señor'. El tema que debemos considerar es esta 'sumisión' de las esposas a sus esposos. El apóstol no sólo les recuerda esto, sino que les dice llana y claramente, que es su obligación hacer esto—como es obligación de todos nosotros someternos los unos a los otros. Esto es algo muy especial, lo que el apóstol dice, 'Las casadas estén sujetas a sus propios maridos'. Esto es aun más obvio porque se trata de sus maridos, de sus propios esposos, y porque se trata de la enseñanza referida a todo este asunto del matrimonio. El gran tema, dice Pablo, que surge aquí es la cuestión de la sumisión—ese es el tema que él subraya. Por eso debemos considerarlo detalladamente, y afortunadamente el apóstol nos ayuda a hacerlo. No se trata de un simple imperativo expresado al pasar.

En primer lugar, Pablo nos da un gran motivo para esta sumisión: 'Casadas, estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor'. Debemos entender claramente esta frase porque ella puede ser, y ha sido, malinterpretada. Ella no significa, 'Casadas, sométanse a sus propios maridos exactamente de la misma forma en que se someten al Señor'. No es ese su significado, porque eso sería pasarnos de largo. La sumisión de cada esposa, y por cierto de cada uno de los creyentes cristianos sea hombre o mujer, al Señor Jesucristo, es una sumisión absolutamente exclusiva. No es eso lo que el apóstol dice respecto de las relaciones entre esposas y maridos. Todos nosotros somos siervos de Jesucristo, los 'esclavos' de Cristo; sin embargo, nunca se afirma que la esposa ha de ser la esclava de su marido. Nuestra relación con el Señor es una relación de sumisión completa, entera, absoluta. No es esa la exhortación dirigida a las esposas.

Entonces, ¿qué es lo que significa? Significa: 'Casadas, sométanse a sus propios maridos porque esto es parte de su deber para con el Señor, porque eso es una expresión de su sumisión al Señor'. O bien, 'Casadas, sométanse a sus propios maridos; háganlo de esta manera, háganlo como parte de su sumisión al Señor'. En otras palabras, no lo está haciendo por amor a su esposo solamente, lo está haciendo en primer lugar por amor al Señor mismo. Esto es una repetición del tema general establecido en el versículo 21, 'Sometiéndooos unos a otros en el temor de Cristo'. En el análisis final no lo hace por amor a su marido; la última razón y motivo no están allí; la sumisión es 'al Señor'. Lo hace por amor a Cristo, lo hace porque sabe que él le exhorta a hacerlo, porque es de agrado ante sus ojos que lo haga así. El hacerlo es parte de su conducta cristiana, es parte de su discipulado. 'Sea que comáis, o que bebáis', dice el apóstol, utilizando el mismo tipo de argumento al escribir a los corintios en 1 Corintios 10, "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". Todo cuanto hacemos es hecho por amor a él, para agradarle a él, porque sabemos que él quiere que nosotros lo hagamos así.

De esta manera el apóstol, desde el comienzo, eleva el asunto, sacándolo del reino de la controversia y nos capacita a enfocarlo en el espíritu correcto. El apóstol dice, si está ansiosa de agradar al Señor Jesucristo y

de hacer sus mandamientos y su voluntad, sométase a su propio marido. No puede haber otro motivo de mayor fuerza para determinada conducta que éste; y toda esposa cristiana que sobre todas las cosas quiere agradar al Señor Jesucristo, no hallará dificultad en este párrafo; en efecto, será su mayor delicia hacer lo que aquí el apóstol nos dice. Yo iría un paso más allá. Como personas cristianas posiblemente nunca hemos tenido una mayor oportunidad de demostrar lo que realmente significa el cristianismo que precisamente en estos tiempos presentes, cuando la vida del mundo revela cada vez más sus verdaderos colores. En este asunto de las relaciones matrimoniales y en todos los demás aspectos, la vida está siendo cada vez más caótica. Aquí hay una gloriosa oportunidad para demostrar la diferencia que existe en la vida de uno por el hecho de ser un cristiano. De modo, esposas cristianas, dice el apóstol, ustedes tienen una maravillosa oportunidad; ustedes pueden demostrar que ya no son paganas, que ya no son irreligiosas, que ya no pertenecen al mundo. Y aquellas otras personas—viviendo como viven, estableciendo sus propios derechos, y exhibiendo la arrogancia que conduce al caos que caracteriza la vida—al mirarlas verán algo tan completamente diferente que dirán, "¿Qué es esto? ¿Por qué se comporta de esta manera? ¿Cuál es su motivo para hacerlo?" Y su respuesta no se limitará a esto, "Bueno, sucede que sencillamente soy así de nacimiento", sino que dirá: "Me comporto de esta manera porque es la voluntad de mi Señor". De esa manera tiene inmediatamente una oportunidad para predicar y afirmar el evangelio.

Ese es el por qué el apóstol les exhorta a hacer esto. La médula de toda esta exhortación, como vemos a lo largo de todo este capítulo y la mayoría del capítulo anterior, es que estas personas cristianas han de mostrar en cada detalle de sus vidas que habiéndose convertido en cristiano, uno es diferente en todo sentido. De manera que esta gran característica de la vida cristiana puede ser exhibida por las esposas al someterse a sus propios maridos. Este es el motivo principal; y a menos que seamos movidos por él y animados por él, no habrá otro argumento capaz de atraernos. Si todavía no nos hemos sometido al Señor Jesucristo, y si todavía no estamos preocupados, por encima de todas las demás cosas, por su nombre y su honor, todos los demás argumentos nos serán indiferentes. El apóstol lo pone en primer lugar; y nosotros hemos de ponerlo en primer lugar también.

Pero habiendo dicho eso, Pablo prosigue para darnos razones particulares, razones adicionales. Aquí nuevamente notamos la riqueza y la gloria de las Escrituras. Hay dos grandes motivos secundarios, dice el apóstol, por los cuales cada esposa cristiana debe someterse a su propio marido. El primero es lo que podemos llamar 'el orden de la creación'; el segundo es que se trata de algo que pertenece al reino de las relaciones de la iglesia con el Señor Jesucristo. Ambos motivos se encuentran en el versículo 23: 'porque' — y aquí está el primer motivo—'el marido es cabeza de la mujer'. El segundo motivo es éste: 'Así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su salvador'.

Miren el primer motivo. Ocurre que ésta es una parte del orden de la creación, una parte de las ordenanzas de Dios, de los decretos de Dios, de la voluntad de Dios, de lo que Dios ha establecido con respecto a esta relación entre hombres y mujeres. Esta es una enseñanza que se encuentra en diferentes partes de la Escritura. Primero se encuentra en el segundo capítulo de Génesis al comienzo mismo de la creación; y se nota como todas las referencias del Nuevo Testamento nos conducen de vuelta allí. Eso es lo que quiero decir al afirmar que pertenece al orden de la creación. Antes que consideren el matrimonio desde el punto de vista específicamente cristiano, deben volver más atrás, porque el Nuevo Testamento nos envía atrás. Nos envía de regreso al libro de Génesis y a todo el tema de la creación. También nos refiere al tema de la caída. El relato de ella se encuentra en Génesis 3:16, el texto crucial que nos relata lo que Dios dijo a la mujer por haber prestado atención a Satanás y a su tentación y por haber comido del fruto prohibido. "A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti". Esta es una adición a Génesis 2 y debemos prestarle cuidadosa atención.

A fin de resumir la enseñanza de las Escrituras en cuanto a este importantísimo asunto del matrimonio y la familia, podemos resumir de diferentes partes de la Escritura los principios que se nos presentan. Recuerden que estamos tratando esencialmente con el 'matrimonio' y no con la condición de la mujer (o de todas las mujeres). Por cierto, también debemos deducir de las Escrituras la enseñanza referida a las mujeres en general, en relación con asuntos tales como la mujer en la vida profesional y asuntos parecidos. Pero no es

ese el tema que estoy tratando, sino solamente el tema del matrimonio. Es eso lo que el apóstol hace aquí; él se está dirigiendo a las esposas. En este momento no se está dirigiendo a las mujeres solteras. Hay enseñanzas sobre ese tema, pero sólo se encuentran en los límites de nuestro texto aquí indirectamente.

La enseñanza es la siguiente: primero, nótese que el énfasis es puesto constantemente en el hecho que el hombre fue creado primero, no la mujer. De modo que hay una prioridad natural en cuanto al hombre. Las Escrituras también subrayan que la mujer fue hecha del hombre, tomada del hombre, con el propósito de ser 'ayuda' para el hombre, una ayuda 'idónea' para el hombre. Ninguno de los animales podía suplir esa necesidad. "Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él". Y puesto que no hubo ayuda idónea para el hombre de entre los animales, fue creada la mujer.

Esa es la enseñanza básica, y nótese que los apóstoles le dan gran importancia. El hombre fue creado primero. Pero no sólo eso; el hombre también fue hecho señor de la creación. Fue al hombre a quien se le dio esta autoridad de gobernar sobre la creación bruta y animal; fue el hombre a quien se le encargó ponerles nombre. Aquí tenemos señales de que el hombre fue puesto en una posición de liderazgo, señorío, autoridad y poder. El toma las decisiones, él da las ordenanzas. Esa es la enseñanza fundamental respecto a todo este asunto.

El apóstol Pedro subraya todo esto en aquella significativa frase suya donde dice a los maridos que den honor a sus esposas 'como a vaso más frágil' (1P. 3:7). ¿Qué quiere decir con 'vaso más frágil'? Evidentemente se refiere a lo que se enseña con tanta claridad en los primeros capítulos de Génesis y en todas partes de la Biblia. Sobre todas las cosas se refiere a todo este tema del señorío y del liderazgo del hombre. El hombre es, desde el punto de vista físico y por naturaleza, más fuerte que la mujer; él fue hecho para ser más fuerte y lo es. Yo podría detallar esto más. Sería muy fácil establecer esto, no sólo desde el punto de vista anatómico, sino más del punto de vista fisiológico. Desde el punto de vista físico, nervioso, y en muchos otros sentidos la mujer no debía de ser tan fuerte como el hombre. Ella es de constitución diferente; y cuando el apóstol dice que ella es el 'vaso más frágil' de ninguna manera está hablando en sentido despectivo. Simplemente está diciendo que ella es, en esencia, diferente al hombre y que el hombre debe recordarlo siempre. En estos aspectos el hombre no debe tratar a la mujer como a su igual. Debe recordar que ella ha sido hecha diferente y que él la debe respetar y honrar y guardar y proteger conforme a ello.

Esta es entonces la enseñanza básica, fundamental. El hombre ha de ser cabeza de la esposa y ha de ser cabeza de la familia. Dios lo ha hecho de esa manera, lo ha investido de facultades y poderes y tendencias que lo capacitan a cumplir esto; y Dios hizo a la mujer de tal manera que sea un 'complemento' del hombre. Ahora bien, la palabra 'complemento' conlleva la noción de sumisión; su función principal es compensar una deficiencia en el hombre. Por eso estos dos llegan a ser 'una carne'; la mujer es el complemento del hombre. Por tanto, el énfasis está en que el hombre no sólo es responsable por sí mismo, sino por su esposa, y por su familia en todos los asuntos de importancia última. La esposa debe ayudarlo, sostenerlo, auxiliarlo, y hacer todo lo que esté a su alcance para capacitarlo a cumplir su función como señor de la creación, posición en la cual fue puesta por Dios. Ella fue creada para ayudar al hombre a cumplir esta gran y maravillosa tarea. Esa es la enseñanza básica referida a la relación de esposos y esposas según quedó establecida por el mismo orden de la creación. Estas son las reglas fundamentales en cuanto a la vida del hombre en este mundo.

Pero debemos ampliarlo más. Así es como fue antes de la caída. Mientras el hombre y la mujer aún eran perfectos, mientras todavía vivían en el paraíso sin pecado, sin ningún defecto en ellos, ese fue el orden establecido por Dios. Pero desafortunadamente algo ocurrió—la caída. La importancia de la caída es ilustrada con gran claridad, especialmente por el apóstol Pablo en 1 Timoteo 2:11-15. Nótese que el apóstol se esfuerza por señalar que fue la mujer quien fue engañada y quien cayó primero, y no el hombre. De manera que la caída estableció otra diferencia—Génesis 3:16 lo afirma. Aquí lo vemos de nuevo: "A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces". De esto uno no puede sino deducir que el nacimiento de los hijos probablemente habría sido sin dolor si no fuera por el pecado y la caída. "Con dolor darás a luz los hijos". Pero para nuestro propósito ahora, son significativas las palabras que siguen:

"Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti". Aquí tenemos un elemento adicional. No sólo reitera el señorío, el liderazgo y el hecho de ser la cabeza, cosas ya establecidas antes de la caída; sino que además lo acentúa—"el se enseñoreará de tí". Aquí hay un nuevo elemento; la subordinación de la mujer respecto del hombre ha sido incrementada como resultado de la caída. Ahora bien, se puede alegar que el edicto de Dios fue promulgado por esta precisa razón, que la esencia misma de la caída, de lo que ocurrió a Eva, es que ella, al ser confrontada por la insinuación y la sugerencia del diablo, en vez de hacer lo que debía haber hecho (lo que de otro modo habría hecho) y de hacer lo que se le había enseñado a hacer, es decir, ir a Adán y consultar con él sobre el punto, tomó ella misma la decisión y se colocó en la posición de liderazgo. Ella misma manejó la situación y como resultado de hacerlo así, en vez de llevarla a Adán, cosa que debía haber hecho, ella cayó. Además ella lo implicó en la caída y así toda la raza humana cayó. De modo entonces, en cierto sentido el pecado original fue que la mujer no llegó a comprender su lugar y su posición en la relación matrimonial, usurpó la autoridad, el poder y la posición, y de esa manera introdujo la calamidad y el caos. Eso no sólo se expresa en Génesis 3:15, sino que constituye la base entera del argumento del apóstol respecto a las mujeres que toman autoridad, que enseñan y predicán, temas expuestos en 1 Timoteo 2.

Esa es la enseñanza en su esencia. Pero inmediatamente surge una objeción, una objeción que uno lee y oye con tanta frecuencia. Incluso proviene de gente evangélica que afirma creer en las Escrituras como la infalible e inspirada Palabra de Dios: "Pero bien, eso es sólo la perspectiva del apóstol Pablo. Obviamente era antifeminista, un hombre que se adhería al punto de vista en boga en sus tiempos respecto a las mujeres". Se subraya que en aquel entonces la mujer estaba en una posición muy degradada. En aquel entonces todo el mundo se adhería a ese punto de vista; la mujer no era sino una 'cosa', una esclava. Y puesto que eso era cierto aun entre los judíos, el apóstol no era sino un típico rabino judío. Ese es el hilo del argumento.

No es sorprendente que personas que no creen en las Escrituras como la Palabra de Dios digan semejantes cosas. No sólo afirman sin vacilación que el apóstol Pablo estuvo equivocado, sino que también el Señor Jesucristo estuvo errado. Ellos mismos son la autoridad; ellos mismos saben, ellos entienden. Yo no discuto con esa clase de personas; simplemente afirmo que no puedo tener ninguna plática con ellos, porque no se trata simplemente de poner mi opinión contra la de ellos. No hay nada más que decir al respecto —no es de ninguna manera un argumento cristiano. El cristiano es una persona que se somete enteramente a la revelación bíblica; no sabe nada aparte de esto. De modo que al oír este argumento, no sólo lo lamentamos y rechazamos, también debemos responderle y le respondemos de esta manera: hablando en términos generales, es perfectamente correcto decir que en el tiempo de nuestro Señor y del apóstol Pablo se tenía un concepto bajo de la mujer. Pero ese no era el concepto de los judíos, pues ellos tenían estas Escrituras y las creían. Y ciertamente no era ese el concepto del apóstol Pablo. ¿Han notado lo que dice en 1 Corintios 11:11? Sus palabras dicen: "Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón". Este gran apóstol se gloriaba en el hecho de que en Cristo Jesús no había ni bárbaros ni escitas, esclavos ni libres, ni hombre ni mujer. Parte vital de su predicación del evangelio era decir: "En este asunto de la salvación hombres y mujeres son iguales, y la mujer tiene la misma oportunidad en la salvación que el hombre". El se gloriaba en eso; y no hay hombre que hable más delicadamente y más gloriosamente sobre el estado de mujer, y de la verdadera gloria que hay en ser mujer, que el apóstol Pablo. Además, nótese que no se limita a darnos una lista de los deberes de las esposas hacia sus maridos, sino que siempre nos dice también el deber del esposo hacia la esposa. Además demuestra que el concepto que el esposo cristiano tiene de la naturaleza femenina y de la mujer y de su esposa es algo tan exaltado que supera a todo lo que el mundo haya conocido. El apóstol pone todo en su lugar correcto. Siempre nos da los dos lados.

Pero aparte de todo esto, el apóstol nunca expresa estas cosas como si fuesen su propia opinión; siempre regresa a Génesis y al orden de la creación. El efecto es como si dijera: esto no es mi opinión, esto es lo que Dios ha establecido. La única preocupación del apóstol es que la verdad de Dios sea conocida y que las ordenanzas de Dios sean constantemente puestas en práctica. De modo que esta tendencia de decir, 'esto es sólo una opinión de Pablo', es una negación de las Escrituras. Debemos estar muy claros sobre esto. Si dice creer que la Biblia es la infalible e inspirada Palabra de Dios, entonces no debe hablar como habla el mundo acerca del apóstol Pablo; porque cuando él escribe, no sólo cita a las Escrituras sino que también escribe como apóstol inspirado. Cuando él da su propia opinión siempre tiene el cuidado de aclararlo, y si no dice

que es su propia opinión, entonces es inspirado. Recuerde que el apóstol Pedro instruye a sus lectores a prestar atención al apóstol Pablo. Afirma que algunas personas tuercen los argumentos y los escritos de Pablo para su propia destrucción 'como también las otras Escrituras' (2 P. 3:16). Lo que Pablo escribe es la Escritura; de manera que los críticos no están disputando con Pablo sino con Dios, están disputando con el Espíritu Santo. Al mismo tiempo se colocan en la posición contradictoria de decir que creen en la Biblia, pero sólo en tanto ella no contradiga lo que ellos creen como criaturas del siglo XX. Eso es negar la creencia en la autoridad de las Escrituras.

Habiendo tratado con esta necia objeción—no hay nada más necio que esa manera de hablar—permítanme resumir una vez más la posición. La mujer, de acuerdo a esta enseñanza, la esposa, ha recibido cierta condición. El hecho de estar sujeta a su marido no significa ser una esclava de él, no significa ser inferior a su marido como tal—no, ni por un solo momento. Eso hemos de ver con mayor claridad cuando lleguemos a considerar lo que el apóstol dice acerca del deber del marido hacia su esposa. Lo que está diciendo es que la mujer es diferente, que es el complemento del hombre. Lo que el apóstol prohíbe es que la mujer trate de conducirse varonilmente, es decir, que trate de comportarse como un hombre, o que una mujer trate de usurpar el lugar, la posición, y el poder que le han sido dados al hombre por Dios mismo. Eso es lo que está diciendo. No se trata de esclavitud; está exhortando a sus lectores a comprender lo que Dios ha ordenado. Por eso la mujer debería regocijarse en su posición. Ella ha sido hecha por Dios para ayudar al hombre a funcionar como representante de Dios en este mundo. Ella ha de ser la ama de casa, la madre, la ayuda del hombre, su consoladora, aquella a quien el hombre puede hablar y mirar en busca de consuelo y aliento—ella es una ayuda idónea para el hombre. El hombre comprende la verdad acerca de sí mismo, ella también comprende la verdad acerca de ella misma, y de esa manera ella lo completa y le ayuda. Y juntos ellos viven para la gloria de Dios y del Señor Jesucristo.

Una ilustración quizá nos ayude aquí. La idea de liderazgo o del hecho de ser cabeza tropieza a algunas personas, porque piensan que eso necesariamente conlleva la idea de una inferioridad inherente y esencial. Pero no es ese el caso. Toda esta noción de que el esposo es cabeza en la relación matrimonial es comparable en muchos sentidos a la relación de soldados con su líder. En un ejército reinaría completo caos si cada uno tuviese el derecho de decidir cual sería el siguiente paso. Como ya he indicado anteriormente, tan pronto una persona se une a las fuerzas armadas se somete a ellas diciendo que va a obedecer la orden que viene desde arriba, no importando lo que él piense de ella; ese es su deber. Está concediendo este derecho de dar órdenes a su superior; y aunque pueda tener sus propias ideas y opiniones, ahora las pasa por alto; ahora se somete y permanece en sujeción.

O si quieren pensar en un número de personas en un equipo jugando al fútbol o al béisbol. Lo primero que deben hacer es designar un capitán. No todos son capitanes; si así fuera, jamás ganarían un partido. Lo primero que hacen es designar a uno de ellos como capitán. Quizás ni siquiera sea el mejor jugador del equipo, pero ellos deciden por el que tiene el mayor don de liderazgo. De manera, entonces, que lo elevan a la posición de capitán, y habiéndolo hecho así, deben someterse a él. Si fracasan en su sumisión, volverá a reinar el caos.

O bien, imagínense una comisión que ha sido reunida para considerar un asunto. Un número de hombres ha sido reunido. Lo primero que hacen es designar un presidente. ¡Por supuesto! ¿Por qué? Porque se necesita una autoridad. No se pueden hacer transacciones comerciales a menos que haya una presidencia a quien dirigirse y es preciso conducirse por las reglas de ese presidente. Nuevamente, nada tiene que ver con el tema de la inferioridad. Aquí simplemente significa que para hacer esto con eficiencia es preciso tener un líder. Supónganse una nueva cámara de Diputados. Lo primero que ellos hacen es designar a un presidente o moderador; y el trabajo del moderador es precisamente el de sentarse en el lugar de la presidencia y ejercer control e impartir sus órdenes. Otra vez, no significa que él sea el mayor de los hombres en la cámara de Diputados y que todos los demás sean inferiores a él. ¡No! En su sabiduría, y porque no se pueden realizar negocios sin esto, ellos elevan a uno de ellos a la posición de autoridad. Ahora bien, la Biblia enseña que Dios ha colocado al hombre, al esposo, en esa posición. De modo que el apóstol dice a las esposas, 'casadas, estén sujetas a sus propios maridos' debido a que el esposo ha sido designado como cabeza.

Pero un argumento aun mayor se encuentra en 1 Corintios 11, donde se nos dice que el hombre, esposo, es la cabeza de la esposa, que Cristo es la cabeza del hombre y que Dios es la cabeza de Cristo. Este es un argumento que no puede ser discutido. ¿En qué sentido es Dios la cabeza de Cristo? La respuesta está en lo que a veces llamamos la Trinidad Económica. El Padre, Hijo y Espíritu Santo son iguales y coeternos. ¿Cómo entonces puede el Padre (Dios) ser la cabeza de Cristo? Para el propósito de la salvación el Hijo se ha subordinado al Padre y el Espíritu se ha subordinado al Hijo y al Padre. Es una subordinación voluntaria a fin de llevar a cabo la salvación. Es algo esencial para la realización de la tarea. El Hijo dijo, "Heme aquí, envíame a mí". Se presentó como voluntario. El pone a un lado este aspecto de la igualdad, y se convierte en siervo de su Padre, y el Padre lo envía—'la cabeza de Cristo es Dios'. Esa es la forma en que lo expresa el apóstol: 'Así como la cabeza de Cristo es Dios, así Cristo es la cabeza del hombre, y así el hombre es cabeza de la mujer'. Por eso, 'casadas, estén sujetas a sus propios maridos como al Señor'.

Esta es la exposición positiva de esta tremenda enseñanza, la única en darnos un punto de vista correcto del matrimonio. De paso, he estado tratando un argumento, vuelvo a decir que es un argumento necio, que muchas veces es presentado. Alguien seguramente dice, "Sabe usted, esto está totalmente equivocado, porque yo conozco muchos ejemplos en los que la esposa es una persona mucho más capaz que el marido, una persona mucho más dotada en todo sentido. ¿Acaso está diciendo usted que una mujer tan brillante y dotada ha de sujetarse a su marido, un hombre en todo sentido inferior a ella?" Hay una sola respuesta a ese argumento; la persona que lo presenta está disputando contra Dios. Dios sabe todo acerca de tales casos. Lo que Dios dice es que si esa mujer dotada y brillante no se sujeta a su propio marido, ella está pecando. Cualesquiera sean sus dones, ella debe someterse a su cónyuge.

En este punto quisiera hacer dos comentarios. Ninguna mujer, cualesquiera sean sus dones, tiene siquiera el derecho de pensar en el matrimonio con determinada persona si no está dispuesta a someterse de esa manera. Es una sumisión voluntaria, es la forma en que Cristo se sometió y subordinó a sí mismo. Ella debe comportarse del mismo modo, y si no está preparada a hacerlo, si no está convencida que podrá someterse a este hombre, no debería casarse con él. Si ella entra al matrimonio con cualquier otra idea, está obrando contra la voluntad de Dios y está cometiendo pecado.

Mi segundo comentario es éste. A veces pienso que una de las cosas más maravillosas que he tenido el privilegio de presenciar, ha sido un caso de lo que he estado mencionando, puesto en práctica. Durante unos cuantos años yo iba a cierta iglesia en el interior, y después de predicar, pasaba la noche en casa del pastor y su esposa. Siempre fue una experiencia muy interesante, porque desde la primera visita me fue muy obvio que desde el punto de vista de la simple capacidad, no había comparación entre el esposo y su esposa. La esposa era una mujer excepcionalmente hábil y brillante. El esposo no carecía de dones, pero sus dones principales estaban en el área de la personalidad—era una persona excepcionalmente buena, amigable, bondadosa y llena de gracia. Pero en cuanto a la habilidad intelectual no había comparación. En efecto, sus calificaciones académicas—ambos eran graduados—lo demostraban. La esposa se había graduado en una carrera que en aquel entonces muy pocas mujeres seguían y se recibió con grandes honores. El marido, que había seguido una carrera mucho más fácil, sólo había logrado calificaciones medianas. No había lugar a dudas, en cuanto a su habilidad; la comprensión de asuntos intelectuales, el entendimiento de ella, me habían impresionado inmediatamente, y a medida que los seguía conociendo fueron más evidentes. Pero lo que quiero decir es que no recuerdo haber visto nada más maravilloso que la forma en que aquella mujer ponía a su esposo en la verdadera posición bíblica. Lo hacía de manera muy inteligente y sutil. Ella sabía poner argumentos en labios de él, pero la forma de hacerlo siempre sugería que los argumentos eran de él y no de ella. Hay un aspecto divertido en este asunto, pero yo lo estoy contando como una de las cosas más conmovedoras y tremendas que jamás he experimentado. Ella no sólo era una mujer muy capaz, ella era una mujer cristiana y estaba poniendo en práctica este principio de que el esposo es la cabeza. El siempre tenía que hacer la decisión aunque ella le había sugerido las razones para ello. Ella actuaba como ayuda idónea para él. Ella poseía las cualidades que él carecía; ella lo complementaba, ella lo suplementaba. Pero el esposo era la cabeza y los hijos siempre eran referidos a él. Ella velaba por su posición.

Permítanme demostrar la importancia de comprender y apropiarse y de entender esta enseñanza. ¿Por qué darle tanta importancia, y especialmente hoy día? ¿Por qué es más importante que yo diga lo anterior en vez

de dar mis opiniones sobre la política o sobre algún problema internacional? Es que la falta de comprensión y de implementación de esta precisa enseñanza causa la mayoría de los problemas en el mundo de hoy día. El problema básico en el mundo de hoy es el de la autoridad. El caos en el mundo se debe a que la gente de todas las esferas de la vida ha perdido todo el respecto por la autoridad, ya sea entre las naciones o en diversas esferas de las naciones, sea en la industria, en el hogar, sea en las escuelas o en cualquier otro lugar. El problema es la pérdida de autoridad. Y en mi concepto, todo comienza en el hogar y en la relación matrimonial. Por eso yo me atrevo a cuestionar si un hombre de estado, cuyo propio matrimonio está quebrantado, realmente tiene derecho de hablar sobre los problemas del mundo. Si fracasa en la esfera de su mayor competencia, ¿qué derecho tiene de hablar sobre otras esferas? Debería retirarse de la vida pública. El verdadero quebrantamiento comienza en el hogar, en la relación matrimonial. Estoy afirmando que el impresionante incremento de divorcios que ha tenido lugar desde la segunda guerra mundial (se me dice que momentáneamente han decrecido un poco, pero sugiero que es algo temporal solamente y que tiene su explicación) se debe a una sola cosa, esto es, que hombres y mujeres no entienden esta enseñanza de las Escrituras sobre el matrimonio y sobre esposos y esposas.

La misma falta de entendimiento explica el quebrantamiento de la familia y de la vida de hogar que también es tan obvio en la actualidad. La familia está dejando de ser el centro como solía ser. Los miembros de la familia siempre están en afuera y con frecuencia hasta tardísimo. La vida familiar con su maravillosa cohesión—esta unidad fundamental en la vida—está desapareciendo. Aquí también encontramos la explicación para la mala conducta e indisciplina entre los niños, y con ella la principal explicación de la delincuencia juvenil. ¡Incluso las estadísticas pueden probarlo! Los niños que han llegado a ser delincuentes, en forma casi invariable, son niños provenientes de hogares rotos, de matrimonios quebrantados. Como solemos decir nosotros, los niños son los perjudicados. Han sido criados en una atmósfera de incertidumbre, indecisión y conflicto, donde la esposa está contra el marido y el marido contra la esposa, de manera que los niños en sus años tiernos se convierten en cínicos. No tienen respeto ni por el padre ni por la madre, ni por nada ni nadie. El lugar donde un niño debería encontrar confianza, y donde tendría que poder ver autoridad y liderazgo y dirección, ha desaparecido. Allí no queda nada y entonces el pobre niño llega a ser un delincuente. Ha sido criado en esta atmósfera de conflicto entre padre y madre, entre esposo y esposa.

Ciertamente existen otros aspectos en esta tendencia que me parecen ser aun más siniestros. ¿No es cierto que a medida que los hombres han estado renunciando a su posición y se han retirado de ella y no han cumplido su deber como maridos y como padres, y que lo han hecho así a causa de simple pereza y egoísmo? En forma creciente los maridos están dejando la disciplina del hogar a las esposas, a las madres. Ya no se los puede molestar; llegan cansados del trabajo a casa y exigen que sus esposas mantengan apartados a los niños y que ellas respondan a sus preguntas. ¿Acaso no está ocurriendo esto en forma creciente? Deliberadamente el marido está dejando vacante la posición en la cual Dios lo ha colocado. Es algo que ocurre entre personas cristianas, pero ocurre aun más entre personas no cristianas. El marido está abandonando su posición y dejándola en su pereza a la mujer.

Actualmente también ocurre esto en muchas otras direcciones. Muchas personas cristianas hoy día no quieren tocar la política ya que dicen que es un 'juego sucio'. Pero qué argumento tan asombroso es este. Su deber como ciudadanos del país es interesarse y preocuparse. Pero aquí nos interesa particularmente la esfera del matrimonio.

Entonces, al otro lado, el movimiento feminista ha llevado a una actitud agresiva de parte de la esposa, de la madre. Ella se está irguiendo como un igual, y socavando la influencia del padre en la mente de los hijos. El desdichado resultado es un enfoque completamente equivocado del asunto. No digo esto en un espíritu de crítica. Es algo que estamos viendo más y más en este país, pero en medida incomparable lo estamos viendo en los Estados Unidos de Norte América. Allí hay lo que puede ser llamado más o menos una sociedad matriarcal, donde más y más el hombre es considerado como aquel que provee los dólares, el que gana el salario, el hombre que trae el dinero necesario. La mujer, la madre es la persona culta, la cabeza del hogar; y el respeto de los niños va dirigido hacia ella. Este concepto falso y ajeno a las Escrituras acerca del hombre y la mujer, el padre y la madre, conduce a una sociedad matriarcal que a mi parecer es sumamente peligrosa. El resultado es, por supuesto, el crecimiento del crimen y todos los terribles problemas sociales que se están



encarando en ese país. Luego, debido a su influencia sobre otros países y a través de películas y otras diferentes maneras, esta actitud es esparcida a través de todo el mundo. Una sociedad matriarcal que tiene a la mujer como cabeza y centro del hogar es una negación de la enseñanza bíblica y es, en efecto, una repetición del viejo pecado de Eva.

El problema está siendo reconocido cada vez más. Por ese motivo se han formado concilios de consejo matrimonial y cuerpos similares. Pero lamentablemente en la mayoría de los casos enfocan el problema en términos de la psicología. Y si se examina la vida matrimonial de muchos de estos psicólogos, uno recibe un susto. Estas personas que ofrecen consejo referido a como entrar al matrimonio, y en cuanto a como se preserva y guarda el matrimonio, no pueden aplicar la enseñanza a sus propios matrimonios. ¡Por supuesto, no pueden! No es un asunto de psicología. Lo que se requiere es simplemente un poco de sentido común y sabiduría y el espíritu de compañerismo y una actitud de dar y recibir. Los hombres y las mujeres saben todo acerca de esto y siempre lo han sabido. Hasta que Dios sea la autoridad y el hombre y la esposa se sometan a él, hasta que ellos hagan todas las cosas 'como para el Señor', hasta no comprender que se trata del mismo tipo de liderazgo que el que vemos en Dios sobre Cristo, y Cristo sobre el hombre, no hay esperanza. En la medida en que hombres y mujeres durante los últimos cien años se han apartado más y más de la autoridad de la Biblia, esta terrible enfermedad social y este problema han llegado a ser más y más evidentes. Yo sé que me va a decir, "Obviamente usted quiere retornar a aquel esposo y padre severo, represivo, autocrático,

Victoriano". Ello es totalmente falso. Yo sé que en gran parte el problema moderno se debe a una reacción contra el victorianismo, y condeno al victorianismo tanto como condeno a la posición actual. Debemos regresar a la Biblia. No estoy abogando por un retorno al concepto Victoriano. Lo que estoy diciendo es: Vuelva a Dios, vuelva a Cristo, vuelva a la revelación que se encuentra en la autoridad de la Palabra de Dios. Vuelva a considerar su perfecto plan—el hombre, y a su lado la mujer complementándolo, siéndole de ayuda idónea; amándose mutuamente, reverenciándose, respetándose, honrándose el uno al otro, pero nunca confundiendo ambas esferas.

Quiera Dios en su gracia capacitarnos no solamente a ver la enseñanza, sino a someternos a ella, y de esa manera honrar y glorificar el nombre del bendito Señor. 'Como al Señor'.

## **LA ANALOGÍA DEL CUERPO**

### **Efesios 5:22-24**

Volvemos a esta frase porque hasta aquí solamente hemos podido ver uno de sus aspectos en detalle. El apóstol nos da dos grandes razones particulares por las cuales las esposas deben someterse a sus propios maridos. Hemos considerado el primero: es un asunto del orden de la naturaleza. El dice: 'Porque el marido es la cabeza de la mujer'. En el comienzo cuando Dios hizo al hombre y a la mujer, lo ordenó de esa manera; y hemos visto como el Nuevo Testamento no solamente lo confirma, sino que constantemente vuelve a ese ordenamiento original de Dios. De manera que acá estamos tratando con algo que es básico y fundamental a la vida del hombre en su totalidad sobre la tierra y a su bienestar.

Pero en todo esto todavía no hemos dicho absolutamente nada que sea particular y específicamente cristiano. Aquello fue una enseñanza del Antiguo Testamento, algo que todo el mundo debería reconocer, fuese cristiano o no. Esta es la ordenanza de Dios con respecto a la totalidad de la vida. Así como hemos reconocido la familia, hemos de reconocer esto. El Dios que estableció el estado, ordenó el matrimonio; y así como debemos someternos al estado, así también debemos prestar atención a esta ordenanza fundamental de Dios con respecto a la posición relativa de esposos y esposas, y a la relación que debe subsistir entre ambos. Ahora bien, hasta aquí todo esto es en términos generales. El hecho de ser cristianos no significa que no estemos interesados en los aspectos generales; el hecho de ser cristianos no significa que no necesitemos el Antiguo Testamento. Todavía está allí como un fundamento; nosotros construimos sobre él; por eso el apóstol lo pone en primer lugar.

Pero ahora prosigue a su segunda razón, que es particularmente cristiana: 'El marido es cabeza de la mujer'. Y luego un agregado cristiano—'así como Cristo es cabeza de la iglesia'. Esto nos lleva un paso más allá; no Quita lo dicho anteriormente sino que lo suplementa y, en efecto, nos ayuda a comprenderlo. Eso es lo que la fe cristiana hace respecto a la vida en su totalidad. Sólo el cristiano puede apreciar realmente la vida en este mundo. Quiero decir que en el análisis final sólo el cristiano puede disfrutar realmente la naturaleza. El cristiano ve la naturaleza en forma diferente al hombre del mundo. Para él hay un elemento de novedad. El cristiano no se limita a ver las cosas en sí mismas; él ve al Gran Creador y las maravillas de sus manos, la variedad, el color y la belleza. En otras palabras, el hecho de ser un cristiano significa que la totalidad de su perspectiva sobre la vida es enriquecida. No importa que se trate, cada don concedido al hombre, cada don que él manifieste, sólo puede ser totalmente apreciado por el cristiano. El cristiano ve con mayor profundidad, tiene un entendimiento más completo. Eso significa que el mensaje cristiano no sólo añade a lo que teníamos antes, sino que lo engrandece en gran manera, y nos da un discernimiento más profundo en ello. Aquí descubriremos que esta adición específicamente cristiana no solamente nos ayuda a comprender el orden de la naturaleza ya establecido, sino que, además y por encima de todo, le añade una nueva cualidad, otro aspecto, otro énfasis.

Aquí están las palabras del apóstol: "El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él su Salvador". Lo que estamos considerando aquí es algo que sólo un cristiano puede entender; nadie más que él. Una persona que no cree en el Señor Jesucristo y que no conoce el camino de salvación, obviamente no puede entender lo que las Escrituras quieren decir con "Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo y él es su Salvador". Para él son palabras carentes de significado; sencillamente no las puede comprender. Por lo tanto, esa persona no puede comprender este concepto específicamente cristiano del matrimonio. Esta es una deducción de la doctrina cristiana de la iglesia; y por eso, si una persona no comprende la doctrina cristiana de la iglesia, de acuerdo al apóstol, a fin de cuentas no puede comprender el concepto cristiano acerca del matrimonio.

Esto nos lleva enseguida a trazar ciertas conclusiones. La primera es que obviamente una persona cristiana nunca debería casarse con una persona no cristiana. Eso se nos dice específicamente en la segunda epístola a los corintios: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos" (2 Cor. 6:14). Sin lugar a duda, ésta es una referencia al tema del matrimonio. Y si necesitamos una razón para aceptar esta exhortación, la tenemos aquí. Y si el creyente se casa con un incrédulo la situación será que una de las personas en el matrimonio tendrá este exaltado concepto cristiano del matrimonio, en tanto que la otra persona nada sabrá de todo ello. Con eso ya habría un defecto en el matrimonio. Los dos no son uno en su relación matrimonial; no están entrando al matrimonio de la misma manera; ya hay una división; uno de ellos tiene algo que al otro le falta. Desde el comienzo existe la semilla de la discordia, según lo demuestra el apóstol en la misma declaración en 2 Corintios 6.

La segunda deducción que yo trazaría es que un culto cristiano en conexión con el matrimonio sólo es apropiado para los cristianos. Este es un tema muy extenso, es parte del tema de la disciplina de la iglesia cristiana. La posición ha llegado a ser muy caótica. A veces personas que nada saben del cristianismo toman parte en un culto cristiano en el cual se lee esta declaración sobre el marido como cabeza de la mujer 'así como Cristo es cabeza de la iglesia'. Para ellos es algo totalmente carente de sentido. Por eso deduzco que aquí hay algo que no se debería hacer. No se debe enseñar elevada doctrina cristiana a aquellos que no son cristianos; a ellos se limita a predicar el arrepentimiento y la necesidad de fe. No hay forma en que ellos puedan entender la doctrina del matrimonio. Tiene que estar en la vida cristiana antes de poder entenderla. Por eso estoy afirmando que un culto cristiano en las bodas debería ser reservado únicamente para cristianos. Tener tal culto para otras personas sería hacer una farsa de todo el asunto.

En tercer lugar deduzco que tal culto es apropiado y correcto y que debe ser celebrado y conducido cuando las personas que entran al matrimonio son cristianas. Así creo. Hace trescientos años algunos de los puritanos en su reacción violenta contra el catolicismo romano, decidieron que no debería haber culto ninguno en relación con el matrimonio. El matrimonio, afirmaban, no es sino un contrato legal. Podernos entender muy bien su reacción y sentimos gran simpatía con ella. La iglesia había enseñado el concepto falso y ajeno a la Biblia de que el matrimonio es un sacramento. Por eso los puritanos sintieron que debían

alejarse lo más posible de esa idea. Por eso dejaron de tener estos cultos. Pero sin lugar a dudas, a la luz de la enseñanza del apóstol aquí, eso fue totalmente erróneo. Fue una reacción demasiado violenta, tan violenta que llegó a ser no bíblica. Hay aspectos del matrimonio que requieren un servicio religioso, por ejemplo la enseñanza y el entendimiento de este texto particular y otros. Y puesto que, según esta enseñanza, el matrimonio es algo comparable a la unión mística entre Cristo y su iglesia, afirmo que aquí hay una ocasión para la adoración y el auténtico culto cristiano. El matrimonio no es sólo un contrato legal y por lo tanto debemos ser muy cuidadosos, como ya lo he subrayado, para no permitir que personas cuyo pensamiento es equivocado gobiernen nuestro pensamiento y nuestra conducta. El cristiano nunca debe limitarse a una reacción contra algo; en cambio debe ser positivo y debe estar sujeto a las Escrituras. Pero existen aquellos que, en su odio hacia el catolicismo romano, van a tal extremo que terminan negando las mismas Escrituras que pretenden defender. Sin embargo, permítanme continuar. Si bien el concepto cristiano del matrimonio inmediatamente sugiere aquellas tres cosas, no enseña aquí ni en ninguna otra parte, tal como lo hace la Iglesia Católico-romana, que el matrimonio sea un sacramento. En ninguna parte de la Biblia existe una enseñanza que sostenga tal idea. Desafío a quien quiera mostrarme tal Escritura. El matrimonio no es un sacramento. ¿Cuál es entonces la enseñanza?

La enseñanza es lo que se ofrece aquí, es decir, toda esta idea de la unión mística. La relación entre esposo y mujer, y esposa y marido, es comparable a la unión entre Cristo y la iglesia, y la iglesia y Cristo. Para nuestro consuelo, el apóstol dice un poco más adelante, 'esto es un gran misterio'. La relación entre Cristo y la iglesia es un misterio. Es un hecho, pero es un gran misterio—esta unión mística entre la iglesia y Cristo, entre el individuo cristiano y Cristo, es un misterio. Pero por ser un hecho debemos tratar cada vez más de comprenderlo. Pablo afirma que la relación entre marido y esposa y esposa y marido, es comparable a ese hecho. Pertenece a ese orden y esa es la manera en que debemos comenzar a pensar de él. Aquí somos introducidos al reino de esta elevada doctrina referida a la iglesia cristiana.

El apóstol, con su mente lógica, sabe que esto no debería poner dificultades en la mente de los efesios, puesto que él ya les ha enseñado sobre esta precisa doctrina. Lo hizo en el capítulo uno donde al final ora pidiendo que ellos lleguen a conocer "cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros". El apóstol afirma que es el poder "manifestado en Cristo al resucitarlo de los muertos... y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo". Allí Pablo los ha introducido a la doctrina de la iglesia; ahora la está aplicando. Las personas que se apresuran por llegar al final de una epístola sin leer el comienzo, siempre se equivocan. Lo que aquí tenemos son dos deducciones. El apóstol volvió a proceder de la misma manera añadiendo un poco más a la definición en 4:15, 16, donde dice: "Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien es cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor". Ahora toma sus deducciones de esa enseñanza para que ellos puedan comprender la auténtica naturaleza del matrimonio cristiano.

¿Cuál es el punto central aquí? Esencialmente es éste. El apóstol está subrayando lo orgánico, la unión vital, la relación íntima. El se ha referido a las 'coyunturas que se ayudan' en 4:16, a los 'tendones', los nervios y las arterias que llevan el sustento desde la cabeza, desde el centro a cada parte del cuerpo. Esa es una forma de subrayar esta unión vital y orgánica que existe entre el esposo y la esposa. Se trata de una vida, una vida idéntica a la vida de la iglesia en su relación a la cabeza, que es Cristo. Aquí, por supuesto, el apóstol está particularmente interesado en un aspecto específico, el aspecto de la dependencia: "Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como Al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia". Pablo está considerando este aspecto de la dependencia y sumisión, e introduce este nuevo elemento para que tengamos un concepto claro de cómo encaja con el asunto y por qué entra inevitablemente. Más adelante dará su consideración al otro lado, al marido con respecto a la esposa.

Al considerar esta gran declaración, de inmediato nos vemos confrontados por un problema. Miren otra vez el texto: "Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador". El problema que cautiva tanto la atención de los comentaristas, y con razón, es éste: ¿Por qué añadió el apóstol este otro elemento? ¿Por qué no dijo simplemente, "el marido es cabeza de

la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia...así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo"? ¿Por qué añadió, 'y él es su Salvador'? Hay algunos—son mayoría e incluyen grandes nombres como por ejemplo Charles Hodge—que no vacilan en decir que este punto es una adición totalmente independiente, y que lo que el apóstol quiere decir cuando afirma, 'y él es su Salvador', es evidentemente que el Señor Jesucristo es el Salvador de la iglesia. Ellos prosiguen para afirmar que esto nada tiene que ver con el esposo. ¿Por qué entonces lo dijo Pablo? Bien, dicen ellos, lo dijo por la siguiente razón: Pablo estaba entregado a este asunto, al afirmar que el esposo es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, y que la sola mención del nombre de Cristo le hace exclamar diciendo 'y él es su Salvador'. Nada tiene que ver con el argumento que está presentando ahora, pero la sola mención del nombre de Cristo le hace decir esto que es tan maravilloso. De modo entonces, afirman ellos, esta es una frase independiente que no se aplica a la relación del esposo con su esposa.

Los argumentos que esgrimen son éstos: Ellos preguntan, ¿Puede afirmar usted que el esposo sea el salvador de su esposa, como Cristo es el Salvador de la iglesia? Esto, afirman ellos, no tiene sentido. Sabemos que Cristo murió por la iglesia. El nos salva mediante su muerte expiatoria y mediante su resurrección; pero usted no puede afirmar eso acerca de ninguna otra relación. Aquello es algo totalmente único. El apóstol simplemente fue arrastrado por la profundidad de su sentimiento, y lo expresó mediante esta frase independiente que obviamente nada tiene que ver con la relación marido-mujer.

¿Qué respondemos a esto? Por supuesto, tenemos que admitir que si se lee esta declaración en forma superficial y sin examinarla cuidadosamente, tiene que concordar con aquel argumento. No hay necesidad de discutirlo. En ese sentido Cristo, como Salvador de la iglesia, es único, y obviamente esto no se aplica al esposo.

Pero eso no es el fin de su argumento. Ellos esgrimen otro argumento al cual asignan gran importancia. Está basado en las palabras que se traducen 'así que, como' que se encuentran al comienzo del versículo 24. El versículo dice así: 'Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo'. Este es el punto que ellos destacan. Ellos afirman que la traducción 'así que, como' es muy errónea; y tienen cierta razón al decirlo. Pero luego ellos prosiguen diciendo que las palabras que se traducen, 'así que' en realidad deberían ser traducidas, 'sin embargo'. Es una palabra de contraste, y siempre presenta un matiz de contraste. Entonces ellos afirman que deberíamos leerlo así: "Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Sin embargo—aunque ese no es el caso del esposo con respecto a su esposa, a pesar de ello—las esposas estén sujetas a sus propios maridos en todo". De esa manera ellos creen que su caso es totalmente inobjetable, que en realidad el apóstol está diciendo, "Ahora bien, cuando dije que él es el Salvador del cuerpo yo había olvidado momentáneamente mi analogía entre la relación de Cristo y la iglesia, y la del esposo con su mujer—'sin embargo'—a pesar de ello, aunque ese no es el caso en la esfera del marido y la mujer, no obstante, las esposas deberían someterse a sus propios maridos, así como la iglesia está sujeta a Cristo".

Me parece a mí que hay una respuesta adecuada a toda esta argumentación. En primer lugar limita el significado de la palabra 'Salvador'. La palabra 'Salvador' no siempre lleva el significado exclusivo de Cristo dando su vida por la iglesia y derramando su sangre. Ese es el significado común, pero no es el único significado; el término 'Salvador' tiene un sentido más amplio. Hay un ejemplo de esto en 1 Timoteo 4:10: "Por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen". Ahora bien, esa es exactamente la misma palabra que la utilizada en 'la cual es su cuerpo, y él es su Salvador'. Aquí se nos dice que Dios, el Dios viviente, es el Salvador de todos los hombres, especialmente de aquellos que creen. No puede decir que el significado de esto es que todos los hombres gozan de salvación en un sentido espiritual, porque eso les convertiría en universalistas. ¡Por supuesto que no! Pues bien, entonces significa que la palabra 'Salvador' tiene una connotación diferente. Lo que significa allí es 'preservador' —que Dios protege, que Dios se preocupa por los hombres. El es el preservador de todos los hombres, especialmente de aquellos que creen. Nuestro Señor nos recuerda que 'El hace salir el sol sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos e injustos'; sí, y a todos les da de comer. En ese sentido él es el Salvador de todos los hombres. Entonces, ¿por qué no asignar

ese significado a la palabra 'Salvador' acá? El es quien protege y guarda al cuerpo. Esa es una respuesta que podemos oponer al argumento citado.

Pero yo tengo otras razones para rechazar esa exposición que confinaría esta pequeña frase al Señor Jesucristo y a su obra salvadora. Esta es mi segunda razón: Yo afirmaré que los versículos 28 y 29 que siguen más adelante insisten en que interpretemos esta frase como aplicada al esposo y esposa, tanto como a Cristo y a la iglesia. Pablo dice, "Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás su propia carne". Y bien, ¿Qué es lo que hace entonces? 'La sustenta y la cuida'—sí, está actuando como un salvador respecto de ella, se está preocupando por ella, la está preservando. 'Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia'. Y así sucesivamente. El apóstol afirma que el esposo debe tratar a su mujer como a su propia carne, su propio cuerpo. El esposo no descuida su propio cuerpo, lo sustenta y lo cuida. En otras palabras, él es el 'salvador de su cuerpo'. ¡Cuan importante es tomar siempre el versículo en su contexto! Aun los grandes pueden caer en este aspecto. Sostengo que esos dos versículos existen aquí en esta clase de interpretación, y que ésta no es una frase aislada e independiente que se aplique sólo al Señor Jesucristo. Pablo todavía está hablando de esposos y esposas, 'El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo y él es su Salvador'. Esta verdad se aplica a ambos casos.

Pero, ¿Qué de las palabras que se traducen 'así que, como' y que se encuentran al principio del versículo 24? Ahora, esto realmente es interesante. Me he tomado el trabajo de consultar algunos de los mejores léxicos al respecto. Es una palabra griega, 'Allá', y veo que no siempre debe ser traducida para indicar una especie de antítesis o algo que es opuesto y contrastante. Tómese por ejemplo el léxico griego-inglés del Nuevo Testamento (edición 1952) por Arndt and Gingrich, uno de los mejores y más autoritativos. Ellos dicen esto: Su verdadero significado es 'ahora' o 'entonces'. Paso a citarlos. Ellos dicen, "esto es usado para fortalecer el imperativo", no para implicar un contraste o diferencia, sino para subrayar el imperativo que se está impartiendo. Y efectivamente, ellos escogen a Efesios 5:24 como ilustración de este uso particular de la palabra. Grimm-Thayer tiene una explicación similar.

Por eso me parece que en base a todos estos motivos debemos rechazar la interpretación según la cual esta sería una frase independiente referida solamente al Señor. En efecto, si así fuere, su uso en este lugar sería totalmente inútil; sólo causaría confusión. No es eso lo que este apóstol suele hacer. De manera entonces, leemos que 'el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo y él es su Salvador'. Y luego—'así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo'.

¿Cuál es entonces la doctrina? Claramente es ésta. La esposa es la persona que es guardada, preservada, protegida, escudada y provista por el esposo. Esa es la relación—así como Cristo sustenta y cuida a la iglesia, así el esposo sustenta y cuida a la mujer—y la esposa debe comprender que esa es su posición en esta relación. El esposo es quien preserva, él es su salvador del cuerpo. Por lo tanto la esposa debería comenzar con esta idea, y siempre actuar a la luz de ella.

Pero podemos proseguir aun más. ¿Cuál es la relación del cuerpo respecto a la cabeza? Lo que es cierto de la iglesia en su relación con Cristo, también es cierto en cuanto a la esposa en su relación con el esposo. Consideremos la ilustración que Pablo usa aquí y en los ejemplos previos que he citado de la iglesia como cuerpo de Cristo, ejemplos tales como el de 1 Corintios 12 y Romanos 12. ¿Cuál es la enseñanza? La esposa es al esposo lo que el cuerpo es a la cabeza, lo que la iglesia es a Cristo. Nuevamente, la idea es la del 'complemento'. El elemento esencial en el concepto cristiano del matrimonio es esta idea de lo entero, de lo completo. Ya la encontramos en Génesis 2—'ayuda idónea', alguien tomada del cuerpo de Adán, alguien que es una parte de él; y sin embargo, complementándolo, haciendo de él un ente entero. Esa es la idea que tiene inevitablemente al pensar acerca de su cuerpo; el cuerpo como un todo. El cuerpo no es una colección de partes, no es un número de dedos, manos y pies, talones y piernas, todo junto unido en forma más o menos suelta. Esa sería una noción completamente falsa del cuerpo. El cuerpo es una unidad vital y orgánica; es una unidad, un todo. Ahora bien, esa es la precisa idea que tenemos aquí. El esposo y la esposa no están

separados; no son como dos reinos que mantienen relaciones diplomáticas, que siempre están en un estado de tensión, y siempre en peligro de una pelea. Eso sería totalmente lo opuesto del concepto cristiano de lo que es realmente el matrimonio. Cristo y la iglesia son uno así como el cuerpo y la cabeza son uno. Sin embargo, este ideal da lugar a diferentes funciones; y eso es lo que hemos de comprender—diferentes funciones, diferentes propósitos, deberes especiales que sólo pueden cumplir cada una de las partes. Pero es de vital importancia recordar que cada parte es una parte del todo y que todas las acciones separadas son parte de una acción unificada que conduce a un resultado corporativo.

Pero desarrollemos esto un poco más detalladamente para iluminar aun más este tema de la condición matrimonial y su relación. ¡Cuan importante es todo esto! Ya he mencionado algunas razones al respecto. Creo que en gran parte la falta de religión de nuestros días se debe a una reacción contra aquel tipo de vida victoriana en la cual muchos esposos y esposas parecían ser grandes cristianos, pero de quienes la gente decía: 'Si sólo les conocieras en su vida privada'. Nada daña más al cristianismo que un hombre que no es el mismo en su casa como es en la iglesia o en la calle o en su oficina. Es en el hogar donde realmente se conoce a una persona. ¿Cómo son las relaciones allí? Por ese motivo estas cosas son importantes, su importancia no sólo reside en ellas, sino que ellas son parte de nuestro testimonio general como cristianos. ¿Cuál es entonces la enseñanza de esto acerca de la relación de la esposa hacia su marido en cuanto a sujetarse a él? Evidentemente queda claro que no se trata de una mera y simple pasividad; la esposa no ha de ser enteramente pasiva. Decir que la esposa nunca debiera hablar, nunca debiera dar una opinión, sino mantenerse muda o sorda o completamente pasiva sería una interpretación errónea de este cuadro. Interpretarlo de esa manera sería presionar la analogía y la ilustración a un extremo donde pierde su significado. En cambio, lo que significa es esto: La esposa nunca debería ser culpable de acciones independientes. La analogía del cuerpo y la cabeza insisten en esto. El propósito de mi cuerpo no consiste en actuar independientemente. Soy yo quien con mi mente y cerebro y voluntad decido actuar. Mi cuerpo es el instrumento a través del cual lo expreso. Si mi cuerpo comienza a actuar en forma separada, yo estaría sufriendo de algún tipo de 'convulsiones'. Esto es lo que significa exactamente la palabra 'convulsiones'; significa que las partes del cuerpo de una persona se mueven de manera irracional. Las acciones carecen de propósito; la persona no quiere actuar así, pero no puede dejar de hacerlo; las partes de su cuerpo están actuando independientemente de su mente y voluntad. Eso es caos, eso es convulsión. Aquí está la analogía, 'casadas, sométanse a sus propios maridos; estén sujetas y sean obedientes a ellos en todo'. ¿Por qué? Porque como esposa y en esta relación, no actúa independientemente de su marido. Si lo hace el resultado es caos, convulsiones.

O bien, permítanme subdividirlo aun más. La esposa no debe actuar antes que el marido. Toda la enseñanza indica que él es la cabeza, que al final él es quien lleva las riendas. De modo que ella no sólo no actúa independientemente de él, sino que tampoco actúa antes de él. Pero permítanme subrayar también este otro aspecto; así como es preciso decir que ella no debe actuar antes de él, es igualmente preciso decir que ella no debe demorar su actuación, no debe permanecer inmóvil, no debe rehusarse a actuar. Vuelva a la analogía del cuerpo. Piense en alguien que ha sufrido una 'parálisis'. Tal persona desea actuar pero el muslo está paralizado y así no puede hacerlo. Aunque la persona quiere moverse no hay movimiento—el brazo no está sano, se resiste al movimiento. Esta es una parte de la enseñanza; el tema implica la idea de que ella no actúa antes del marido, ni se demora en su actuación, no impide la acción, ella no paraliza la acción. Todos estos puntos son de vital importancia en toda esta relación matrimonial; y debido a que la gente no comprende y no conoce estas cosas es que el matrimonio está desapareciendo alrededor nuestro. La acción independiente o adelantada, o la falta de acción, la parálisis, el rehusarse a actuar, todo es erróneo; y todo ello se debe a que hombres y mujeres no entienden este concepto cristiano del matrimonio.

Podemos resumirlo de esta manera: la enseñanza señala que la iniciativa y el liderazgo pertenecen en el último análisis al marido, pero la acción siempre debe ser coordinada. Ese es el significado de este cuadro—acción coordinada pero liderazgo en la cabeza. Nada de esto sugiere un sentido de inferioridad. La esposa no es inferior a su marido; ella es diferente. Ella tiene su propia posición peculiar, llena de honor y respeto. Por eso, más adelante se indica al hombre que debe sostenerla y cuidarla y amarla y protegerla y respetarla y honrarla. No hay implicancia de inferioridad. Lo que Pablo está enseñando es que cualquier mujer cristiana que comprende esto querrá agradar a su marido, a serle útil, a ayudarlo, a auxiliarlo, a capacitarlo para su

propia función. Ella no vacilará en decir 'y obedecer' durante las bodas. ¡Qué cosa tan triste es ésta! Recientemente un amigo me contó que un ministro religioso que estaba por celebrar unas bodas había afirmado que no utilizaría la palabra 'obedecer'. Creía que de esa manera estaba siendo moderno, que estaba apelando al 'hombre de la calle'—demostrando que, después de todo, ¡el cristiano no es tan cerrado! No comprendía que estaba negando la doctrina bíblica. ¡Cuan completamente inconsistentes son tales personas! Supongo que si una persona de éstas estuviese en un partido de fútbol se jactaría del espíritu de equipo. Aunque todos están jugando individualmente y todos tienen gran habilidad, ellos comienzan diciendo que hay un sólo hombre que es capitán. Cada uno dice, 'yo no soy el capitán, yo me someto al capitán'. Eso es maravilloso, ese es el espíritu de equipo; cada jugador va a obedecer al capitán. ¡Pero no debe decir eso respecto del matrimonio! ¡Eso es degradante para la mujer, eso es pasado de moda, eso es Pablo, ese es el rudo fariseo, eso es una actitud legalista, ese es el Antiguo Testamento! Pero así se niega la doctrina entera y aun es inconsistente en su supuesta modernidad. La esposa cristiana que entiende estas cosas desea decir 'y obedecer', 'amar, cuidar y obedecer'. ¡Por supuesto! ¿Por qué va a casarse? ¿Acaso no es para producir 'una carne', un algo entero? ¿Acaso no es para disfrutar esta acción coordinada, esta cualidad de algo completo, que será demostrada al mundo? Eso no es esclavitud; eso es vivir como vive la iglesia en su relación con el Señor; eso es manifestar un espíritu esencialmente cristiano.

Pero permítanme decir una palabra final. ¿Notaron que el final de esta exhortación era, 'así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo'? ¡En todo! ¿Realmente quiere decir esto? Aquí volvemos a responder en términos de la analogía de la Escritura en su totalidad. Cuando la Escritura hace una afirmación global y general como ésta, siempre espera que la interpretemos a la luz de sus propias enseñanzas. De manera que al leer aquí que la esposa ha de sujetarse a su propio marido en todo, es lo mismo que cuando leemos que el cristiano debe sujetarse al estado, a los estados que gobiernan, tal como ocurre en Romanos 13 y en otros lugares. ¿Significa entonces que la mujer ha de hacer literalmente todo lo que su esposo le dice, en todas las circunstancias y condiciones? Por supuesto que no. Eso sería ridiculizar las Escrituras. Aquí hay algunas condiciones. ¿Cuáles son? Esta es una: Una regla fundamental de las Escrituras afirma que nadie jamás debe actuar contra su propia conciencia. Esta exhortación no implica que una esposa haya de actuar contra su conciencia. En el marco de las relaciones conyugales dentro de los términos del matrimonio, el esposo no tiene derecho de condicionar la conciencia de la esposa.

Aquí podríamos citar un número de casos muy interesantes. Algunas ven que hay gran confusión en cuanto a obedecer la conciencia y aferrarse a una opinión. Ambas cosas no son iguales. Las Escrituras nos exhortan a obedecer la conciencia en todas las circunstancias; pero eso no necesariamente es lo mismo que aferrarse a la propia opinión. Permítanme darles una ilustración de esto. Recuerdo haber leído en el libro de teología escocesa, por el doctor John Macleod, de un caso muy interesante que ilustra este preciso punto. Hubo en Escocia en el siglo 18 una disputa en cuanto a la relación del cristiano hacia el gobierno local, y una parte de la iglesia se dividió en dos secciones conocidas como los Burgher y los anti-Burgher. Este fue un asunto de gran controversia. Hubo un pastor llamado James Scott que tenía una esposa muy destacada llamada Alison. Era hija de aquel distinguido hombre Ebenezer Erskine, uno de los fundadores de la Secesión original en Escocia. Poseía un carácter muy fuerte y era esposa de un hombre muy hábil. El Señor Scott y su esposa disentan en este punto: El señor Scott pertenecía al partido anti-Burgher y la señora Scott al partido Burger. Surgieron muchas situaciones difíciles. El señor Scott pertenecía a un sínodo que amonestó y desposeyó a su suegro y tío y cuñado. La determinación requirió mucho valor. Luego, habiendo hecho esto en el sínodo, tuvo que regresar a su casa y contar a su esposa lo que había hecho. En respuesta Alison Scott hizo esta famosa declaración: "James Scott, todavía eres mi esposo, pero ya no eres mi pastor". Luego ella puso en práctica lo que dijo y los domingos no iba a adorar en la iglesia donde su propio esposo dirigía el culto y predicaba; ella asistía a una de las iglesias de los Burgher. ¿Qué hace de un caso como este? Yo no vacilaría en decir que Alison Scott estaba totalmente equivocada, porque estaba poniendo su opinión en lugar de la conciencia. Allí, sin lugar a dudas, tenemos un caso en que ella bajo todas las circunstancias debía haberse sometido a la dirección y guía de su esposo. Ella no habría violado su conciencia; aquello era un asunto de pura opinión. Repito, nunca debemos hacer el error de confundir la conciencia con la opinión. La esposa puede dar su opinión, pero al ver que su esposo está decidido, ella debe atenerse a su dirección.

Permítanme darles otra ilustración para compensar la anterior. Una de las experiencias más notables y conmovedoras que he tenido desde que soy pastor de la capilla Westminster ocurrió, si mal no recuerdo, hace unos dieciocho meses. Yo estaba predicando en la capilla; era la noche del primer domingo después de mi retorno de las vacaciones de verano. El texto era, 'Somos embajadores de Cristo'. Yo estaba subrayando el aspecto del llamamiento del embajador. Habiendo descendido del pulpito me dirigí a mi oficina, e inmediatamente me fue traída una dama obviamente muy agitada. Lo que ella quiso decirme era esto, que se sentía plenamente segura de que ese sermón había sido predicado para ella. Ella y su esposo habían estado casados durante diez años. El tenía la sensación de ser llamado al ministerio y estaba renunciando a su trabajo como maestro de escuela. Ella de ninguna manera compartía ese sentimiento. Ella había hecho todo cuanto podía para evitar que el esposo siguiera adelante, pero el esposo estaba seguro de lo que hacía y continuaba, y así hubo una verdadera crisis en su vida matrimonial. Pero durante el culto aquella mujer había sido profundamente convencida acerca de este asunto, de modo que vino directamente a confesarse conmigo y decirme que de inmediato buscaría el teléfono más cercano para llamar a su esposo que estaba en el oeste del país, adonde había ido para ser examinado a fin de entrar al ministerio el domingo siguiente. Ella había visto cuan equivocada había estado al aferrarse a su opinión y de esa forma torcer el propósito de Dios en la vida de su esposo. Aquello no había sido conciencia, aquello había sido aferrarse a una opinión. Afirmino que nunca debemos violar la conciencia, pero también afirmo que siempre debemos estar dispuestos a someternos en asuntos de opinión. La posición de la esposa en la relación matrimonial no debe ser llevada al extremo de que ella vaya contra su propia conciencia; ni debe permitir que su esposo le haga cometer pecado. Si el esposo trata de hacer que su esposa peque, ella debe decir '¡No!' No decirlo es ridiculizar las Escrituras. Si el esposo perdiera su equilibrio mental convirtiéndose en demente, obviamente ella no ha de obedecerle en todo. Las Escrituras nunca son ridículas; las Escrituras siempre llevan consigo su propio significado; y existen estos límites inevitables.

El cuarto punto que quisiera acentuar es que la esposa no ha de someterse a su marido al extremo de permitirle interferir en su relación con Dios y el Señor Jesucristo. Ella debe hacer todo menos eso.

En quinto lugar, el adulterio rompe la relación matrimonial; y si el marido ha sido hallado culpable de adulterio, la esposa ya no está obligada a serle obediente en todo. Ella puede divorciarse de él; las Escrituras le permiten hacerlo. Ella tiene derecho de hacerlo porque el adulterio rompe la unidad, rompe la relación. Ahora están separados; ya no son uno. El ha roto la unidad, él ha buscado esa rotura. De modo que no debemos interpretar esta Escritura como enseñando que la esposa está atada irrevocable e inevitablemente a un esposo adúltero por el resto de su vida. Quizá prefiera seguir junto a él—pero eso es algo que ella debe decidir. Todo lo que afirmo es que estas Escrituras no lo ordenan, no lo convierten en algo inevitable. En otras palabras, éstos son los límites de estos asuntos.

Allí están entonces, en mi opinión, las principales deducciones de esta maravillosa ilustración. El gran punto que se acentúa aquí es que la esposa debe ir hasta los límites extremos en su actitud de sumisión a su marido por amor a Cristo, y debe hacerlo por las razones que hemos mencionado, y sólo detenerse antes de violar los principios que acabamos de establecer. Permítanme sugerir algunas ayudas prácticas para toda aquella esposa que se vea en problemas por este asunto. Si se encuentra en problemas, hágase la siguiente pregunta: ¿Por qué me casé originalmente con este hombre? ¿Cuál fue el motivo en aquel entonces? ¿Acaso no puede ser restaurado aquello? Trate de recuperar aquello en el Espíritu de Cristo y del evangelio. "Ah, ñero", dice usted, "eso es imposible, no puedo". Bien, entonces, respondo yo, como cristiano sienta lástima de su marido, ore por él. Ponga en práctica la enseñanza del apóstol Pedro en su primera epístola, capítulo tres, donde dice tan claramente a las esposas a someterse, y no sólo a aquellas que son cristianas: "Estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa". Trate de practicar eso; en humildad y mansedumbre trate de ganar a su esposo. "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de gran estima delante de Dios". Haga cuanto pueda, vaya hasta los límites, trascienda los límites hasta poco antes de llegar a los principios establecidos. Y finalmente hágase esta pregunta—honestamente, ¿Puedo presentarme con esta actitud y en esta condición ante la presencia del Señor quien a pesar de mí y a pesar de mi vileza y mi pecaminosidad descendió del cielo y fue a la cruz del



Calvario y se entregó a sí mismo y su vida por mí? Si puede presentarse ante él todo está bien; nada tengo que decirle. Pero si en su presencia se siente condenada por causa de su actitud, por causa de cualquier aspecto de su relación, vaya y ponga sus cosas en orden. De modo que cuando vuelva a él, lo haga con conciencia tranquila, con espíritu abierto y capaz de regocijarse en su santa presencia. Este es un asunto cristiano; es semejante a la relación de la iglesia a Cristo, del cuerpo a la cabeza. Mientras lo consideremos en estos términos no habrá problemas; será un privilegio, es algo a lo cual Dios mirará con placer y deleite. 'Mujeres, estad sujetas'—'un espíritu afable y apacible, que es de gran estima delante de Dios'. Y por mucho que deba sufrir aquí, su recompensa en el cielo será muy grande.

## **Parte 2**

### **EL AMOR VERDADERO**

#### **Efesios 5:25-33**

Hasta aquí hemos estado considerando lo que el apóstol dice a las esposas; ahora llegamos a lo que dice a los maridos. Esto se encuentra en la notable declaración que él hace desde el versículo 25 hasta el final. En dos sentidos es notable; por lo que nos dice de los deberes del marido, y aun más notable, por lo que nos dice acerca de la relación del Señor Jesucristo hacia la iglesia cristiana. Esta es una de las cosas asombrosas en las cartas de este hombre; nunca se sabe cuando va a encontrar una perla, una perla de supremo precio. Aquí en esta parte esencialmente práctica de la epístola, repentinamente, arroja a la superficie la declaración más exaltada y maravillosa que jamás haya hecho en alguna parte respecto de la naturaleza de la iglesia cristiana y su relación con el Señor Jesucristo. Se observa esto en su tratamiento del asunto de los maridos y como ellos deben comportarse respecto de sus esposas; considerando este tema también considera al otro y a ambos les da este tratamiento maravilloso.

Notará que las dos cosas están entrelazadas, de manera que nuestra primera tarea es lograr alguna clase de división del asunto. El apóstol va de un tema a otro para luego volver al primero. Con frecuencia ese es su método; no siempre hace una declaración completa sobre un aspecto del asunto para luego aplicarlo; él ofrece una parte de su declaración, la aplica, luego otra parte que también aplica. Sugiero hacer esta clasificación. En los versículos 25, 26, y 27 nos dice lo que Cristo ha hecho por la iglesia, y por qué lo ha hecho. Luego, en los versículos 28 y 29 nos ofrece una primera deducción en cuanto a los deberes de un esposo hacia su esposa, especialmente en términos de la unión que subsiste entre Cristo y la iglesia y el esposo y la esposa. Luego, en una parte del versículo 29 y en los versículos 30 y 32 desarrolla la sublime doctrina de la unión mística entre Cristo y la iglesia. Luego en los versículos 31 y 33 traza sus deducciones prácticas definitivas.

Ese me parece ser el análisis de los versículos que estamos estudiando. Pero para poder comprender con mayor claridad su enseñanza, sugiero que lo enfoquemos de esta forma. Primero comenzamos con su imperativo general: 'Maridos, amad a vuestras mujeres'. Eso es lo que quiere subrayar sobre todas las cosas. En otras palabras, la idea suprema respecto al marido es el amor. Recuerdan que la idea suprema en cuanto a las esposas era la sumisión—'mujeres, estad sujetas a vuestros maridos'. Sumisión de parte de la esposa, amor de parte del marido. Debemos tener un concepto claro de esto. Por supuesto, esto no significa que sólo el marido ha de amar. Alguien podrá comentar diciendo, "el apóstol no dice una sola palabra aquí sobre las esposas amando a sus maridos". Pero esa objeción malinterpreta totalmente el objetivo del apóstol. No nos está dando aquí un tratamiento exhaustivo sobre el matrimonio. El pensar en la esposa sometándose implica el amor. Debemos comprender lo que el apóstol quiere hacer. En realidad le preocupa solo un punto básico, es decir la armonía y paz y unidad que se exhiben en la relación matrimonial y en el hogar. Siendo ese su tema principal escoge los elementos que de ambos lados deben ser acentuados más que todos los otros. Lo que se requiere de la esposa, a fin de mantener la armonía, es el elemento de sumisión; en tanto el esposo ha de ser vigilante en lo que respecta al amor. De esa manera Pablo está escogiendo la característica principal, la contribución particular que ha de hacer cada uno de los miembros en esta maravillosa relación que con

tanta claridad puede demostrar la gloria de la vida cristiana. Por eso la palabra dirigida a los maridos es, 'Amad a vuestras esposas'.

Esto es de suma importancia, particularmente en relación con la enseñanza previa. Se salvaguarda dicha enseñanza y es muy importante que nosotros lo consideremos de esa manera. Pablo ha estado acentuando que el esposo es 'la cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la iglesia'. Hemos visto que él está en una posición de liderazgo, que él es el señor de la esposa. Esa es la enseñanza del Antiguo Testamento y del Nuevo, y el apóstol la ha estado acentuando. Pero inmediatamente añade esto: 'Maridos, amad a vuestras mujeres', es como si dijera: "Usted es la cabeza, usted es el líder, usted es como si fuese el señor de esta relación; pero por el hecho de amar a su esposa este liderazgo nunca va a convertirse en tiranía, y aunque usted sea 'señor', usted nunca será tirano". Esta es la conexión entre los dos preceptos.

Esto es algo que se encuentra con frecuencia en la enseñanza del Nuevo Testamento. Permítanme darles un ejemplo. En muchos sentidos el mejor comentario sobre este punto se encuentra en 2 Timoteo 1:7. Allí dice: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (disciplina). Allí volvemos a tener lo mismo. 'No nos ha dado Dios espíritu de cobardía'. ¿Y bien, qué nos ha dado? Nos ha dado un 'espíritu de poder'; pero para que ninguna persona sienta que aquí hay un elemento de tiranía, el apóstol añade, 'y amor'. Es el poder del amor. No es un poder descarnado, no es el poder de un dictador o de un pequeño tirano; la idea no es la de un hombre que se cree en el derecho de ciertas cosas y pisotea los sentimientos de su esposa o cosas por el estilo, no es la idea del hombre que se sienta en casa como dictador. En un estudio previo me he referido a lo que tal vez fue el mayor defecto del concepto Victoriano en cuanto a la vida y aun de su cristianismo; y era precisamente esto. Ellos tendían a acentuar un lado a expensas del otro. Y tantos de nuestros problemas actuales se deben a una reacción, a una violenta sobre reacción contra el falso énfasis de aquel período particular.

Por eso siempre debemos guardar este equilibrio. Debemos recordar que el poder debe ser moderado por el amor; debe ser controlado por el amor; se trata del poder del amor. Ningún marido tiene el derecho de creerse la cabeza de su mujer a menos que la ame. Si no la ama no está cumpliendo el imperativo de las Escrituras. Estas dos cosas van juntas. En otras palabras, esto es una manifestación del Espíritu, y el Espíritu Santo no sólo otorga poder, sino que también da amor y disciplina. De modo que cuando el esposo pone en práctica su privilegio como cabeza de la esposa y cabeza de la familia, él lo hace de esta manera. Siempre ha de estar controlado por el amor; siempre estará bajo el control de la disciplina. El debe disciplinarse a sí mismo. Existirá la tendencia de una actitud dictatorial, pero no debe hacerlo así—'poder, amor, dominio propio' (disciplina). Todo esto se implica aquí en esta gran palabra 'amor'.

De modo que el reinado del esposo ha de ser un reinado y un gobierno de amor; es un liderazgo de amor. La idea no es la de un papa o de un dictador; no es un caso de 'ipse dixit'; él no habla 'ex cátedra'. No, se trata del poder del amor, es la disciplina del Espíritu, guardando este poder y autoridad y dignidad dados al marido. Evidentemente esa es la idea fundamental y suprema en todo este asunto de 'Maridos, amad a vuestras mujeres'.

Pero ahora debemos proceder a considerar en términos generales el carácter o la naturaleza de ese amor. Nuevamente ésta es una gran necesidad en los tiempos actuales. Hay dos cosas que en el mundo actual se destacan con gran claridad—el abuso del concepto de poder y el abuso, aún mayor, del concepto de amor. El mundo nunca había hablado tanto del amor como lo hace actualmente. Pero me pregunto si alguna vez ha habido algún tiempo que haya tenido menos amor que el presente. Estos grandes términos han sido degradados tan rotundamente, que muchas personas no tienen idea de lo que significa la palabra 'amor'.

'Maridos, amad a vuestras mujeres'. ¿Qué es este amor? Somos afortunados porque el apóstol nos lo dice; lo hace de dos maneras. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia'. Aquí hay dos definiciones. La primera está en la palabra misma 'amor'. La palabra que el apóstol escogió aquí para expresar la idea de 'amor' es muy elocuente en su enseñanza y significado. En el lenguaje griego que se utilizaba en los días del apóstol Pablo, había tres palabras que pueden ser traducidas por nuestra palabra 'amor'. Es muy importante que tengamos un concepto claro de esto y que sepamos distinguir entre ellas;

porque gran parte del pensamiento superficial de nuestros días en esta área se debe al hecho de no apreciar esta diferencia. Una de las tres—y esta no ocurre en el Nuevo Testamento—es la palabra 'Eros' que describe un amor perteneciente en su totalidad a la carne. El adjetivo 'erótico' como se lo usa comúnmente en la actualidad nos recuerda el contenido de la palabra. Por supuesto, es una forma de amor, pero es un amor de la carne, es un deseo, es algo carnal; y la característica de esa clase de amor es su egoísmo. Ahora bien, no es un amor necesariamente equivocado por el hecho de ser egoísta; pero su característica esencial es el egoísmo; nace, como digo, del deseo. Desea algo, y principalmente se preocupa por eso. Ese es su nivel. Por así decirlo, se trata de la parte animal del hombre. Y generalmente esto es lo que pasa por 'amor' en el mundo actual. El mundo se gloria en sus 'maravillosos' romances y habla de lo maravillosos que son. Nótese que nada se dice acerca de la infidelidad del hombre hacia su mujer y viceversa, y que niños pequeños tendrían que sufrir. 'Un romance maravilloso' ha comenzado en la vida de un hombre y una mujer y van a casarse. No se menciona el hecho de que ambos son culpables de quebrantar sus votos y violar cosas santas; lo que se publica es esa maravillosa 'unión', ese maravilloso romance. Es algo que encuentra todos los días en los diarios. No es más que este deseo erótico, egoísta, carnal, sensual. Pero le recuerdo que en el mundo actual dicho 'Eros' realmente es considerado amor.

En lo que respecta a las dos palabras traducidas 'amor' en el Nuevo Testamento, una de ellas es, 'fileo', que en realidad significa 'ser amigo de'. Aparece como una raíz en tales palabras como 'filantrópico' y 'Filadelfia'. La ilustración clásica de su uso se encuentra en el último capítulo del Evangelio de San Juan. Allí se nos cuenta el incidente de cómo Pedro y otros habían ido de noche a pescar, y al regresar repentinamente habían visto en la orilla al Señor. Allí el Señor les preparó un desayuno y comenzó a hablarles. Esto es lo que leemos: "Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos". Ahora bien, el punto interesante aquí es que Pedro, al decir, 'tú sabes que te amo', la palabra que usó fue, 'tu sabes que te tengo amistad'. El Señor, utilizando la tercera palabra, a la cual aún no hemos llegado, le pregunta si realmente lo ama, pero Pedro responde, 'tú sabes que te tengo amistad'. 'Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo', que significa, 'tú sabes que te tengo amistad'. Jesús les dijo, 'pastorea mis ovejas'. Después llegamos al versículo 17: 'Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?' Ahora el Señor hace aquí algo muy interesante, no usa la palabra que ha estado usando antes; ahora use la palabra que ha estado usando Pedro. 'Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿realmente me tienes amistad?' El Señor ha bajado el concepto, '¿Realmente sientes amistad hacia mí?' 'Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo'. Pedro se entristeció porque aparentemente el Señor dudaba de su amistad hacia él, de modo que a la luz de su fracaso no podía sino encomendarse al conocimiento del propio Señor y decir, 'Tú sabes que te tengo amistad'. Tengamos estas cosas en mente—la palabra traducida por 'amor' puede significar 'sentir amistad'.

La otra palabra del Nuevo Testamento se eleva a una altura mucho mayor. Se trata de la palabra que se usa siempre en la Biblia para expresar el amor de Dios hacia nosotros. 'De tal manera amó Dios al mundo'—'Agapao'. Ahora bien, esta es la palabra que se usa en el texto que estamos considerando. 'Maridos, amad a vuestras mujeres' en ese sentido, amad como ama Dios. No hay nada superior a esto. O para expresarlo de otra manera, tome la lista que describe el fruto del Espíritu que se encuentra en Galatas 5:22. El apóstol está comparando las obras de la carne y el fruto del Espíritu, y dice, 'El fruto del Espíritu es amor'; no sentimientos eróticos; no una mera amistad; es el amor que se asemeja al amor de Dios—amor, gozo, paz, y así sucesivamente. Ese es el amor, dice el apóstol, que los maridos deben tener y mostrar hacia sus esposas. Ustedes ven como todo encaja con tanta perfección con el versículo 18: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu". Si está lleno del Espíritu, estará lleno del fruto del Espíritu y el fruto del Espíritu es 'amor'.

El apóstol está hablando a personas que están llenas del Espíritu, porque sólo ellas pueden mostrar este amor. Es en vano decir esto a una persona que no es cristiana. Ella es incapaz de hacerlo; no puede amar con esa clase de amor. Pero el apóstol dice que los cristianos deben manifestar este tipo de amor porque están llenos del Espíritu. De modo que una de las formas en que demuestro ser lleno del Espíritu, no es tanto un

estado de éxtasis y la manifestación de ciertos fenómenos; es la forma en que me conduzco hacia mi esposa cuando estoy en casa, es este amor que es 'fruto del Espíritu'.

La misma palabra escogida por el apóstol nos guía de inmediato a la idea exacta de lo que quiere comunicarnos. Por eso, permítanme explicarlo de esta manera. Enfoquemos bien todo este asunto del matrimonio y de la relación matrimonial. No estoy diciendo que el apóstol enseñe que aquel primer elemento que pertenece a la carne no tenga ninguna participación en esto. Ello sería un gran error. Hubo personas que enseñaron eso. La enseñanza católico-romana referida al celibato está basada fundamentalmente en esa falsa interpretación. Y descubro que hay muchos cristianos que tienen problemas sobre este asunto. Aparentemente piensan que el cristiano ya no es un ser humano, ya no es natural; en consecuencia consideran el sexo como malo. Ahora bien, eso no solamente no es enseñanza cristiana, sino que además es un error, es una equivocación. Aquel elemento de 'Eros' tiene su nariz, está incluido. El hombre es hombre. Dios lo ha hecho así. Dios nos ha dado estos dones, y el sexo está incluido. El elemento erótico no tiene nada de malo en sí mismo; digo más, digo que debe estar presente. Me refiero a ello porque con mucha frecuencia se me pide tratar estos asuntos. He conocido a personas cristianas que con mucha honestidad, basadas en este concepto falso del sexo y de todo aquello que es natural, han llegado más o menos a la conclusión de que cualquier hombre cristiano puede casarse con cualquier mujer cristiana. Afirman que el único asunto importante es que somos cristianos. Dejan totalmente de lado el elemento natural. Pero la Biblia no lo hace así. A pesar de ser cristianos, es correcto que nos sintamos más atraídos hacia unos que hacia otros. El aspecto natural tiene su parte y no debemos excluirlo. Nunca debemos asumir la actitud de que cualquiera de nosotros podría perfectamente casarse con cualquiera de los otros. Se podría llevar una vida en común, pero eso excluiría este elemento natural.

Me he esforzado para demostrar que la enseñanza cristiana nunca excluye el elemento natural, nunca excluye la forma en que Dios nos ha creado. Y Dios nos ha creado de tal manera de que podamos sentir mayor atracción hacia una persona que hacia otra; y es algo mutuo. Eso es lo correcto; no lo deje de lado. Es algo que se sobreentiende aquí. El apóstol está presuponiendo que este hombre y esta mujer, por el hecho de sentirse mutuamente atraídos, y porque, si quieren usar la frase común, ellos 'se enamoraron', ahora están casados. En ese sentido los cristianos deben comportarse como cualquier otro. Esto no es algo mecánico. Una persona cristiana no dice, "Ahora bien, soy cristiano y voy a mirar a mi alrededor para decidir con quien casarme"; por así decirlo, no toman su elección a sangre fría. Eso no es enseñanza bíblica. Para algunos esto puede parecer excéntrico y divertido, pero hay muchos cristianos que han actuado precisamente sobre este principio. Hablo basado en la experiencia pastoral. Hay personas muy honestas, pero que consideran el sexo como malo, y así han llegado a esta falsa posición. Por lo tanto, no hemos de excluir el elemento natural. El apóstol está suponiendo que este hombre y esta mujer han sentido una atracción mutua, y que sobre esa base se han sentido unidos.

Y más que eso, el apóstol está suponiendo que se tienen una amistad mutua. Lo que quiero decir con esto es que el uno disfruta del compañerismo con el otro. Permítanme acentuar esto, diciendo que también pertenece al matrimonio cristiano. Hay ciertas afinidades naturales, que si las pasamos por alto lo hacemos en nuestro propio perjuicio. Nuevamente, he visto esto con frecuencia. Dos personas creyeron que por el hecho de ser cristianas ya nada más importa, y sobre esa base contrajeron matrimonio. Pero en la condición de casados es muy importante que las dos personas se tengan una mutua amistad. Si no es así, si su única base para el casamiento fue la atracción física, ésta pronto se habrá ido. Eso no tiene permanencia en sí; pero por el otro lado, una de las cosas que sí tiene permanencia es que dos personas se tengan amistad. En el matrimonio hay ciertos imponderables. Es conveniente que dos personas que están casadas tengan las mismas afinidades, los mismos intereses, y se sientan atraídas por las mismas cosas. No importa cuan profundamente se amen, si en este sentido hay diferencias fundamentales, éstas conducirán a problemas. El problema de la vida matrimonial y de vivir en armonía será mucho mayor. Afirmo entonces, es muy importante que este segundo elemento, la palabra que Pedro siguió utilizando, 'te tengo amistad', tenga su parte en el matrimonio.

El apóstol supone ambas consideraciones. Es probable que algunos cristianos se hayan casado cuando aún eran paganos y que el matrimonio incluía tanto el 'Eros' como el 'fileo'. Muy bien, dice Pablo, aquí es donde

el cristianismo comienza a tener su parte. Ahora, por el hecho de ser cristianos se introduce el otro elemento; éste eleva a los otros dos, los santifica, les da gloria, les concede esplendor. Esa es la diferencia que Cristo opera en el matrimonio. Sólo el cristiano es capaz de subir a ese nivel. Puede haber matrimonios felices y exitosos sin esto; gracias a Dios todavía los hay. En el nivel natural y humano hay matrimonios felices, y están basados sobre las dos palabras que he estado utilizando. Si tiene el primer elemento y además la amistad mutua, y cierto temperamento, dos personas pueden producir un matrimonio muy feliz y exitoso. Pero nunca subirá a este nivel superior. Sin embargo, este es el punto al cual el apóstol quiere elevarnos. Más allá, y por encima de las posibilidades del hombre natural, aparece este auténtico amor, este amor que es de Dios, el amor que él define en 1 Corintios 13.

Es evidente que el apóstol, al escoger esta palabra, nos ha dicho mucho. Por eso el deber de cada esposo que escucha o lee esta exhortación consiste en examinarse a sí mismo a la luz de esta palabra. ¿Están los tres elementos presentes en su vida? ¿Han sido coronadas y glorificadas todas las cosas por este 'amor' que puede ser atribuido a Dios mismo?

Pero para que no tengamos problemas al respecto, el apóstol procede a darnos otra ilustración en su segundo punto. El dice, 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como...'—'así como Cristo amó a la iglesia'. Aquí vuelve a mostrarnos su ansiedad por ayudarnos. La sola mención del nombre de Cristo lo lleva inmediatamente a elaborar su imperativo. No se puede limitar a decir 'así como Cristo amó a la iglesia'. El debe ir más allá y decir, 'y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha'. El apóstol dice todo eso para ayudar al esposo a amar a su esposa como debe amarla.

¿Por qué entonces desarrolla el asunto de esta manera? Creo que existen tres razones principales. Primero, ¿quiere que cada uno de nosotros conozcamos el gran amor que Cristo nos tiene? ¿Quiere que comprendamos la verdad acerca de Cristo y de nosotros mismos y acerca de nuestra relación con él porque le preocupa tanto esto? Evidentemente su argumento es éste, sólo 6 ha medida en que comprendamos la verdad acerca de la relación de Cristo hacia la iglesia, nosotros podemos funcionar como un marido cristiano debe funcionar. Para que esto quede claro termina diciendo, 'Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia'. Pero, ¿por qué está hablando respecto de Cristo y de la iglesia? ¿Por qué nos ha mantenido en este misterio? Para que los esposos puedan saber cómo amar a sus esposas. Y allí es donde la gente liviana y superficial se mofa de la doctrina, mostrando su ignorancia y necesidad. "Ah", dicen, "esa gente está interesada solo en la doctrina; nosotros somos personas prácticas". Pero no puede ser práctico sin doctrina, no puede amar verdaderamente a su esposa a menos que entienda algo de esta doctrina, algo acerca de este gran misterio. "Ah", dicen otros, "eso es demasiado difícil, no puedo seguirlo de ninguna manera". Pero si quiere vivir como cristiano, tiene que seguirlo, "debe prestarle atención, tiene que pensar, tiene que estudiar, tiene que tratar de entender, tiene que llegar al término con ello. Esto está aquí para usted, y si le da la espalda, está rechazando algo que Dios le da, y entonces es un terrible pecador. Rechazar la doctrina es un pecado terrible. Nunca ponga la práctica contra la doctrina porque no puede practicarla si no la tiene. Entonces el apóstol se toma el trabajo de desarrollar esta maravillosa doctrina de la relación de Cristo y la iglesia, no simplemente por el amor de dejarla establecida acá, por muy importante que sea, sino para que en casa podamos amar a nuestras esposas como debemos amarlas—'así como Cristo amó a la iglesia'.

De modo que ahora podemos considerar el problema de la siguiente manera. El principio que ha de controlar nuestra práctica consiste en que la relación entre esposo y esposa es, en esencia y en naturaleza, como la relación entre Cristo y la iglesia. ¿De qué manera la enfocamos entonces? Debemos comenzar estudiando la relación entre Cristo y la iglesia, y entonces, y sólo entonces, podremos considerar la relación entre el marido y la mujer. Eso es lo que el apóstol está haciendo. 'Maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la iglesia'. Habiendo dicho esto, nos detalla exactamente cómo Cristo amó a la iglesia. Luego dice, vayan y hagan lo mismo; esta es su regla. Esa es la primera gran doctrina.

Comencemos entonces considerando la relación de Cristo a la iglesia. Aquí hay algo que interesa a todos, no sólo a los maridos, sino a todas las personas. Lo que se nos dice aquí acerca de la relación de Cristo y la iglesia, es de vigencia para cada uno de nosotros. Cristo es el esposo de la iglesia, Cristo es el esposo de cada creyente. Preguntará, ¿dónde encuentra tal enseñanza? Por ejemplo, la encuentro en Romanos 7:4: "Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, Para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos muchos frutos para Dios". Cristo es el esposo de la iglesia, la iglesia es la esposa de Cristo. Cada uno de nosotros puede mirar, en ese sentido, al Señor Jesucristo como su esposo, y colectivamente lo hacemos así como miembros de la iglesia cristiana.

¿Qué es lo que el apóstol nos dice acerca de esto? Lo primero que el apóstol nos dice tiene que ver con la actitud del Señor Jesucristo hacia la iglesia, como la mira él. Y en esto hay enseñanzas para los maridos. ¿Cuál es su actitud? ¿Cómo mira a su esposa? Aquí mismo el apóstol nos dice algunas cosas maravillosas. Ustedes que son cristianos, ¿alguna vez se dieron cuenta que estas cosas se aplican a ustedes como miembros de la iglesia cristiana? Consideren las características de la actitud del Señor hacia su esposa, la iglesia. El la ama: 'Así como Cristo amó a la iglesia'. ¡Qué expresión elocuente! El la amó a pesar de su indignidad, él la amó a pesar de sus deficiencias. Nótese lo que Cristo hace por ella. Ella tiene que ser lavada, ella tiene que ser purificada. El la vio harapienta y salvaje; pero él la amó. Ese es el clímax de la doctrina de la salvación. El nos amó, no por algún mérito que hubiese en nosotros; él nos amó a pesar de lo que había en nosotros, 'mientras aún éramos pecadores'. El amó a los que estaban sin Dios, 'mientras aún éramos enemigos'. El nos amó en toda nuestra indignidad y vileza. El amó a la iglesia no porque era gloriosa y hermosa—no, sino para llevarla a que fuera así. Tome nota de la doctrina y vea lo que tiene que decir a los maridos. Un marido se opone a las deficiencias, dificultades y cosas que piensa poder criticar en su esposa, pero él debe amarla 'como Cristo amó a la iglesia'. Ese es el tipo de amor que debe mostrar. Este es el primer principio.

El segundo principio es éste: 'Se entregó a sí mismo por ella'. Cristo no sólo estuvo dispuesto a sacrificarse por ella, en realidad se sacrificó por ella. Tal es el amor de Cristo por la iglesia. El sólo pudo salvarla dando su vida por ella; y la dio por ella. Esa es la característica de su amor.

Luego nótese su gran preocupación por ella y por su bienestar. El vela por ella. Se preocupa por ella. Es como si él viese el potencial que hay en ella. El quiere que ella sea perfecta. Por eso Pablo prosigue diciendo: "Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo como una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante". Aquí ve su interés por ella, su amor por ella, lo orgulloso que está de ella. Esas son las características del amor de Cristo por la iglesia. Su gran deseo de que ella sea perfecta. Y él no se va a sentir satisfecho hasta que ella sea perfecta. El desea poder presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, 'que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante'. El la quiere perfecta. El la quiere más allá de toda crítica. El quiere, por así decirlo, que todo el mundo la admire. En Efesios 3:10 se nos dice que hizo todo esto "para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales". Este es el orgullo que el esposo siente hacia su esposa; está orgulloso de su belleza, orgulloso de su apariencia, orgulloso de cuanto le pertenece; y él desea mostrarla a toda la familia, a todas sus criaturas. Ese es el tipo de relación que existe entre el Señor Jesucristo y su iglesia. Estoy extrayendo en primer lugar el principio de en medio de los detalles, porque él nos permite comprender esta maravillosa y mística relación. De esta manera el cuadro que tenemos ante nosotros es del Señor regocijándose en esa relación, regocijándose en ella, triunfante en ella, gloriándose en ella. No hay nada que no hará por su esposa, la iglesia.

Este es el primer gran tema que emerge en el tratamiento que el apóstol da de este vasto y exaltado tema. Hemos de comenzar con este cuadro de Cristo y la iglesia. Han visto con qué ojos la mira, y lo que hace por ella por el hecho de mirarla de esa manera, y lo que él tiene en vista para ella—su última meta para ella. Y por todo esto existe aquí el concepto extraordinario de la relación mística, de la unidad, de la idea de que son una carne, y que ella es su cuerpo. 'Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia'.

Ese es entonces nuestro primer gran principio—Cristo amando a la iglesia. La relación entre Cristo y la iglesia es la que debería existir entre marido y mujer. Comiencen con eso. Consideren la gran doctrina de la iglesia. Vengan todos, los casados y los que no son casados. Esto tiene vigencia para todos nosotros porque estamos en la iglesia. ¡Qué maravilloso es comprender que todos estamos en esta relación respecto de Cristo! Esa es la forma en que él le mira, esa es su actitud. El principio es éste; este amor, el mayor amor que el mundo pudiese conocer, este amor proveniente de Dios, siempre está más allá de lo erótico y filantrópico. La gran característica de este amor—y aquí reside su diferencia esencial respecto de los otros amores—es que no lo controla tanto el deseo de tener, como el deseo de dar. 'De tal manera amó Dios al mundo'. ¿Cómo? 'Que ha dado'. No hay nada malo con los otros tipos de amor—ya lo he afirmado previamente—pero aun en su máxima expresión ellos siempre están centrados en sí mismos, siempre están pensando en sí mismos. En cambio, la característica de este otro amor es que no piensa en sí mismo. Dios se dio a sí mismo; Cristo murió por ella— 'aun hasta la muerte'. La característica de este amor es el sacrificio. Este amor es un amor que da; no siempre está considerando lo que va a obtener, sino lo que va a dar para el beneficio del otro. 'Maridos amad a vuestras mujeres de esa manera, así como Cristo amó a la iglesia'.

Habiendo visto en términos generales esta actitud de Cristo hacia la iglesia, podemos proseguir demostrando como esa actitud se manifiesta en la práctica; y después considerar su objetivo último, y finalmente, esa relación V unión místicas. Demos gracias a Dios porque cuando hemos de considerar el matrimonio, algo tan común, algo aparentemente tan ordinario, descubrimos que, si somos cristianos, hemos de considerarlo de tal manera que seamos introducidos al centro mismo de la verdad cristiana, al corazón de la teología y doctrina, a los misterios de Dios en Cristo como se los ve en y a través de la iglesia. ¡Quiera Dios bendecirnos en esta consideración!

## **LA ESPOSA DE CRISTO**

### **Efesios 5:25-33**

La proposición fundamental del apóstol, según hemos visto, es que no podemos entender los deberes de los maridos y de las esposas a menos que entendamos la verdad respecto a Cristo y la iglesia; por eso habíamos comenzado con esa verdad tal como lo hizo el apóstol. El marido debe amar a su mujer, 'así como Cristo amó a la iglesia'. Hemos recordado el significado de la palabra 'amor'. Es la suprema palabra que la Biblia conoce. Es el mismo tipo de amor con el cual Cristo amó a la iglesia; en efecto, el mismo amor con el cual Dios amó al mundo. Por eso nos estamos concentrando en este amor del Señor Jesucristo hacia la iglesia. Hasta ahora sólo lo hemos considerado en términos generales. Hemos mirado a su actitud global hacia la iglesia. Su interés por ella, su orgullo por ella, la forma en que la escuda, la guarda y protege. Todo eso está expresado aquí.

Pero debemos proseguir y extendernos más allá, porque el apóstol se toma el trabajo de recordarnos que esta actitud de Cristo hacia la iglesia es algo que se manifiesta en la práctica. Ese es el asunto que hemos de considerar ahora. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella'. No basta con considerar su actitud hacia la iglesia, los ojos con que mira a la iglesia y como la considera. Eso es algo, dice el apóstol, que se ha expresado en la práctica. Y debemos acentuar esto porque aquí está el énfasis del apóstol.

Por lo tanto, el principio dice que el amor no es algo teórico. El amor no es un simple tema del cual se habla; el amor no sólo es un tema del cual se puede escribir, no sólo es el material que se usa para escribir poesía. El amor no sólo es el tema de una gran aria en la ópera o alguna gran canción, o de miserables 'canturreos', o como quiera que se llame. El amor no es algo que se considera teórica o externamente. El amor es la cosa más práctica del mundo. Ese es el gran principio que se nos enseña aquí. Posiblemente no exista palabra que en la actualidad sea más degradada que la palabra 'amor'. Obviamente muchas personas no tienen idea de su significado. Quizás el mundo nunca haya usado con tanta libertad palabras amorosas; sin embargo, nunca ha habido tanta carencia de amor. Cada uno se dirige al otro usando expresiones cariñosas; se utilizan todos los

superlativos. Personas que apenas se conocen se tratan con términos de ternura; sin embargo, carecen de contenido. Por eso si se presta atención a la forma de hablar de las personas, pensará que son los más grandes amantes que el mundo haya conocido, cuando en realidad nada saben del amor y muy bien pueden estar divorciados al día siguiente. Por alguna razón se ha difundido la idea de que el amor es un tema del cual se debe hablar, y del cual se debe cantar. Es aquí donde los poetas pueden ser tan peligrosos. ¿Han notado alguna vez el extraordinario contraste entre las cosas que los poetas cantan en sus poemas y sus vidas cotidianas? ¿Acaso no es trágico que eso pueda ser cierto en personas que tienen la habilidad de escribir palabras tan hermosas y maravillosas sobre el amor? Cuando se leen las biografías de esos hombres, se siente impresionado, asombrado, y cree que los hechos reales no pueden ser posibles. Es porque ellos nunca han entendido el significado del amor. Ellos lo consideran como un asunto teórico, como algo muy hermoso, pero la verdad sobre el amor es que se trata del asunto más práctico del mundo.

Esa es la enseñanza de nuestro Señor. "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, éste es el que me ama" (Jn. 14:21). ¡Qué prosaico suena esto con todo nuestro así llamado concepto romántico del amor! Por supuesto, no es de ninguna manera romántico; es ridículo, es sentimental, es carnal. 'Esto es amor' dice Cristo, 'que una persona guarde mis mandamientos'. Porque en el análisis final nuestro amor no será probado por lo que usted y yo digamos; es lo que hacemos. Ciertamente éste es el asunto esencial en la relación entre el marido y su mujer. No se trata de que una persona pueda escribir hermosas cartas, usar grandes expresiones y grandes declaraciones de amor; la prueba del amor del hombre es su conducta en casa todos los días. No se trata de lo que él fue antes de casarse, ni de lo que es durante la luna de miel, ni de lo que es durante los primeros meses de la vida matrimonial. La cuestión vital es ésta, ¿Cuál será su comportamiento cuando surjan problemas y dificultades, pruebas, enfermedad, y cuando entre a la edad ya más adulta y luego venga la ancianidad?

Muchos matrimonios se rompen porque las personas desde el comienzo no comprenden el significado del amor. Recuerde como lo describe el apóstol en 1 Corintios 13 donde acentúa su carácter esencialmente práctico. El nos dice que el amor se abstiene de hacer ciertas cosas, que hace otras, y finalmente lo resume todo diciendo, 'el amor nunca deja de ser'. Esa es la Prueba del amor. Si desea comprobar si el amor de un hombre a su esposa es lo que debe ser, no escuche lo que dice, observe lo que hace y lo que es. Allí está la prueba.

Todo eso lo expresa el apóstol aquí y lo hace de una manera por demás sorprendente. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia'. ¿Cómo sabemos que él amó a la iglesia? Aquí está la respuesta: 'Y se entregó a sí mismo por ella'. Pero el apóstol no se detiene allí. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha'.

Miremos cuidadosamente esto y analicémoslo. Evidentemente hay tres sentidos en lo que el apóstol dice aquí. El amor de Cristo, esta actitud de Cristo hacia la iglesia se demuestra principalmente en tres sentidos. En primer lugar está aquello que él ya hizo por la iglesia. Cristo amó a la iglesia y 'se entregó a sí mismo por ella', es algo que ya ha hecho. Aquí, por supuesto, estamos tocando el corazón y centro mismo de la verdad cristiana. Sin esto no habría iglesia. Esto fue lo primero que él hizo, y fue algo absolutamente esencial; este es el fundamento. Y por eso el apóstol dice, escribiendo a los corintios, 'Ningún hombre puede poner otro fundamento'.

Esto es Jesucristo y lo que él ha hecho. Por eso el apóstol estaba decidido a no conocer nada entre ellos, sino 'a Jesucristo y a él crucificado'. Sin este fundamento no habría habido iglesia en Corinto ni en ninguna otra parte. Y, por supuesto, esta es una verdad que se acentúa en todas partes de las Escrituras. Recuerde la historia del apóstol despidiéndose de los ancianos de esta iglesia de Efeso. Se encuentra el relato en Hechos 20. El dice, "Mirad por vosotros... para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre". Eso es parte del gran romance de Cristo y la iglesia, del esposo y la esposa. El tuvo que comprarla antes de tenerla por esposa. Aquí el apóstol lo pone en términos de la iglesia como un todo, pero recordemos claramente, y tengamos un concepto claro acerca de ello, que esto tiene vigencia para cada uno de nosotros,



para cada cristiano, para cada miembro de la iglesia. El apóstol no vacila en afirmar esto respecto de su propio caso. En Calatas 2:20 dice, "Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella—es cierto, pero también 'por mí', por cada uno de nosotros como individuos.

El apóstol ya ha introducido este gran tema en esta misma epístola. Lo hizo en 1:7 donde dice: "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia". Este también es el gran tema del segundo capítulo: "Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hecho cercanos"—¿Cómo?—"por la sangre de Cristo". "El es nuestra paz,... derribando la pared intermedia de separación". El la ha abolido. ¿Cómo? 'En su carne'. "Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un sólo cuerpo, matando en ella las enemistades". Y en efecto, en este preciso capítulo que estamos considerando, el quinto capítulo, el ha introducido el mismo pensamiento en el versículo dos: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante". El lo sigue repitiendo, y nosotros también debemos seguir repitiéndolo. Algunos necios dicen: "Ah, pero la cruz sólo se aplica a mi conversión, a mi salvación original, después yo sigo..." ¡No! ¡Los creyentes nunca se apartan de esto! Esto es algo que nunca deberíamos desear olvidar; es algo que continúa. Esto no solamente es el fundamento y la base, sino también es la fuente de la vida y el poder que continúa. 'Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella'.

Entonces, lo que Pablo está diciendo es esto—y se trata de doctrina suprema; no hay doctrina mayor que esta—que cuanto hizo el Señor Jesucristo lo hizo por la iglesia. 'Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella'. En su gran oración sacerdotal nuestro Señor recuerda a su Padre este hecho tal como quedó registrado en Juan 17. Allí lo expresa de esta manera: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste". Ellos son suyos, ellos son la iglesia. El dice: "No te ruego por el mundo, sino por los que me diste". Y aquí se nos recuerda que él murió por la iglesia. Nunca debemos quitar nuestra vista de esto. El murió por la iglesia; por nadie más que por ella murió. Su muerte según nos recuerda Calvino y otros expositores, por el hecho de ser eterna y por el hecho de ser él el Hijo de Dios es suficiente para todo el mundo pero solamente es suficiente para la iglesia. El propósito de su muerte fue redimir a la iglesia. El se dio a sí mismo a la iglesia y a todos los que le pertenecen cuando ella sea completa, perfecta y entera. Dios lo sabía todo desde la eternidad y el Hijo vino y se dio a sí mismo por la iglesia.

Lo que debemos recordar entonces, es que nunca podríamos estar disfrutando de ninguno de los beneficios de esta vida cristiana si él no hubiera hecho esto. Usted y yo tenemos que ser rescatados y redimidos antes de poder pertenecer a la iglesia. Ninguna otra cosa nos convierte en cristianos. De paso recordemos esto. Puede ser la persona de la moral más alta en todo el mundo, pero, eso nunca le hará un cristiano; ello nunca lo convertirá en un miembro de Cristo, nunca le hará un miembro de la iglesia. Hay una sola cosa que convierte al hombre en miembro de la iglesia y es que Cristo le ha comprado con su propia sangre, y que él murió por esa persona y la redimió. Esta es la única entrada a la iglesia verdadera—no la visible, sino a la verdadera, la invisible, el cuerpo espiritual de Cristo. Somos salvados 'por su preciosa sangre'.

Pero, nótese que aquí, y particularmente aquí, la gran preocupación del apóstol es acentuar la verdad desde el punto de vista de la grandeza del amor de Cristo hacia la iglesia. ¿Por qué hizo aquellas cosas y cómo hizo esas cosas por nosotros? En muchas partes de las Escrituras tenemos la respuesta. ¿Cómo debería amar un marido a su esposa? Como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella. ¿Qué implica eso? Quizás la mejor declaración a este respecto se encuentra en Filipenses 2:5. "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". ¿Qué significa esto? Significa que esa es la forma en que Cristo amó a la iglesia, y se entregó por ella. No se consideró a sí mismo. Ese es el primer punto. 'No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse'. Esto significa que no consideró el ser igual a Dios como un premio al cual aferrarse. El era el Hijo eterno de Dios; el había compartido esa gloria con su Padre y el Espíritu Santo desde la eternidad, sin embargo, no se aferró a ella de modo de decir: "¿Por qué he de ir a la tierra, por qué he de

poner aparte las señales de mi gloria, por qué he de descender y permitir que se me golpee y escupa?" ¡No! 'No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse'. No lo consideró como algo a lo cual debía aferrarse a toda costa puesto que le pertenecía por derecho. En cambio, 'se humilló a sí mismo'. No tuvo necesidad de hacerlo; no hubo compulsión, sino la que nace del amor. Si el Señor Jesucristo se hubiese considerado a sí mismo, si hubiese considerado su propia gloria y dignidad eterna, nunca habría habido una iglesia. El era Aquel a través de quien todas las cosas habían sido creadas; todos los ángeles lo adoraban y todos los grandes poderes y principados le tributaban obediencia. Lo adoraban como el Hijo y lo glorificaban. ¿Qué sería si él hubiese dicho, "Oh, no puedo, no puedo alejar todo eso de mí; debo tener este respeto que se me debe, debo tener mi propia posición". El hizo justamente lo contrario, 'se humilló a sí mismo'. Nació como un bebé en la semejanza y forma de un hombre. Y no sólo eso, incluso se hizo un siervo. Absolutamente no pensó en sí mismo. Si lo hubiera hecho, ninguno de nosotros habría sido salvo y no habría iglesia. El no habló de sus derechos; no habló acerca de lo que le correspondía; no dijo, "¿Por qué he de sufrir, por qué he de humillarme a mí mismo?" El no consideró el precio, no consideró la vergüenza. El sabía lo que estaba implicado, sabía que sería golpeado por aquellos fariseos y escribas y saduceos y doctores de la ley, y que el pueblo lo escarnecería, y que le arrojarían piedras y que le escupirían. El sabía que pasaría todo ello aunque nada había hecho para merecerlo. Entonces, ¿por qué lo hizo? Por la iglesia, por su amor a la iglesia. 'Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente'. El tenía un sólo pensamiento y ese era el bien de la iglesia, el cuerpo que llegaría a ser su esposa. El estaba pagando por ella, la estaba comprando, sin pensar más que en ella. ¡No era él, sino ella! 'Haya pues en vosotros este sentir'. ¡Ustedes maridos! 'Maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella'.

Pero, hay otro aspecto en esto que debemos acentuar a fin de extraer la profundidad de la enseñanza. Nuestro Señor hizo eso por nosotros, por la iglesia, mientras aún éramos pecadores, cuando aún estábamos sin Dios, mientras aún éramos enemigos. El argumento de Pablo en Romanos 5 usa estos precisos términos, 'A su tiempo murió por los impíos', 'siendo aún pecadores'. "Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados seremos salvos por su vida". Nótese estos términos. Éramos 'impíos', éramos 'enemigos', éramos 'pecadores', éramos viles y no había nada que pudiese recomendarnos. Ustedes que creen que tienen que leer romances, y se deleitan en la historia de la cenicienta, miren esto. Miren a la iglesia en su vileza, en sus harapos, en su pecado, en su enemistad, en toda su fealdad. El Hijo de Dios, el Príncipe de gloria, la amó mientras aún era así, y a pesar de ello; la amó al mismo extremo de entregarse por ella, muriendo por ella. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia'. No se nos llama a hacer, en ese extremo, lo que él hizo. Pero, él, a pesar de todo, amó hasta el punto de entregarse a sí mismo; su sangre fue literalmente derramada por nosotros.

"Ahora bien", dice el apóstol, "ustedes que se encuentran en esta relación matrimonial, el uno encuentra en el otro cosas que no les agradan y que no aprueban—deficiencias, faltas, fallas, pecados—entonces, ustedes asumen una actitud crítica, y se mantienen en su dignidad, y condenan, y pelean, y se separan. ¿Por qué? Simplemente porque no logran comprender la forma en que ustedes mismos han sido salvados, la forma en que han llegado a ser cristianos y miembros de la iglesia cristiana". El les recuerda que si el Señor Jesucristo hubiese reaccionado hacia ellos como ellos reaccionan los unos respecto de los otros, jamás habría habido una iglesia. 'El amor nunca deja de ser', el amor sigue amando a pesar de todo. Ese es el amor con el cual Cristo amó a la iglesia.

¿Acaso hay un error tan grave, vuelvo a preguntar, como el de separar la doctrina de la práctica? Cuan culpables somos todos de esto. ¿Cuántos de nosotros hemos comprendido que siempre hemos de pensar del matrimonio en términos de la doctrina de la expiación? ¿Es esa nuestra forma común de pensar del matrimonio—maridos, mujeres, todos nosotros? ¿Es esa la forma en que pensamos instintivamente del matrimonio—en términos de la doctrina de la expiación? ¿Dónde encontramos lo que los libros tienen para decirnos sobre el matrimonio? ¿En qué sección? Lo encontramos bajo el tema de la ética. Pero ese no es el lugar que le pertenece. Debemos considerar el matrimonio en términos de la doctrina de la expiación.

Los cristianos más necios son aquellos que sienten rechazo hacia la doctrina, y que desacreditan la importancia de la teología y la enseñanza. ¿Y acaso eso no explica por qué fallan en la práctica? Estas son

cosas que no se Pueden separar. No debe relegar la doctrina de la expiación y limitarla sólo a su conversión o al estudio. ¿Por qué tantos cristianos no asisten a los servicios religiosos nocturnos? "Oh", dicen, "el sermón va a ser sobre la cruz, es sobre el perdón, y ese es el comienzo de la vida cristiana. Yo ya soy cristiano desde hace muchos años y lógicamente acerca de eso ya no hay nada nuevo que decirme". ¡Cristianos necios! ¿Acaso se han cansado de escuchar de la cruz? ¿Es que ya saben tanto de ella, y la entienden en una forma tan exhaustiva que ya no puede tocarles? "Ah", dice usted, "ahora quiero enseñanzas más elevadas, ahora quiero una enseñanza detallada de cómo he de vivir la vida santificada". Pero, nunca va a vivir la vida santificada, a menos que siempre esté junto a esa cruz, y a menos que ella esté gobernando toda su vida, e influenciando toda su perspectiva y cada una de sus actividades. Aquí estamos en lo que se llama la sección práctica de la epístola a los efesios, la segunda parte, donde Pablo se ocupa de temas cotidianos; sí, pero es precisamente en este contexto que repentinamente nos pone cara a cara con la doctrina de la iglesia, y con la doctrina de la expiación. No puede dejar atrás la cruz, nunca será un cristiano tan avanzado que ella sólo le signifique el comienzo. Esa es la forma de arruinar los matrimonios y todo lo demás. ¡No! "Un amor tan asombroso, tan divino, demanda toda mi alma, mi vida, mi ser entero"— ¡Siempre! Yo comienzo allí, pero, sigo allí; y ¡ay de mí si alguna vez dejo de estar allí!

Ese es el primer punto que señala el apóstol—el amor de Cristo. Pero luego, prosigue al segundo punto—a lo que Cristo, movido por este gran amor suyo, está haciendo, o sigue haciendo por la iglesia. Esto el apóstol lo expresa en las palabras: "Y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra" (v. 26). Aquí tenemos otra de esas declaraciones grandes y sumamente vitales. Nótese que este versículo cumple dos funciones principales. La primera es lo que ya he mencionado, y es que nos recuerda lo que el Señor Jesucristo sigue haciendo por la iglesia. Pero, también tiene un segundo propósito. Nos dice por qué hizo lo primero. 'Se entregó a sí mismo por ella, para...' (ése es el propósito)—allí está su objetivo. ¿Por qué murió Cristo? El murió 'para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'. Esa es la enseñanza que encontramos aquí respecto de la doctrina de santificación. Todo ello se encuentra aquí—expiación, justificación, y ahora santificación.

El primer punto que establecemos y acentuamos es el siguiente: El perdón y la liberación de la condenación y del infierno nunca son un fin en y por sí mismos, y nunca deben ser considerados como tales; ellos no son sino medios hacia otra meta. No puede quedarse sólo con el perdón y la justificación.

Miremos más de cerca lo que el apóstol enseña aquí sobre esta gran doctrina de la santificación. El primer principio es que no hay ninguna cosa tan contraria a las Escrituras que separar la justificación de la santificación. Muchas personas lo hacen. Ellas dicen: "Uno puede creer en el Señor Jesucristo como Salvador y entonces serán perdonados sus pecados y estará justificado. Y puede detenerse en ese punto". Luego ellas añaden: "Por supuesto no debería detenerse allí; debería continuar hacia el segundo paso. Sin embargo, hay muchos cristianos"—dicen ellos, "que se detienen en ese punto. Son personas que han creído en Cristo para salvación y están justificadas y perdonadas; sin lugar a duda, son cristianos, pero cristianos que no se han apropiado de la santificación". En consecuencia los exhortan a 'apropiarse' de la santificación así como anteriormente se habían 'apropiado' de la justificación. Tal enseñanza es una completa negación de lo que el apóstol está diciendo aquí, y es algo completamente ajeno a las Escrituras. La muerte de Cristo no es sólo para darnos perdón, y justificarnos, y presentarnos legalmente justificados ante los ojos de Dios. 'Se entregó a sí mismo por ella, para...'. Este es sólo el primer paso en una serie; en ningún sentido se trata de un último paso y uno nunca puede detenerse allí.

El apóstol no sólo enseña esto a los efesios; él lo enseña a todas las iglesias. Se encuentra lo mismo en Romanos 8:3, 4. También aparece en Tito 2:14: "Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Por ese motivo se dio a sí mismo por nosotros; no sólo para que fuésemos perdonados, no meramente para salvarnos del infierno, sino para purificar y separar un pueblo especial para sí mismo que fuese celoso de buenas obras. Nuestro Señor lo dijo todo en su gran oración sacerdotal (Jn. 17:19): "Y por ello yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad".

Detenernos en la justificación no solamente sería un error de concepto; además sería algo imposible porque es algo que hace Cristo; es Cristo quien lo hace en nosotros. El se dio a sí mismo por la iglesia. ¿Por qué? Para santificar y purificar la iglesia. Es él quien va a hacerlo. Todo el problema surge porque algunas personas insisten en considerar la santificación como un paso posterior que damos por nuestra propia decisión. Pero, en ninguna parte de las Escrituras se enseña eso. La enseñanza de las Escrituras es ésta: Cristo ha puesto su corazón y su afecto en la iglesia. ¡Allí está la iglesia, bajo condenación, en su pecado, en sus harapos y en su vileza! Entonces vino él. Tuvo que ocurrir la encarnación. El tomó sobre sí mismo 'semejanza de carne de pecado'. El tomó sobre sí mismo los pecados de la iglesia y los llevó en su propio cuerpo al madero. El tomó el castigo, él murió, él hizo expiación, él nos ha reconciliado con Dios. De esa manera la iglesia es librada de la condenación. Pero con eso él no queda satisfecho. El quiere que ella sea una iglesia gloriosa, él quiere 'presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante'. De modo que sin demora procede con los preparativos para lograr ese destino. El no puede detenerse en ese primer paso; continúa para santificarla. En otras palabras, su muerte en la cruz por nosotros y nuestros pecados simplemente fue el primer paso de un gran proceso. Y él no se detiene con el primer paso. El tiene un propósito completo para la iglesia y paso a paso va a realizar todo ese proceso.

Me gustaría expresarlo con todo vigor. Al final de cuentas nosotros no tenemos nada que decidir en este asunto de la santificación. Es algo que hace Cristo. El murió por mí, y luego habiendo muerto por mí, él va a limpiarme, santificarme, purificarme—es él quien va a hacerlo. Y no nos equivoquemos en esto. Si él ha muerto por mí, él continuará con todo el proceso de santificación; finalmente, él me hará perfecto. En esto hay un elemento alarmante; pero es parte de la enseñanza fundamental de la Biblia. Si no nos sometemos voluntariamente a esta enseñanza, él tiene otra forma de purificarnos; y él la utilizará—"porque el Señor al que ama, disciplina" (He. 12:6). El no va a permitir que se quede donde estaba en su impureza y vileza diciendo: "Ahora estoy muy bien, Cristo ha muerto por mí, he sido perdonado, soy un cristiano". ¡El no se va a quedar con eso! El le ha amado, le pertenece a él; y él le purificará. Si no quiere venir voluntariamente, y de la forma correcta, él lo colocará en esta escuela de la que hemos leído en Hebreos. El va a quitar las asperezas, él va a quitar la inmundicia y la vileza, él lo va a lavar. Podría ser que sea a través de una enfermedad que él le envíe. Estos 'predicadores de sanidad' que afirman que Dios nunca envía una enfermedad, están sencillamente negando las Escrituras. Uno de Sus métodos es la disciplina. Su posición puede empezar a desmoronarse, puede perder su trabajo, o alguno de sus seres queridos puede morir. ¡Cristiano! porque le pertenece, porque Cristo murió por usted, él le hará perfecto. En su necesidad opóngase a él como quiera, pero él lo va a vencer, él va a purificarlo, él va a perfeccionarle. Esa es la enseñanza; es algo que él hace. La santificación no es algo que nosotros determinamos. 'Se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'. Por lo tanto el primer principio que debemos comprender es que la santificación es fundamental y esencialmente algo que hace el Señor Jesucristo en nosotros. El tiene sus propios métodos para hacerlo. Esto incluye, por supuesto, obediencia de nuestra parte. Sin embargo, no debe poner todo el énfasis allí. La decisión respecto de la santificación no nos corresponde a nosotros; es suya. La decisión fue tomada en la eternidad antes de la fundación del mundo. Esta actividad es suya. Es una operación suya; y habiendo muerto por nosotros, él la hará. Si le resiste, lo hará en perjuicio propio. El conducirá a cada uno de los hijos que han sido llamados a esa gloria final y sempiterna. Tal como se expresa en Hebreos 12, si él no procede de esa manera con nosotros, somos 'un bastardo' y no un verdadero hijo (He. 12:5-11).

Este es entonces el gran principio que constituye la base de esta enseñanza apostólica. ¿De qué manera lo ejecuta Cristo? La respuesta se encuentra en la palabra 'santificar': 'Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla'. Esta palabra 'santificar' es utilizada en muchas formas diferentes en la Biblia, pero su significado principal es 'poner aparte para Dios, para su posesión peculiar y para su uso'. Se ve, por ejemplo, que en Éxodo 19 el monte sobre el cual Dios fue al encuentro de Moisés para darle los Diez Mandamientos, fue 'santificado' en ese sentido. Se lo llama 'el Monte Santo' porque fue puesto aparte. No hubo cambio alguno en la montaña, pero la montaña fue apartada para el propósito de Dios, para el uso de Dios, para la posesión peculiar de Dios. De la misma manera los utensilios que eran usados en la ceremonia del templo, también estaban santificados, habían sido apartados. No hubo ningún cambio material en las copas y las fuentes, pero habían sido apartadas para ser utilizadas solamente en el templo y para el servicio de Dios, ya no podía ser aplicada al uso común. Ser santificado significa ser

apartado para los usos y propósitos especiales de Dios como su posesión peculiar. De manera que nosotros somos 'pueblo para su propia posesión'.

Después surge aquí un segundo significado. Puesto que fueron apartados de esta manera, también fueron 'hechos santos'. Ahora bien, en nuestro pasaje aquí no puede haber duda sobre el significado de esta palabra 'santificación'. Lleva en sí esa primera connotación. 'Para santificarla'. Tiene el significado de 'apartar para sí mismo', 'separar de cualquier otra cosa para su propia posesión, para su propio uso, para su propio deleite'. Aquí no significa sino eso, porque notamos que el apóstol añade la palabra 'purificar', supliendo el segundo significado de santificación. El apóstol la subdivide en dos pasos. ¡Aquí está la iglesia en sus harapos, en su inmundicia y vileza! Cristo ha muerto por ella, él la ha salvado de la condenación. El la rescata de donde se encontraba y la pone aparte para sí mismo. Ella es "librada de la potestad de las tinieblas, y trasladada al reino de su amado Hijo" (Col. 1:13). Esto significa que ella es transportada fuera del mundo a la posición especial que como iglesia debe ocupar.

Esto es algo maravilloso. Esto es lo que el Señor Jesucristo ha hecho con la iglesia. Lo mismo ocurre cuando un hombre descubre que sus afectos y su amor se dirigen a una muchacha de entre mil. El la escoge para sí mismo, la selecciona de entre todas las demás. "Ella será mía", dice él. Así que la separa, la aísla, la 'santifica', la aparta totalmente. El la quiere para sí mismo. Esa es la sencilla verdad acerca de cada uno de nosotros como cristianos, y miembros de la iglesia cristiana en el sentido real. ¿Se había dado cuenta que el Señor de Gloria, el eterno Hijo de Dios, nos ha apartado, nos ha aislado para sí mismo, para que nosotros fuésemos 'un pueblo de su posesión peculiar'?

Permítanme recordarles otra vez 1 Pedro 2:9 que expresa tan gloriosamente esta verdad. ¿En realidad sabe la verdad acerca de sí mismo en este preciso instante? "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa (apartada)". No somos perfectos ni libres de pecado, pero somos 'una nación santa' en el sentido de que somos un grupo, una nación de personas apartadas. Y Pedro se extiende aun más allá, 'un pueblo peculiar'—'un pueblo para su posesión peculiar y personal'—'para que anuncien las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable'. Eso es lo que Cristo ha hecho por la iglesia. El nos ha llamado afuera. Ese es uno de los significados de la palabra 'ecclesia'—los que 'son llamados afuera'. Hemos sido llamados fuera del mundo, reunidos aquí para formar este cuerpo, esta esposa para Cristo. Y entonces Cristo procede a obrar con nosotros.

En otras palabras, para usar nuevamente el lenguaje de Pedro en este mismo capítulo, nosotros como cristianos somos solamente 'extranjeros y peregrinos' en este mundo. Nótese como él lo ha expresado: "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos" (v. 11). Ya no pertenecemos más a este mundo. Hemos sido tomados de él, hemos sido separados, santificados. Aquí somos solamente extranjeros y peregrinos; ya no pertenecemos a ese reino como antes pertenecíamos. El apóstol Pablo ya dijo todo esto al final de Efesios 2. El dice: "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios". Antes eran extrañeros para esto, pero ahora pertenecen a esto y son extranjeros para aquel otro mundo—santificados, apartados para él mismo. Esto, interpretado, significa que la esposa ya no es libre para hacer algunas de las cosas que hacía antes, en cambio ahora vive para su marido y él vive para ella. El marido no mira a otras mujeres, porque su esposa es la que él ha escogido, separado, santificado para sí mismo. Esa es la forma en que Cristo mira a la iglesia. Esa es la forma en que un marido debe considerar a su esposa. Y nosotros, como esposa de Cristo, ya no deberíamos pensar en nosotros mismos como libres, como perteneciéndonos a nosotros mismos, sin decidir ya lo que hemos de hacer, sin seguir perteneciendo al mundo.

Permítanme dejar todo esto expresado en forma de pregunta. Me estoy dirigiendo a los miembros cristianos de la iglesia. Dejaremos la aplicación práctica referida a los maridos para después. Esta es la pregunta práctica que quiero dirigir a cada uno que afirma ser creyente en el Señor Jesucristo, a cada uno que dice 'yo creo que Cristo ha muerto por mí y por mis pecados, para rescatarme'. ¿Está consciente del hecho de que Cristo le ha apartado y que él le está santificando? Porque, créame, si no lo está, se está engañando y mintiendo a sí mismo pensando que él ha muerto por usted. Cuando Cristo muere por un individuo, siempre lo conduce a esa posición peculiar. 'Se entregó a sí mismo por ella, para...'. Ese fue su primer paso; pero

nunca se queda allí. Ese es el paso preliminar que lleva a la santificación. De modo que es en vano decir que Cristo ha muerto por nosotros si no somos conscientes de que él nos ha separado. ¿Sabe con certeza que ya no pertenece al mundo, que ha ocurrido un cambio en su ser, que ha sido transportado, que ha sido 'trasladado del reino de las tinieblas al reino del amado hijo de Dios'? ¿Siente usted ser un extraño aquí? ¿Dice con Pablo: 'Nuestra ciudadanía está en el cielo'? (Fil. 3:20). "El se dio a sí mismo por ella, para...para poder ponerla aparte para sí mismo, su propia posesión peculiar". Qué inmenso privilegio es llegar a ser cristiano, de pertenecer a la compañía de aquellos por quienes murió Cristo, y a quienes está preparando para sí mismo—pertenecer a los que han sido apartados del mundo para 1 gloria que hemos de disfrutar con él. Maridos, de esa manera amad a vuestras mujeres.

## **LA PURIFICACIÓN DE LA ESPOSA**

### **Efesios 5:25-33**

Al considerar la afirmación que el apóstol hace respecto de los deberes de los esposos hacia sus esposas, estamos prestando atención a la enseñanza referida a nuestro Señor en su relación con la iglesia. Hemos visto su preocupación por ella, su actitud con respecto a ella. Hemos acentuado cómo dicha actitud y preocupación han sido expresadas en la acción, en la práctica. Hemos visto lo que el Señor ha hecho por la iglesia: 'y se entregó a sí mismo por ella'. También hemos considerado lo que aún está haciendo por la iglesia. Lo primero lo hizo una vez para siempre—se dio a sí mismo por ella. Pero no se queda allí; el sigue haciendo algo en la iglesia y por la iglesia.

También hemos analizado la palabra 'santificar' y su significado. El Señor ha apartado a la iglesia para sí mismo. Nosotros somos su 'pueblo adquirido', un pueblo para su posesión propia, peculiar y especial. Somos su esposa. El la ha puesto aparte, él la ha apartado para poder hacer ciertas cosas por ella.

Ahora continuamos a partir de ese punto. La siguiente palabra que encontramos es 'purificar'. 'Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'. Es mediante esta palabra 'purificar' que se presenta ante nosotros la idea de lo que normalmente llamamos 'santificación'.

Aquí debemos tener cuidado de notar el contenido completo de esta palabra 'purificar'. Algunas personas querrán limitarlo al hecho de haber sido lavados de la culpa de nuestros pecados. Pero, evidentemente, eso no es suficiente. Ese aspecto ya lo hemos encontrado en la afirmación de que El se dio a sí mismo por la iglesia y la separó. Esa idea implica que hemos sido librados de la culpa de nuestros pecados; sin embargo no estoy dispuesto a discutir con aquellos que desean incluirla en el significado de esta palabra 'purificar'. Ciertamente, Cristo nos purifica de la culpa de nuestro pecado; pero esta palabra nos lleva más allá. Creo poder probar que no se trata de un mero asunto de opiniones. Pablo añade aquí que la purificación es efectuada 'en el lavamiento del agua por la palabra', y este hecho en sí comprueba que se trata de un proceso que va de continuo en continuo. El lavamiento de la culpa del pecado se realiza una vez para siempre. Se trata de una sola operación; pero luego hay una operación continuada, 'para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'. Esta afirmación demuestra que no se trata solamente de librarse de la culpa, pero el versículo 27 lo establece en forma aun más positiva: "Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". Estas palabras definen el objetivo último de Cristo: que la iglesia no sólo quedase librada de la culpa del pecado, sino que también quedase total y completamente librada de todo pecado cualquiera sea su forma o tipo. Sin duda Top-lady logra una expresión perfecta de la idea al ponerla de la siguiente manera:

Sé la doble cura del pecado,  
De su culpa y poder, déjame librado.

El Nuevo Testamento nunca se detiene en la culpa misma; siempre se extiende también a la idea de nuestra purificación referida tanto al poder como a la culpa del pecado. Por cierto, a esto quiero añadir un elemento más. Esta purificación no solamente se refiere al poder del pecado y a su culpa, sino también a la contaminación que causa. Muchas veces se olvida este tercer aspecto. Verá que muchas sociedades mencionan en sus 'fundamentos de fe' el poder del pecado, ignorando la contaminación que el mismo causa. Sin embargo, en muchos sentidos, lo más terrible de la caída es que ha contaminado toda nuestra naturaleza. En gran parte, el pecado tiene tanto poder sobre nosotros por haber contaminado nuestra naturaleza. Esto es lo que el apóstol describe tan gráficamente en Romanos 7: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien". Pues bien, eso es corrupción y no poder. Es una condición previa al poder; su raíz está en nuestras naturalezas contaminadas, mancilladas y arruinadas y llenas de impurezas. Es producto de la caída y por eso el pecado es tan poderoso en nosotros. Por eso no sólo necesitamos ser purificados de la culpa del pecado, no tan sólo de su poder, sino particularmente de esta terrible corrupción de pecado, de toda su impureza y perversión.

El pecado penetra la trama misma de la naturaleza humana; nuestras naturalezas se han envilecido, dividido y pervertido. ¡Cuan importante es comprender que esto es cierto en cada uno de nosotros! No es que por naturaleza seamos neutrales para luego ser tentados desde afuera. ¡No! Hemos 'nacido en pecado', somos 'formados en iniquidad'. "En pecado me concibió mi madre", esa es la enseñanza de las Escrituras (Sal. 51:5). Al comienzo de su segundo capítulo el apóstol ya había afirmado esto con toda claridad al decir: 'Estabais muertos en vuestros delitos y pecados'. Luego menciona 'la voluntad de la carne y de los pensamientos'. Esa es otra forma de describir esta 'ley en mis miembros'. Esto no es sólo poder, esto es una infección, verdaderamente, como ya he dicho, es una corrupción. Es como un torrente que viene contaminado en su misma fuente en vez de contaminarse a lo largo de su curso. Es de esto de lo que debemos estar purificados antes de poder ser presentados por el Señor a sí mismo 'como una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha'.

Por eso la pregunta para nosotros es ésta: ¿Cómo se logra esto? El apóstol dice que esto se efectúa 'en el lavamiento del agua por la palabra'. Aquí tenemos una frase importante y muy difícil—una frase que muchas veces ha sido mal entendida y mal interpretada. Muchas personas ven aquí la enseñanza de lo que ellos llaman 'la regeneración bautismal'. Según esta enseñanza somos librados y purificados totalmente del pecado mediante el bautismo. Este fue un error que durante los primeros siglos se introdujo a la iglesia; el error es perpetuado por la enseñanza de la Iglesia Católico-romana; y por otras formas de catolicismo, incluso hasta los días de hoy. No voy a entrar a todos esos detalles. Creo que es una interpretación completamente artificial de las palabras, la imposición de un significado sobre ellas, que si las considerásemos naturalmente, tomando el valor que tienen a primera vista, ellas nunca habrían sugerido semejante interpretación. Por supuesto, esa interpretación fue introducida para satisfacer las ansias de poder de la iglesia y todos aquellos que aún la enseñan, cualquiera sea su forma de catolicismo, siguen siendo culpables del mismo error. No se trata aquí de alguna operación mágica que tiene lugar durante el bautismo, ni se trata de la fórmula particular que se utilice durante él. Algunos han acentuado este último aspecto afirmando que lo importante es la palabra pronunciada por el hombre que está bautizando al niño, y que la fórmula es la que suple el poder y su eficacia. Repito, eso no es sino sacerdotalismo; no es sino una forma de implementar la autoridad del sacerdocio.

Pero entonces, ¿qué enseña esta palabra? Obviamente aquí hay una referencia al bautismo, al hecho y al acto del bautismo. Por supuesto, eso no nos sorprende porque aquí estamos tratando con personas que antes eran paganas. Son personas que escucharon el evangelio, lo creyeron, y luego, antes de ser admitidas en la iglesia, tenían que ser bautizadas; habiendo sido bautizadas eran recibidas en la membresía de la iglesia cristiana. Por eso, pensaban en el bautismo como en algo cuyo propósito era representar esta purificación, esta liberación de un reino y el 'traslado' a otro reino. Por eso, ahora encontramos al apóstol Pablo expresándolo al escribir a la iglesia de Corinto: "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No, ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Cor. 6:9-11). Allí vuelve a

utilizarse la misma idea del 'lavamiento'. El apóstol dice, "ustedes eran así; ya no están en esa condición; ahora son santos en la iglesia—han sido lavados". Uno de los propósitos del bautismo es representar ese cambio.

El pensamiento del apóstol Pedro en 1 Pedro 3:20, 21 es muy similar. Allí se refiere a los espíritus encarcelados, "los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios". Allí se encuentra con suficiente claridad la idea que estamos considerando en esta declaración a la cual estamos dedicando nuestra atención. El bautismo es una figura, una representación simbólica de lo que el Señor Jesucristo hace por nosotros en este proceso de la santificación. Por lo tanto, el objeto del bautismo es representar eso y sellarlo en nosotros sobre nuestras mentes y nuestros corazones. No es más. El bautismo en sí y por sí mismo no hace nada. El mero hecho de ser bautizado no nos cambia en absoluto. Esa es la idea errónea de los sacramentos. El término técnico utilizado por los católico-romanos, y toda la enseñanza católica es que los sacramentos actúan y son eficaces 'ex opere operato'. En otras palabras, que los sacramentos actúan en y por sí mismos independientemente de cualquier actividad de parte de los recipientes. El hecho en sí del bautismo le otorga la regeneración a un niño o a un adulto.

En las Escrituras no hay tal enseñanza. El bautismo es, como dice Pedro, 'una figura'; es una representación dramática. Por supuesto lo mismo ocurre con la Cena del Señor. No creemos que el pan sea transformado en el cuerpo mismo de Cristo. Se trata de una representación. Efectivamente, el Señor dice: miren este pan; cuando se reúnan para comerlo, que ese pan les recuerde y les represente en forma figurada mi cuerpo roto. Y lo mismo ocurre con el vino; 'esta copa es el nuevo pacto'. Esa es nuestra respuesta a los católico-romanos que afirman que el vino es transformado en sangre. Ellos afirman que debemos tomar literalmente estas palabras. Bien, si lo toma literalmente, lo que nuestro Señor dijo fue 'esta copa'; no dijo 'este vino', dijo 'esta copa es el nuevo pacto en mi sangre', demostrando así que es simplemente representativo y simbólico.

Lo mismo ocurre con el bautismo. ¿Qué representa el bautismo? Evidentemente representa que somos lavados de la culpa del pecado. Allí estábamos; éramos pecadores y estábamos en pecado bajo la ira de Dios. De eso hemos sido librados por nuestra fe en el Señor Jesucristo, mediante lo que él hizo por nosotros. El bautismo nos recuerda esa liberación. En segundo lugar nos recuerda que somos purificados del poder y de la contaminación del pecado. Es una especie de 'lavamiento', una representación simbólica de un proceso purificador. Esa idea también está incluida. Y en tercer lugar, expresa todo el concepto de nuestra introducción a Cristo mediante el Espíritu Santo. Recuerdan que Pablo, escribiendo a los corintios (1 Cor. 10) afirma que los israelitas fueron bautizados en (unión a) Moisés mediante la 'nube' que permanecía sobre ellos.

Los israelitas no fueron sumergidos en la nube; la nube se mantuvo sobre ellos. De la misma manera el bautismo representa el hecho de que somos introducidos a Cristo mediante el Espíritu Santo. Esa es la idea completa que Pablo tiene en mente aquí—nuestra unión con Cristo. 'Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. ¿A qué se debe esto? Se debe a que 'somos bautizados por un Espíritu e introducidos a Cristo'; de modo que el bautismo también representa eso. ¡Entonces aquí tenemos su significado! Es una representación simbólica externa de tres aspectos que el apóstol acentúa en forma tan prominente en esta sección particular.

Es obvio entonces, que el principal propósito de Pablo aquí es mostrarnos como Cristo está purificando a la iglesia y preparándola para sí mismo; y que lo hace a través del Espíritu Santo. Evidentemente no fue una casualidad que cuando el Señor, en ocasión de su bautismo, estaba en medio del Jordán, el Espíritu Santo descendiera sobre él en forma y aspecto de una paloma. De modo que en un bautismo siempre hemos de pensar en ese aspecto, en la venida del Espíritu Santo a nosotros y sobre nosotros, para introducirnos a Cristo y proceder con su obra y el proceso de la santificación.



Con esto ya es suficiente para la consideración de la frase y sus términos individuales. Es una frase muy difícil y siempre ha causado bastante discusión — 'el lavamiento del agua'. Pero por supuesto, el término verdaderamente importante aquí es 'la palabra'. "Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra". O bien, si le ayuda un cambio en el orden de la frase, 'para que él pueda purificarla mediante la palabra, a través del lavamiento de agua'. El elemento vital aquí es la expresión 'por la palabra' que debería ser relacionada a la palabra 'purificar'. El bautismo es una representación de ello, pero no es sino una representación. La misma obra de santificación es obrada por o a través de la Palabra, y el Espíritu Santo realiza esta obra en nosotros con la instrumentalidad de la Palabra. Es de suprema importancia que los cristianos se apropien y entiendan esta verdad. El instrumento utilizado por el Espíritu Santo en nuestra purificación es 'la Palabra'.

Esta es la enseñanza esencial del Nuevo Testamento en cuanto a la santidad y la santificación; es algo que el Espíritu Santo obra en nuestro interior utilizando la Palabra. Y que acentuemos que se trata de un proceso. Es una purificación progresiva hasta que quedemos libres de toda mancha, o arruga o cosa semejante; libres de toda mancha hemos de ser totalmente santos. Hay personas que enseñan que en realidad el cristiano es una persona salvada, pero que continúa en sus pecados. Mientras él 'habite en Cristo' será guardado de cometer pecado, pero que no hay cambio en cuanto a la contaminación con el pecado. Se atenderá a esto recién en la hora de la muerte. Pero, evidentemente, de acuerdo a esta enseñanza, eso es un error. Aquí leemos de un proceso de purificación; un proceso que continúa. A medida que una persona continua viviendo la vida cristiana debería haber cada vez menos de esa contaminación del pecado en él; a medida que este proceso continua él debería ser paulatinamente santificado. No sólo queda capacitado para resistir el poder del pecado; el cristiano es llevado paulatinamente a un estado final de perfección. Y esto es hecho por medio de la Palabra. 'Por la Palabra'.

El gran principio que debemos captar es que las operaciones del Espíritu Santo en nosotros generalmente son obradas en y a través de 'la Palabra'. Por eso siempre es peligroso separar al Espíritu Santo de la Palabra. Muchas personas lo han hecho así y entonces con frecuencia surgieron graves excesos. En efecto, la separación virtual del pueblo llamado cuáqueros de la fe cristiana se debe precisamente a esto; ellos pusieron tanto énfasis en la 'luz interior' que pasan por alto la Palabra. Ellos tienden a decir que la Palabra carece de importancia; lo que importa es esa luz interior. Finalmente llegaron al punto donde quedaron más o menos enajenados de las doctrinas del Nuevo Testamento, siendo el Señor Jesucristo apenas necesario a su sistema. También hay otros que han acentuado al Espíritu Santo a tal extremo que lo han separado de la Palabra. No quieren ser enseñados, no quieren recibir la instrucción; en cambio, viven en un reino de sentimientos, emociones y experiencias. Propician un éxtasis que con frecuencia los conduce sólo al 'naufregio de su fe', y más allá, a graves excesos de inmoralidad y fracaso. La Palabra y el Espíritu Santo generalmente van juntos. La Palabra ha sido dada por el Espíritu y él utiliza su propia Palabra. Es el instrumento que utiliza. No estoy negando que el Espíritu pueda hablarnos directamente; pero estoy afirmando que eso es algo excepcional. Y voy más allá y afirmo que cualquier cosa que podamos considerar obra del Espíritu en nuestro interior siempre debe ser probada por la Palabra. El Espíritu Santo nunca hará nada que contradiga a su propia Palabra. De modo que somos exhortados a 'probar los espíritus', a 'poner los espíritus a prueba', a 'someter los espíritus a un examen'. No todos los espíritus son de Dios y por eso se necesita prueba, un examen de cualquier espíritu en particular. ¿Qué cosas proveen tal prueba? La Escritura. De modo que esta obra es hecha por el Espíritu, pero es hecha a través y por medio de la Palabra.

Permítanme establecer más este punto porque es de vital importancia. Para demostrar sin dejar lugar a dudas que toda la obra del Espíritu en la vida de un creyente es hecha por medio de la Palabra, comencemos con nuestra regeneración. Santiago lo expresa de esta manera: "Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas". La Palabra. Nuevamente, es Santiago quien lo expresa de esta manera: "El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas" (Stg. 1:21, 18). Pedro enseña lo mismo: "Siendo renacidos no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 P. 1:23). La regeneración es obra del Espíritu Santo, pero él la realiza mediante la Palabra—'siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios'. Es la Palabra que, usada por el Espíritu, nos da esta nueva vida. Y nuevamente, consideren lo que

Pablo dice en 1 Tesalonicenses 2:3: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes". La Palabra realmente está obrando en nosotros que creemos. Ella nos introdujo a la vida eterna, ella continúa su obra eficaz en nosotros. "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12, 13). ¿De qué manera lo hace Dios? A través de su Palabra.

Permítanme darles otros ejemplos de este idéntico asunto. Nuestro Señor mismo lo enseñó con toda sencillez y claridad. En Juan 8:30 encontrará un relato de cómo el Señor estaba predicando cierto día, y se nos dice que al oír ellos sus palabras muchos creyeron en él. Luego leemos esto en el versículo 31: "Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Notan que ellos deben 'continuar en su palabra' y si ellos lo hacen así 'la verdad los hará libres'. Vuelva a escucharlo en Juan 15:3: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que he hablado". Es la Palabra la que purifica. Luego hay dos ejemplos de esto en Juan 17: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". El Señor está dejando a sus discípulos en el mundo, y el enemigo está atacando. Entonces dice: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes (los purifiques, los libres) del mal. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Y luego se nota aquella tremenda declaración donde el Señor dice: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo". Ahora él está mencionando el hecho de apartarse a sí mismo para la muerte en la cruz. ¿Por qué va a hacer esto? 'Para que también ellos sean santificados en la verdad'. Este, entonces, es el gran principio que encontramos, enseñado en todas partes del Nuevo Testamento. Cristo está purificando a la iglesia a través de la obra del Espíritu Santo a quien él ha enviado, y éste utiliza la Palabra para cumplir su obra.

Pero, ello nos deja ante esta pregunta vital: ¿Cuál es la Palabra que usa el Espíritu Santo? Nosotros vamos a ser santificados por medio de esta 'Palabra'. ¿Cuál es la Palabra de la santificación? ¿Cuál es la enseñanza que conduce a nuestra progresiva santificación y liberación del poder y la contaminación del pecado? Aquí, otra vez, hay un punto de importancia vital en todo este asunto de la doctrina de la santificación; de veras hay mucho peligro de estrechar este mensaje referido a la santificación y limitarlo a alguna enseñanza especial o fórmula sobre la santificación. Estamos todos familiarizados con tales enseñanzas. Existen aquellas personas que afirman que la santificación (y este es el propio término de ellos) es 'relativamente sencilla'. Afirman tener un mensaje especial sobre la santificación y la santidad que según ellos es 'muy simple'. En realidad se limita a esto: 'Confíe y obedezca y deje que Dios obre'. Ellos afirman que esa es la enseñanza de las Escrituras referidas a la santificación. Luego verá que ellos presentan su enseñanza con mucha frecuencia, por no decir generalmente, en términos de algunas historias del Antiguo Testamento, respecto de las cuales pueden dar rienda suelta a su imaginación. Su única preocupación es presentar esta fórmula, esta fórmula sencilla, según afirman ellos, sobre la santificación. "Es algo muy simple; sencillamente deja de luchar y de combatir, y simplemente 'confía y obedece'; 'lo recibe por fe', cree que lo ha recibido, y entonces sigue adelante". Según ellos no hay más que añadir o hacer.

¿Pero concuerda esto con la Palabra? ¿Es esa 'la Palabra' que conduce a nuestra santificación? ¿Acaso en alguna parte de las Escrituras se representa la santificación como una mera 'fórmula' que se traza, y luego más o menos pasa por alto todas las epístolas del Nuevo Testamento y sus enseñanzas, y se limita a encontrar ilustraciones de este sencillo proceso en diferentes narraciones del Antiguo Testamento? Seguramente eso significa mutilar la enseñanza de las Escrituras. ¿Cuál es esta Palabra que nos enseña la santificación, y que nos santifica? Por supuesto, la respuesta es esa Palabra, la Biblia entera, la verdad completa que se encuentra en la Biblia o en cualquiera de estas epístolas del Nuevo Testamento. ¿Por qué es que el apóstol Pablo se tomó el trabajo de escribir esta carta a los efesios? La escribió para que su santificación fuese promovida. Ellos habían creído la verdad tal como él lo recuerda en el capítulo uno. Pero él quiere que crezcan en gracia, quiere que se desarrollen, quiere que se libren del pecado—de su culpa, su poder y su contaminación. Quiere hacerles ver que el objetivo es que ellos sean perfectos y santos, totalmente puros y sin mancha; y él escribe para que ellos puedan ser llevados a este punto. Ellos deben atravesar este proceso. Toda esta epístola trata sobre la santificación. Esta es 'la Palabra'. No se trata de una Pequeña fórmula que es 'muy simple' que se limita a aplicar, y entonces 'la tiene'. ¡De ninguna manera!

Tiene que entrar a todo lo que encuentra en esta epístola. En otros términos, la Palabra por la cual somos santificados es la enseñanza bíblica en su totalidad. Se trata particularmente de todas las grandes doctrinas que se enseñan a lo largo de la Biblia; y recién cuando comprendemos esto vemos cómo aquella otra idea que tiende a estrechar y limitar la santificación y la enseñanza de la santidad a una simple fórmula, es en último análisis, una manera de pasar por alto la mayor parte de la Biblia.

¿Cuál es la Palabra mediante la cual nos santifica el Espíritu Santo? En primer lugar, y sobre todas las cosas, es la palabra acerca de Dios. Cuando se enseña la santificación, no comienza con el hombre. Sin embargo, esa es la manera común de hacerlo, ¿no es cierto? Ellos dicen: "¿Acaso hay algún fracaso en su vida? ¿Es desdichado? ¿Hay algo que le hace tropezar? ¿Se enferma con facilidad? ¿Vive una vida de derrotas?" Ellos comienzan con esto. Luego dicen, "Preste atención. Puede ser librado de estos problemas. Lo único que tiene que hacer es rendirse respecto de ese problema; límitese a entregarlo al Señor y él lo librará. El se lo va a quitar, y luego todo lo que hace es habitar en él, y él lo mantendrá en buenas condiciones". ¿Acaso no es eso típico en muchas de las enseñanzas sobre la santificación y la santidad? Comienza con el hombre y su problema—'¿cómo puedo yo ser más feliz?', 'el secreto cristiano de una vida feliz' y cosas semejantes. Pero no es así como la Biblia enseña la santificación.

"¿Cómo enseña la Biblia la santificación? ¡Comienza mirando el rostro de Dios! No comienza con el hombre; comienza con Dios. ¡No hay forma más profunda de enseñar la santificación y la santidad que simplemente enseñar las doctrinas referidas al ser, a la naturaleza y al carácter de Dios! No comienza con uno mismo y sus problemas y necesidades; comienza con Dios. No comienza con sus deseos, comienza con el Todopoderoso—'Santo, santo, santo, Señor Omnipotente'. ¿Acaso hay algo que promueva más la santificación y santidad que esto? La Biblia está llena de esta enseñanza. Recuerden aquella gran declaración referida al llamamiento del profeta tal como está relatado en Isaías 6: "En el año que murió el rey Usías vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dijo: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios inmundos, han visto mis ojos al rey, Jehová de los ejércitos". Esa es la forma en que la Biblia enseña santidad y santificación.

¿Por qué somos como somos? ¿Por qué hay tanto fracaso en nuestras vidas, y tanto pecado? La respuesta se encuentra allí; no conocemos a Dios. 'Padre justo', dijo nuestro Señor, 'el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido'. Dijo nuestro Señor, 'Oh, si sólo te hubieran conocido, no habrían vivido como viven, ¡pero no te conocen!' Ellos hablan acerca de Dios discuten al respecto ¡pero no te conocen a tí! Padre justo, ¡el mundo no te ha conocido! El problema es que aun nosotros que somos cristianos no conocemos a Dios. Olvídense de sus fórmulas, olvídense de sí mismo y de aquello que le preocupa, olvídense de lo que le aplasta. Ese no es su problema. Su misma naturaleza está contaminada, y si se libra de aquel problema particular, tendrá alguna otra lucha que librar. El problema en sí es que no conocemos a Dios. Aquellos hombres que más han buscado al rostro de Dios son los que fueron más santos. Lo que necesitamos esencialmente no es alguna experiencia, sino este conocimiento de Dios de los Atributos de Dios—su gloria, su Infalibilidad, su santidad, su omnipotencia, su eternidad, su omnisciencia, su omnipresencia. Si nosotros sólo fuésemos conscientes que dondequiera que estuviésemos y cualquier cosa que hagamos, Dios nos está mirando, nuestras vidas serían transformadas. De modo que la Biblia, ésta Palabra de la que nuestro Señor está hablando, es la palabra acerca de Dios, del 'Padre justo'.

Esta es la enseñanza Neotestamentaria referida a la santidad. Comienza con este primer aspecto, esta doctrina central. No sólo lo ve en Isaías; Ezequiel nos muestra lo mismo. El tuvo esa misma visión de Dios y él se sintió igualmente impuro y cayó al suelo. Vemos que Job había hablado mucho acerca de Dios y lo había criticado; pero ahora al verlo dice 'mis ojos te han visto'. Ahora Job dice, 'mi mano pongo sobre mi boca' y 'por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza' (Job 40:4; 42:5-6). ¿Se ha hablado mucho de las enseñanzas sobre el ser y el carácter de Dios en sus reuniones de santidad y santificación? ¿Cuántas veces ha escuchado sermones sobre la naturaleza y el ser y los atributos de Dios? Todo eso se da

por sentado. Comenzaremos con nosotros mismos y con nuestros problemas, y queremos saber cómo librarnos de ellos o cómo tener alguna bendición especial. El enfoque es equivocado. Lo esencial es la Palabra—'tu palabra'. Para comenzar se trata de una palabra acerca de Dios, una revelación del ser y del carácter de Dios. 'Habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'.

La misma Palabra también nos revela nuestra condición en el pecado. Nos dice lo que el hombre fue originalmente. No hay mejor forma de predicar la santificación que predicar sobre Adán y su condición anterior a la caída. Esa es la condición que se había previsto para el hombre. ¿Cuántas veces ha escuchado sermones en los cultos sobre Adán sobre la santificación y la santidad? ¿O cuántas veces ha escuchado sermones sobre la caída, la caída del hombre y sus consecuencias terribles y terroríficas? ¿Santificación? Lea Romanos 5:12-21—el hecho de estar en Adán y de estar implicados en su pecado. Allí está la raíz del problema; y debemos entenderlo bien. La Palabra nos enseña sobre todo ello. Esa es la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la santificación; ¡se trata de esta elevada doctrina en las epístolas que nos ocupan, más que algunas historias sobre personajes del Antiguo Testamento que podemos utilizar como ilustraciones para nuestra teoría! La santificación se basa en la exposición de la verdad, de la verdad referida al odio de Dios hacia el pecado, al castigo que Dios anuncia a todo pecado. ¿Y después? ¿Qué? ¡Los Diez Mandamientos! Los Diez Mandamientos establecen el hecho del pecado, lo identifican. Centran la atención en él; ellos no hacen reconocer el pecado de manera que son parte de esta enseñanza. Nosotros no nos detenemos en las 'diez palabras', sin embargo, ellas cumplen su parte para convencernos de nuestra necesidad. La ley fue un 'ayo para conducirnos a Cristo', una revelación de la santidad de Dios. Es por eso que los padres de la antigüedad solían pintar los Diez Mandamientos en las paredes de sus iglesias. La ley no es un camino de salvación, sino la forma de mostrarnos nuestra necesidad de ella, y nuestra continua necesidad de ser purificados. Después está el propósito de Dios, lleno de gracia, de redimarnos, el pacto de redención previo a la fundación del mundo; el Padre y\* el Hijo y el Espíritu Santo planificando juntos la liberación del hombre. Pablo ya nos habló al respecto en el comienzo de esta epístola: "bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo"— ¡así se debe comenzar a predicar la santificación!—"que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él". ¡Eso es! Y luego todo lo referente a la persona y obra del Señor Jesucristo, todo lo que él ha hecho, todo lo que él ha soportado. Por cierto, no hay mejor manera de predicar santificación que predicar la cruz, porque si miro la cruz y la 'escudriño', llego a esta conclusión:

El mundo entero no será Dádiva digna de ofrecer. Amor tan grande y sin igual En cambio exige todo el ser. "Muy bien", dicen ellos, "pero ahora nosotros estamos interesados en la santidad; ya hemos terminado con los comienzos de la salvación, nosotros ya hemos terminado con el perdón de pecados. En una convención sobre la santidad no se puede predicar la cruz. ¡Por supuesto que no! Ahora estamos interesados en fórmulas para la santificación. Aquí no se debe predicar la cruz". ¿Pero acaso hay alguna cosa más indicada para promover la santidad y la santificación que la cruz?

La cruz excelsa al contemplar Do Cristo allí por mí murió, De todo cuanto estimo aquí Lo más precioso es su amor, por el hecho de nunca haber visto en realidad todo el significado de la z es que somos lo que somos. Esa es la causa de nuestro fracaso y de nuestra debilidad. Nunca hemos comprendido todo su amor por nosotros. Si tan sólo viéramos realmente el significado de la cruz. Si tan sólo tuviéramos la experiencia del conde de Zinzendorf quien, al mirar aquel cuadro e) a cruz, exclamó diciendo—"Todo ello lo hiciste por mí, ¿Qué puedo hacer yo por ti?" Mirando ese cuadro también dijo, "Yo tengo una sola pasión: Cristo y solamente Cristo".

Esta es la Palabra—todas las grandes doctrinas, incluyendo también al Espíritu Santo, su persona, su obra, su poder. Y entonces, ¿qué? ¡Nuestro bautismo en Cristo, nuestra unión con Cristo! Luego está esta doctrina de la iglesia. Esta es la Palabra que promueve la santificación. Y con todas estas doctrinas debemos extendernos a la doctrina de la segunda venida. Ella se encuentra aquí en el versículo 27: "A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". ¿Cuándo fue la última vez que escuchó un sermón sobre la segunda venida de Cristo en una reunión sobre la santidad? "Pero", afirman ellos, "eso es un error; para eso uno asiste a una reunión sobre la segunda venida; ¡uno no asiste a una reunión de santidad para oír la doctrina de la segunda

venida!" De esta manera se ve cómo nos hemos apartado a las Escrituras. Hemos introducido un número de departamentos especiales a la vida de la iglesia. ¿Santidad? "Aquí no se necesita la cruz, no se necesita la segunda venida; sólo se necesita esto, '¡algo muy simple!' "Es solamente en la medida en que comprendo su propósito para mí en aquel glorioso día que se acerca, cuando él presentará la iglesia a sí mismo como una iglesia gloriosa sin mancha ni arruga ni cosa semejante, que mi santificación es estimulada. Es esa enseñanza la que me impulsa a ser santificado.

Esta es la forma en que el apóstol Juan expresa lo mismo: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1Jn. 3:2, 3). La doctrina de la segunda venida conduce a la santificación, a la purificación. La palabra que el apóstol está mencionando aquí es toda la palabra de las Escrituras—cada doctrina, la totalidad de la redención desde el comienzo hasta el final, la Biblia entera. 'Habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra'. Habiendo presentado esta gloriosa doctrina, finalizo con una palabra de exhortación. Puesto que todo esto es cierto, ¿qué tipo de personas hemos de ser? Puesto que todo esto es cierto, tal como Pablo lo ha explicado, no Puede seguir siendo lo que antes era; debe apartarse. Continúe con su santificación, 'purifícaos de toda contaminación de la carne, y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios'. 'Purifícaos y lavad vuestras manos vosotros de doble ánimo'—estas son las exhortaciones de las Escrituras. Pero todas ellas nacen de las grandes doctrinas.

Aquí vemos, entonces, que el proceso de santificación que es realizado por el Señor Jesucristo mediante la instrumentalidad del Espíritu Santo a quien él ha enviado, es cumplido por medio de, y en y a través de la Palabra. 'Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad'. No importa desde que ángulo lo considere, esto es algo que lo humillará, y lo conducirá a su propia santificación. Pero sobre todas las cosas comience con Dios: 'Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios'. ¿Acaso tenemos tiempo que perder o hay tiempo para esperar? Lo que necesitamos no es la liberación de ese pequeño problema en nuestras vidas; sino estar listos para la gloria. A medida que miramos el rostro de Dios vemos la necesidad de nuestra santificación, y vemos el camino por el cual nuestra santificación será lograda; y la obra la hará el Espíritu; esa es su función. El nos guía hacia la Palabra, el nos abre la Palabra, él la implanta en nuestras mentes y corazones y voluntades. El nos revela al Señor, y así nuestra santificación, nuestra purificación continúa de día en día, y semana en semana, y año en año. Y como aún hemos de ver, él continuará con esta obra hasta que esté completa, y nosotros seamos santos y sin mancha alguna en su santa presencia. Esta es la obra que el Señor continúa haciendo en su pueblo, en la iglesia.

## **Parte 3**

### **LAS BODAS DEL CORDERO**

#### **Efesios 5:25-33**

Todavía estamos considerando esta afirmación por demás sobresaliente en la cual el propósito principal del apóstol es enseñar a los maridos sus deberes respecto a las esposas; y lo hace en términos de la relación del Señor Jesucristo con la iglesia. El apóstol pasa de un asunto al otro, pero nosotros decidimos que el mejor procedimiento para entender su enseñanza es tomar los temas por separado. Primero hemos considerado lo que dice acerca de la relación de Cristo con la iglesia, para que, habiendo visto esa doctrina en su totalidad y plenitud, estaremos en condiciones de aplicarla a los esposos en su relación con las esposas.

Hemos visto como el Señor murió por la iglesia, se dio a sí mismo por ella, y cómo, habiendo hecho eso, procede a separarla para sí mismo (santificarla, ponerla aparte, depositar su afecto peculiar en ella). Su propósito es limpiarla y continuar con ese proceso de purificación espiritual.

Hay todavía dos expresiones que debemos considerar en relación con este tratamiento continuo que nuestro Señor da a la iglesia. Ellas son las dos palabras que se encuentran en el versículo 29, donde leemos que:

'Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia'. Pablo no dice que 'en el pasado él ha sustentado y cuidado a la iglesia'; todo su propósito es demostrar que el Señor sigue haciendo esa obra. Esto concuerda totalmente con lo que hemos estado diciendo acerca de la purificación, que evidentemente es un proceso continuo de santificación. Este sustentar y cuidar también es algo que continúa y no una obra que se hizo de una vez para siempre en el pasado. Por eso me parece a mí que aquellas personas que quisieran limitar al pasado todo lo que hemos estado tratando hasta aquí respecto del versículo 26, están equivocando todo el sentido y la enseñanza de toda esta sección. La muerte de nuestro Señor ocurrió una vez para siempre, pero todo lo demás continúa teniendo en vista este objetivo final.

Entonces consideremos estas dos palabras; ellas son por demás interesantes. 'La sustenta'. Esta se explica por sí misma. Su significado esencial es el de alimentar, proveer comida, proveer alimento. Cristo está interesado en la salud, el crecimiento, desarrollo y bienestar de su iglesia, por lo tanto la alimenta. En cierto sentido el apóstol ha estado tratando este tema en el cuarto capítulo donde lo expresa de la siguiente manera: 'Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros'. ¿Para qué? 'A fin de perfeccionar a los santos'. A fin de seguir este proceso continuo. Es algo que continúa, 'para la obra del ministerio, para la edificación'—la construcción—'del cuerpo de Cristo. Hasta que todos lleguemos...'. Allí vuelve a aparecer el objetivo final. De modo que aquí tenemos otra forma de decir lo mismo, y es maravilloso para nosotros comprender como miembros de la iglesia cristiana, que el Señor está sustentando así la vida de la iglesia.

Es una expresión de su amor hacia nosotros y de su cuidado por nosotros que él nos provea del alimento espiritual que necesitamos. La Biblia es dada por Dios, por el Señor Jesucristo, a través del Espíritu, como alimento para el alma. Es parte de su alimento para nosotros. Y todo el ministerio de la iglesia, según nos lo recuerda el capítulo cuatro, ha sido diseñado para el mismo fin. En otras palabras, la iglesia no tiene excusas para ser ignorante o subdesarrollada o débil o raquítica. Del mismo modo no hay excusa para el cristiano individual. El Señor mismo lo sustenta.

Pedro, en su segunda epístola, nos dice que se han provisto todas las cosas necesarias para vivir y ser piadoso. Por eso resulta tan seria la posición del cristiano que se queja. Nunca estaremos en condiciones de excusarnos con decir que no había suficiente comida porque estuvimos en un desierto. Hay alimento disponible, 'el maná celestial', ha sido provisto; todo aquello que una persona pudiera necesitar se encuentra acá en la Biblia. Aquí hay alimento concentrado, no adulterado, según lo expresa Pedro en 1 Pedro 2: "La leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación". El Señor la ha provisto. Esto, que el Señor esté alimentando a su iglesia, es algo maravilloso que podemos contemplar. El marido en su cuidado por su esposa trabaja y provee alimento y todo lo que ella necesita. Los padres cuidan que sus hijos tengan el alimento adecuado, y lo tengan en abundancia y en el momento necesario. ¡Cuánta preocupación muestran en ese sentido! El Señor está haciendo lo mismo por nosotros en una forma infinitamente mayor. ¿Cómo estamos respondiendo a ello? ¿Comprendemos que él nos está alimentando? Una parte de su cuidado por nosotros consiste en proveer cultos públicos de adoración. La adoración pública no es una institución humana, no es un designio del hombre. No es algo que se maneja como una institución; y la gente no asiste a la casa de Dios—al menos no debería hacerlo—para cumplir una obligación. Deberían venir por el hecho de comprender que de otra manera no pueden crecer. La gente viene para ser alimentada, para encontrar alimento para su alma—'sustento'. El Señor lo ha provisto. Dios sabe que yo no subo al pulpito simplemente porque se me antoja hacerlo. Si no fuese por el llamamiento del Señor no lo haría. Lo que sí hice, fue resistir ese llamamiento. Ese es su método. El llama a los hombres, él los separa, él les da el mensaje, y el Espíritu presente con ellos los ilumina. Todo esto es una parte de la forma en que el Señor alimenta a la iglesia.

Luego considere la palabra 'cuida'. Esta es una palabra que se usa sólo dos veces en el Nuevo Testamento. La palabra transmite una idea muy definida, por lo general la de vestimenta. Lo que el niño necesita por sobre todas las cosas es alimento y vestimenta. La novia, la esposa, necesita lo mismo. Estas dos cosas, el alimento y la vestimenta son lo primero que nos preocupa. Pero luego la palabra transmite otra idea, es decir, la de preocuparse por velar, guardar. Es una expresión de solícito cuidado. Cuando uno alimenta y cuida una a persona, muestra, mediante su constante observación, un cuidado y una ansiedad por ver que él

o ella avance, se desarrolle y crezca. Estas son las ideas que aquí se comunican mediante este término 'cuidar' que se añade al término 'sustentar'.

Nuestro principal problema es que no tenemos un concepto claro del interés que el Señor tiene en nosotros y de su preocupación por nosotros. Esa es nuestra falta fundamental, nosotros no conocemos su amor. La gente con frecuencia está preocupada por su amor hacia Dios, y con razón; pero nosotros nunca lo amaremos hasta que conozcamos algo de su amor por nosotros. No se puede 'desarrollar' ese amor. Se puede desarrollar una excitación o algo carnal, pero no puede hacerlo con el amor. En el caso de la iglesia el amor siempre es una respuesta, una reacción: 'Nosotros lo amamos porque él nos amó primero'. Nosotros somos inermes hasta que repentinamente, él hace resplandecer sobre nosotros los rayos de su amor; y cuando lo comprendemos, empezamos a amarlo. Y comenzamos a comprenderlo de esta forma sumamente práctica, es decir, al entender algo de lo que él ha hecho por nosotros, de lo que él provee para nosotros en su 'sustento' y 'cuidado'. Cuanto más logremos verlo y comprenderlo, tanto más asombrados estaremos, y en respuesta tanto más le amaremos.

No debemos detenernos en la obra que él hizo por nosotros en la cruz. Comenzamos allí, pero luego vemos que, habiendo terminado esa obra, él continúa haciendo todas estas amplias y vastas provisiones por nosotros, cuidando de nosotros en su providencia, en cosas que nos ocurren, guiándonos y dirigiéndonos. De mil y una maneras él sustenta y cuida la vida de la iglesia por la cual murió. Esto no significa que olvidamos la cruz, o que le damos la espalda, sino que además comprendemos esta obra adicional hecha por nosotros. ¿Por qué hace el Señor todo esto? ¿Por qué murió por la iglesia? ¿Por qué este proceso de santificación y purificación? ¿Por qué nos sustenta y nos cuida? ¿Cuál es el propósito de todo ello? La respuesta se encuentra en la tremenda declaración del versículo 27: "A fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante," sino que fuese santa y sin mancha". Cada una de las cosas ha sido diseñada con ese propósito. Todo lo que hemos estado considerando es el objetivo inmediato, objetivo que tiene en vista ese propósito último. Ese es el propósito, ese es el gran final para el cual el Señor ha hecho y sigue haciendo las cosas que hemos estado considerando.

Pero para captar la fuerza completa de esta expresión debemos modificar un poco la traducción. Sin duda la traducción más veraz es ésta: 'Para que él mismo pueda presentársela a sí mismo'. Es preciso introducir allí un 'él mismo' adicional. Esta añadidura es precisa para que recordemos de inmediato que cualquier analogía, aun las analogías de las Escrituras son inadecuadas. Ellas no son sino intentos para darnos una leve idea del concepto de lo que la verdad realmente es. Pero ninguna ilustración es suficiente. Aquí el apóstol está ilustrando esta relación entre Cristo y la iglesia en términos de un esposo y su mujer; y sin embargo, de inmediato, encontramos algo que nos demuestra la insuficiencia de la analogía, que la analogía no es suficientemente extensiva. Todos sabemos que el procedimiento normal es que un tercero presente la esposa al esposo, puede ser el padre o un pariente o amigo. Durante la ceremonia éste trae a la esposa y la presenta al esposo. Habiendo recibido ayuda en todos sus preparativos de otro—en su crianza y educación y aun en su ropa y lo demás—la esposa es presentada al esposo por un tercero. Pero aquí no ocurre así. Aquí el Señor mismo se presentará a la esposa. 'Para que él mismo pueda presentársela a sí mismo'.

Esto es simplemente otra forma de subrayar el gran tema de toda la Biblia —que nuestra salvación en su totalidad es del Señor. Es obra suya. El incluso se presenta la esposa a sí mismo porque nadie más puede hacerlo, nadie sino él es adecuado para hacerlo. Sólo él puede hacerlo. Desde el comienzo hasta el fin él lo ha hecho todo por nosotros, y el fin será que él nos presentará a sí mismo en toda esta gloria que aquí se describe.

Por eso el cuadro ante nosotros es el de nuestro Señor y Salvador mirando hacia adelante, hacia el momento, hacia el día cuando él se presente la iglesia a sí mismo. ¿Y entonces a qué se asemejará la iglesia? Ella será una iglesia gloriosa—lo cual significa una iglesia caracterizada por la gloria. Aquí hay un término de las Escrituras que en su sentido individual nos es conocido. El destino final de cada uno de nosotros, el tema último de nuestra salvación individual es la glorificación—justificación, santificación, glorificación. A veces se la describe como 'redención' tal como ocurre por ejemplo, en la gran declaración que se encuentra en 1 Corintios 1:30: "Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría,

justificación, santificación y redención". Esto realmente significa 'glorificación'. O bien, como Pablo lo dice: "A los que justificó, a éstos también glorificó" (Rom. 8:30). Ese es el final. O como lo tiene expresado en la epístola a los filipenses al final del tercer capítulo: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder por el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas". Esto nos va a ocurrir individualmente; pero además, la iglesia como un todo será glorificada.

Ese es el significado de la frase 'iglesia gloriosa'. La condición de la iglesia será de gloria. El apóstol nos ayuda a comprenderlo describiendo primero su aspecto externo. Lo hace mediante dos términos negativos. En su gloria la iglesia no tendrá mancha ni arruga. No habrá impureza, no habrá cosa sucia. Esto nos resulta muy difícil comprender. Mientras la iglesia transita por este mundo de pecado y vergüenza es salpicada de lodo y cieno. Por eso hay manchas y suciedad en ella. Y es muy difícil librarse de ello. Todos los medicamentos que conocemos y todos los medios de purificación son inadecuados para quitar estas manchas e impurezas. Aquí la iglesia no es pura; si bien está en el proceso de la purificación, todavía hay muchas manchas en ella.

Pero cuando llegue a ése estado de gloria y de glorificación, no tendrá ni una mancha; no habrá ninguna impureza en ella. Cuando él se la presente a sí mismo a la vista de todos los principados y poderes y los variados rangos de las potencias del cielo mirando a esa cosa maravillosa, y escudriñando y examinándola, no habrá ninguna impureza en ella, no habrá ninguna mancha en ella. El examen más cuidadoso no será capaz de detectar el menor indicio de indignidad o pecado en ella. El apóstol ya nos ha introducido a esta idea en Efesios 3:10 donde dice: "Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales". Estos principados y poderes estarán mirando; y él, en su orgullo, no sólo se la presentará a sí mismo sino también a ellos. El esposo y la esposa estarán ante las huestes de la eternidad, y él los invitará a hacer su inspección. El los invitará a mirarla y ellos no podrán encontrar en ella una sola mancha o una sola impureza—'sin mancha'.

Sí, y gracias a Dios, 'sin arruga'—'que no tuviese mancha ni arruga'. Las arrugas como todos nosotros sabemos son una señal de edad, o una señal de enfermedad, o una señal de algún tipo de problema constitucional. Las arrugas son una señal de imperfección. Todos a medida que envejecemos adquirimos arrugas. La grasa desaparece de la piel. Una enfermedad también puede privarnos de esta capa de grasa y así darnos la apariencia de una vejez prematura. No importa cual sea su causa—cualquier tipo de problema o ansiedad puede causar arrugas. Siempre es una señal de agotamiento y decaimiento, de la edad que avanza y del fracaso; tiene una apariencia de vieja y entrada en años. Pero, gracias a Dios, Pablo dice que al llegar aquel gran día en el cual Cristo se presente a la iglesia a sí mismo en toda su gloria, no solo no habrá quedado ninguna mancha sino que además, no habrá que-dado arruga alguna. Todo habrá sido alisado, su tez será perfecta, entera y tersa. Es imposible describir esta perfección. En cierto sentido toda esta idea ya se sugiere en el Salmo 110:3 donde el salmista, mirando profética-mente hacia el futuro, nos da un indicio de este estado de perfección: "tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud". La iglesia habrá renovado su juventud. ¿Me permiten ponerlo de esta manera? El especialista de belleza habrá dado su toque final a la iglesia, el masaje habrá sido tan perfecto que no habrá quedado ninguna arruga. Se la verá joven, en la flor de su juventud, con sus mejillas llenas de color, su tez perfecta, sin mancha o arruga. Y en ese estado permanecerá por siempre jamás. El cuerpo de su humillación habrá desaparecido, habrá sido transformado y transfigurado en el cuerpo de su glorificación.

Esto es lo que aquí se nos dice en términos generales acerca de la iglesia. Pero permítanme recordarles otra vez que en Filipenses 3:20, 21 leemos que lo mismo nos ocurrirá en forma individual. Es maravilloso contemplar esto. Estos nuestros cuerpos individuales, el suyo y el mío, serán glorificados. No quedará debilidad alguna, ni vestigio de enfermedad o fracaso o signo de vejez; habrá una gran renovación de nuestra juventud. Y luego iremos a vivir en esa eternidad de juventud perpetua, sin decaimiento ni enfermedad, sin que mengüe la gloria que nos pertenece. Ese será el aspecto externo de la iglesia. No olvide que la idea que



el apóstol trata de comunicar aquí es la del orgullo del esposo por su esposa. El la está preparando para 'el Día'. Entonces tendrá lugar su gran celebración; su propósito es mostrarla a todo el universo.

Pero este no sólo será el caso de su aspecto exterior, sino que en su interior ocurrirá lo mismo. El Salmo 145 es una sorprendente descripción Prof.-tica de esto: "Toda gloriosa es la hija del Rey en su morada". El salmista no se contenta con decir que 'de brocado de oro es su vestido' y que 'con vestidos bordados será llevada al Rey' sino que además enfatiza que 'toda gloriosa es la hija del Rey en su morada'.

Aquí el apóstol destaca que 'fuese santa y sin mancha'. Positivamente, será santa. La declaración del apóstol es esencialmente positiva. La santidad, la justicia de la iglesia no es una mera 'ausencia' de pecado y pecados; es también compartir la propia justicia del Señor. Aquí es donde los hombres meramente morales se quedan sin entender absolutamente nada. No conciben sino una moralidad negativa; para ellos la moralidad significa no hacer ciertas cosas. Eso no es lo que la Biblia quiere decir por justicia; el término bíblico significa ¡'ser semejante a Dios'! Dios es santo y la iglesia llega a ser santa con esta justicia positiva y resplandeciente, con esta perfección. Es mucho más que una mera ausencia del mal. Es una rectitud esencialmente positiva, veraz, bella, y todo lo que es glorioso en su esencia como es en Dios. La iglesia participa de eso. Ahora ella está vestida de la justicia de Dios. ¡Gracias a Dios que él ve ese aspecto y a nosotros! Pero después habrá más que eso. Ciertamente ella será semejante a él, positivamente, enteramente santa y justa.

Y entonces para estar seguro de que lo entendamos, el apóstol dice, 'sin mancha'—que significa, 'sin reproche'. El ya ha dicho todo esto en 1:42: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo". ¿Para qué? 'Para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor'. Esta fue por así decirlo la obertura. Siempre oye los temas principales en la obertura. Ahora Pablo ha retomado el tema que acaba de mencionar, aquí en el quinto capítulo lo desarrolla más detalladamente. Entonces, la iglesia estará en este estado de gloria.

Permítanme resumirlo de esta manera. Los términos utilizados por el apóstol son diseñados a comunicar perfección de belleza física, salud y simetría, la perfección absoluta del carácter espiritual. Piense en la novia más hermosa que jamás haya visto. Multiplíquelo infinitamente y aún no habrá comenzado a entenderlo. Pero ese será el aspecto de la iglesia. En este mundo nunca hay una belleza perfecta. Quizás haya un rostro hermoso, pero manos feas. Siempre hay algo, alguna clase de mancha, ¿no es cierto? Pero allí no habrá ninguna. Y supongo que esa será la cualidad suprema de esta belleza que aquí se describe—su simetría, esta absoluta perfección en cada sentido.

Todos nosotros somos tan unilaterales. Algunas personas están llenas de conocimiento intelectual, conocimiento teórico de la doctrina, y nunca pasan de eso. Otros no tienen doctrina, pero hablan de sus actividades y de sus vidas—son igualmente defectuosas. Una persona que sólo posee entendimiento teórico de estas cosas, y que no demuestra su poder en la vida, es un representante muy indigno del Señor. ¡Y lo mismo ocurre con la otra persona! La así llamada persona práctica no tiene tiempo para doctrinas, la otra no tiene otra cosa sino doctrinas. Ambas están igualmente en falta. Dé gracias a Dios por un día, un día que se acerca, cuando todos seremos completos sin que nos falte nada, y proporcionados, y bien equilibrados. ¡Oh, qué gloriosa esta belleza que aquí se describe, y para la cual nuestro bendito Señor y Salvador nos está preparando día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año! Estoy hablando a los cristianos.

¿Sabía eso acerca de sí mismo? ¿Había visto que privilegio es ser miembros de la iglesia cristiana? ¡Esto es lo que significa ser cristiano! Usted que siempre está tan dispuesta a correr a su salón de belleza, ¿corre también al salón de belleza de Cristo? Es eso lo que la iglesia hace. ¿Tenemos nosotros un entendimiento auténtico de la iglesia como esposa de Cristo, por la cual él murió, y por la cual él continúa haciendo todas estas cosas? ¿Sabía que él le sustenta? ¿Sabía que su nombre está escrito en su corazón, así como sobre sus propias manos? El nos ha amado con un amor eterno, él ha muerto por nosotros, él nos ha apartado para sí mismo, él ha hecho todas estas provisiones para nosotros, como preparativos para aquel gran día cuando él

se presente a sí mismo una iglesia no que tenga mancha, ni arruga, ni ninguna cosa semejante, para que seamos santos y sin mancha.

Este es el proceso que ahora está en marcha. Y permítanme recordarles otra vez que continuará hasta ser completo. Nada lo puede detener, no se permitirá que nada lo detenga, porque ella es su esposa. Y si me puedo permitir el siguiente antropomorfismo, diría que su orgullo propio y el orgullo por ella es tal que de ninguna manera puede permitir que algo impida la obra. Reitero, la obra continua y seguirá continuando. Aquí está la garantía bíblica. El apóstol ya nos la ha dado en 3:20, 21: "Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén". Ese es el poder que obra en nosotros, y que continuará la obra. El no se detuvo con su muerte; tampoco se detiene en la justificación. El continúa obrando en nosotros. El hace todo lo que el apóstol ha estado describiendo para que "a él sea gloria en la iglesia (y a través de ella) en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén".

Ese poder es irresistible. Por eso destacaría una vez más esta advertencia. Si realmente es un hijo de Dios y miembro de la iglesia, un miembro del cuerpo de Cristo, permítame advertirle que, a la luz de esta enseñanza exaltada y gloriosa, este cuerpo va a ser perfeccionado, será hecho perfecto. Por lo tanto no le resista, no resista los ungüentos, las emulsiones, la gentil enseñanza que él nos ofrece en sus instrucciones, tanto en la Palabra como de otras diversas maneras. Porque, ¡créame, si se mancha gravemente con el pecado, él tiene algunos ácidos muy poderosos que puede usar, y que usa a fin de limpiarlo del pecado! 'Porque el Señor al que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo'. Al acercarnos a la mesa del Señor estamos acostumbrados a recordar lo que el apóstol dice acerca de esto en 1 Corintios 11:12 y siguientes: "Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo". El argumento detrás de esto es que si nos examinamos y juzgamos a nosotros mismos no seremos juzgados; pero si dejamos de hacerlo será él quien lo haga, él lo hará por nosotros. No cabe duda al respecto; esto es algo totalmente categórico: "Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente...". Comer indignamente significa nacerlo de manera descuidada, sin pensar en lo que se está haciendo. Oh, sí, quizás el domingo piense un poco acerca del cristianismo, pero lo olvida durante seis días de la semana, y luego viene a la mesa del Señor porque es un miembro de la iglesia. Si lo hace de esta manera, dice el apóstol, cuídese: "Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí". Y 'juicio' significa ser juzgado. No 'discernir el cuerpo del Señor' significa no entender lo que se está haciendo. 'Por esta causa'—por el hecho de no examinarse a sí mismos, por el hecho de no comprender que la iglesia es la esposa de Cristo y que él la va perfeccionar y glorificar—'por esta causa muchos están débiles y enfermos entre vosotros, y muchos duermen'. 'Muchos están débiles' significa que nunca se sienten perfectamente bien, y no saben por qué. 'Y muchos están enfermos', es decir que positivamente están enfermos. 'Por esta causa'—por el hecho de no examinarse a sí mismo, el Señor tiene ese otro modo de hacerlo. Lean las biografías de los santos y verán que muchos de ellos agradecen a Dios, al mirar hacia el pasado, por alguna enfermedad que les sobrevino. Para mí, uno de los mejores ejemplos de esto es el caso del gran doctor Thomas Chalmers, que probablemente nunca habría sido un predicador evangélico si no hubiera sido por una enfermedad que lo mantuvo de espaldas en su cama durante aproximadamente doce meses. Esa fue la forma en que Dios le hizo ver plenamente la verdad. 'Por esta causa hay muchos débiles y muchos enfermos entre vosotros'—sí—'y muchos duermen'—lo cual significa que están muertos. Se trata de un gran misterio, y yo no pretendo entenderlo, pero la enseñanza del apóstol es nítida y es clara. El dice: 'Si nos juzgáramos a nosotros mismos'—sí, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, si nos ocupáramos de nosotros mismos, y nos castigáramos—'no seríamos juzgados; mas siendo juzgados...'— ¿Qué significa esto? —'..somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo'.

Todo esto interpretado significa precisamente lo que estoy tratando de decir—que la iglesia es la esposa de Cristo, y que él en su ambición por ella mira hacia el futuro, hacia aquel gran día cuando ella sea 'una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante'. En cambio ella se presenta santa y sin mancha ante él en amor. El prosigue con su obra hacia ese fin. Y si nosotros no le respondemos, y si no nos rendimos a su cariño y a las manifestaciones de su tierno amor y cuidado, afirmo, en su nombre, que él nos

ama tanto que nos purificará y nos llevará a ese punto. Tal vez tenga que aplicarle el ácido de 'debilidad' o el ácido de 'enfermedad'; sin embargo, será para su propio bien. No me entienda mal. Esto no significa que cada vez que estemos enfermos necesariamente sea un castigo. No es eso lo que las Escrituras dicen; pero dicen que puede ser así. Ha ocurrido muchas veces. Puede encontrar muchos ejemplos en las Escrituras. Pablo comprendió que el aguijón en la carne le había sido dado para mantenerlo humilde y evitar que se exaltara demasiado a sí mismo (2 Cor. 12:7-10). Hay personas necias y superficiales que afirman que el Señor nunca quiere que el hombre se enferme. Las Escrituras enseñan que 'el Señor castiga a quien ama' y la enfermedad es una de las formas—'por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros y muchos duermen'. Si realmente es un hijo de Dios, tenga cuidado, esté alerta. Puesto que pertenece al cuerpo del cual él es la cabeza, él le purificará, él le perfeccionará, él hará que llegue a ser lo que él quiere.

Esto nos presenta un interrogante final. ¿Cuándo van a ocurrir estas cosas? Aparentemente no hay dudas al respecto. Esto debe ser una referencia a la 'segunda venida' de nuestro Señor. Será cuando él venga y se lleve a la iglesia consigo. Esa es la enseñanza de las Escrituras. "Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis".

En la oración sacerdotal registrada en Juan 17 tenemos exactamente la misma enseñanza. Cristo quiere que la iglesia pueda ver "mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo". Eso es lo que nosotros como cristianos, hemos de ver. 'Hemos de verle como él es'. Ahora él tiene otra vez la gloria que había compartido desde la eternidad con el Padre. Cuando él estuvo aquí en la tierra había puesto aparte las señales de esa gloria. Por eso nunca apruebo los intentos de pintar retratos de nuestro Señor. Ellos son pura imaginación y, con seguridad, casi siempre son equivocados. No tenemos hechos respecto de su aspecto físico. Las Escrituras guardan silencio sobre este punto. El estuvo aquí 'en semejanza de carne pecaminosa' y luego tenemos aquel indicio que se encuentra en Juan 8:57 señalando que su aspecto era el de una persona mucho mayor. El dijo refiriéndose a sí mismo 'antes que Abraham fuese, yo soy'. Y ellos respondieron, 'aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?' En ese entonces era de aproximadamente treinta y tres años, pero ellos le asignaron cincuenta. Pero esto es de poca importancia; lo que importa es que al ascender al cielo volvió a tener su gloria, y que ahora vive en esa condición glorificada. En el camino a Damasco Pablo tuvo una leve idea de toda su gloria, fue algo tan maravilloso que cayera enceguecido a tierra. Pero, nosotros vamos a 'verlo como él es'. Antes tendremos que ser glorificados para poder resistir ese cuadro; pero, es algo que con toda certeza nos ocurrirá. 'Y he de verle cara a cara'. Como esposa de Cristo, hemos de estar allí junto a él compartiendo esta gloria.

¿Cuándo ocurrirá esto? Ocurrirá cuando todo haya sido completado, cuando haya sido salvada la plenitud de los gentiles y de Israel y la iglesia esté completa y entera. No faltará ninguna persona, ninguna estará ausente, ni una sola. Es algo que el diablo no puede frustrar; él es un enemigo ya vencido. El apóstol siempre se deleita en decir esto. Con tono glorioso lo dice en Filipenses 1:6: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día..." ¿Hasta qué día? 'Hasta el día de Jesucristo'. 'El día de Jesucristo', 'el día de Cristo', el día de la coronación que se aproxima. O bien, como él lo ha expresado al final del tercer capítulo de dicha epístola: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al salvador, al Señor Jesucristo; el cual" 01 cuando él venga—"transformará el cuerpo de la humillación nuestra, "ara que sea semejante al cuerpo de la gloria suya por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas". Nada puede detenerlo. Otra vez, el apóstol, escribiendo en Romanos 8:22, 23: "Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción". ¿Qué es eso? 'La redención'—la glorificación—'nuestro cuerpo'. Eso significa librarse de las manchas, impurezas y arrugas, y de toda cosa semejante y habitar completos y gloriosos en su presencia.

¿Ha notado esto en Apocalipsis 19:6-9?: "Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: Aleluya, porque el Señor nuestro Dios todopoderoso reina. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente;

porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero". ¡Oh, qué inmenso el privilegio de haber sido invitados a la cena de la boda del Cordero, a la ocasión cuando él se presente la esposa a sí mismo! Ella estará ataviada con estos vestidos de justicia externa, e interiormente será perfecta. ¡Oh, qué bendición la de estar presente en esa maravillosa fiesta de bodas! No nos sorprende que Judas finalice su breve epístola diciendo: "Y a aquél que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con su gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén".

¿Cómo deberíamos sentirnos? Deberíamos sentirnos exactamente como se siente cualquier mujer que cierra su compromiso matrimonial. Deberíamos anhelarlo y vivir para él. Esto debería ocupar el centro de nuestras vidas con exclusión de cualquier otra cosa. Deberíamos sentirnos animados por esto, estimulados e impulsados por ello mirando siempre hacia ese futuro— ¡hacia el día de bodas, la ceremonia, a los amigos que estarán presentes, a la festividad, el asombro y la gloria y el esplendor de todo ello!

'A fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga'. ¡El, mirando a los ojos de ella, ella mirando a los ojos suyos! Ese fue el propósito de nuestro bendito Señor cuando vino a la tierra Y vivió y murió y resucitó otra vez. Ese es su propósito para con nosotros. ¡El murió por nosotros para que nosotros pudiéramos llegar a eso! ¡El nos ha separado para que pudiéramos llegar a ello! ¡Para eso nos está purificando! ¡Con ese propósito nos cuida! ¡Quiera Dios darnos la gracia para comprender el privilegio de ser un miembro de la iglesia cristiana! Quiera Dios que también tengamos la gracia y la fuerza y el entendimiento para comprender algo de esa gloria que nos espera para que en ello cifremos nuestros afectos, ¡y no en cosas terrenales!

## **UNA CARNE**

### **Efesios 5:25-33**

Todavía estamos considerando la doctrina de la relación de Cristo con la iglesia. Es algo que no termina, ni siquiera con lo que hemos visto. Aún debemos proseguir; y hemos de ver que la doctrina del apóstol se eleva a alturas aun mayores. Podrían haber pensado que no hay nada más exaltado que aquel versículo 27 donde se nos da una idea de lo que nos espera como esposa de Cristo, como miembros de la iglesia cristiana. Pero, la doctrina se extiende aun más allá; hay algo aun más maravilloso, y más increíble; esta es la extraordinaria doctrina de la unión mística entre Cristo y la iglesia. El argumento del apóstol es que nosotros no entendemos cabalmente el significado del matrimonio hasta entender la doctrina de la unión mística de Cristo y la iglesia. Hemos de ver que cada una de estas doctrinas ayuda a arrojar luz sobre la otra. La unión mística entre Cristo y la iglesia nos ayuda a comprender la unión entre marido y mujer; y la unión entre marido y mujer a su vez nos da cierta luz sobre la unión mística entre Cristo y la iglesia. La analogía y la ilustración humanas nos ayudan a comprender la verdad divina, pero en el análisis final es el entendimiento de esta verdad divina la que nos capacita a entender todo lo demás; de modo que el apóstol pasa de una a la otra.

Hemos de dirigir, pues, nuestra atención a esta exaltada doctrina de la unión entre Cristo y la iglesia. Sin duda todos nosotros somos confortados por lo que el apóstol dice en el versículo 32: 'Grande es este misterio'. En efecto, esto es un gran misterio. Por eso debemos acercarnos con mucho cuidado y debemos enfocarlo con mucha oración. Es totalmente cierto que aparte de la investidura y de la unción que sólo el Espíritu Santo puede dar, de ninguna manera seremos capaces de entender esto. Para la persona no regenerada, no convertida, para el mundo, esto carece totalmente de sentido; V es precisamente lo que el mundo dice al respecto. Incluso para el cristiano es un gran misterio. Pero, gracias a Dios, el uso del término 'misterio' en el Nuevo Testamento nunca tiene la connotación de algo que no puede ser entendido de ninguna manera. 'Misterio' significa algo que la mente humana sin ninguna ayuda no puede entender. No importa cuan grande sea la capacidad de esa mente. La más grande de las mentes del mundo, el filósofo mayor, si no es una persona regenerada, no sólo es nada más que un principiante, es menos que un bebé; en efecto,

espiritualmente hablando, está muerto. No tiene absolutamente ningún entendimiento de un tema como éste. Esta es una verdad espiritual y puede ser entendida solamente en forma espiritual. El mejor comentario para todo esto es, una vez más, lo que encontramos en 1 Corintios 2:6 hasta el final. Por lo tanto, no es de sorprenderse que un tema tan elevado como éste, muchas veces haya sido mal entendido y mal entendido en forma muy drástica.

Tómese por ejemplo la enseñanza de la Iglesia Católica-romana en este respecto. La palabra que en la Reina Valera (Revisión 1960) se traduce por 'misterio', la iglesia Católica-romana la traduce por 'sacramento'. Ellos leen 'este es el gran sacramento', y partiendo de esta declaración es que ellos elaboran su doctrina del matrimonio como uno de los siete sacramentos. Ellos hablan acerca de los 'siete sacramentos'—no solamente los dos reconocidos por todos los evangélicos, es decir, el bautismo y la cena del Señor —y uno de ellos es el matrimonio. La supuesta prueba es el presente versículo. Esta es la clase de fundamento sobre el cual ellos introducen su concepto del matrimonio como un sacramento y que por ese motivo sólo puede ser oficiado por un sacerdote. Esto es simplemente una ilustración de la forma en la que elevan el sacerdocio e introducen un elemento mágico en el cristianismo. Todo ha sido diseñado con ese propósito. Pero ello demuestra cómo se pueden pervertir las Escrituras, cómo se las puede dar un mal uso y cómo uno puede apropiarse de ellas por el interés de alguna teoría central que sirve como base de partida. Si comienza exaltando a su iglesia y al sacerdocio, debe defender su posición en todas las formas posibles; y eso es lo que ellos hacen. La 'extrema unción' también es algo que sólo puede ser administrado por un sacerdote, y así es un sacramento; y así sucesivamente. Todas estas cosas son diseñadas para sostener este poder sumamente artificial del sacerdote. Me refiero a esto solamente para demostrar cómo se puede malinterpretar una afirmación como ésta. Lo que finalmente demuestra cuán entera y completamente equivocada está la interpretación católica-romana es precisamente lo que el apóstol afirma a continuación en este mismo versículo—'mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia'. A ese misterio es al que se refiere. Este misterio arroja su luz sobre el matrimonio humano entre un hombre y una mujer, pero él está hablando de 'Cristo y la iglesia'. De manera que el verdadero misterio es la relación entre Cristo y la iglesia. Por lo tanto, los católico-romanos están realmente comprometidos a creer que la relación entre Cristo y la iglesia es un sacramento. Sin embargo, no es eso lo que ellos dicen porque sería necio hacerlo. De todos modos ésta es una de las formas en que el asunto puede ser totalmente mal interpretado.

Rechazando el concepto romanista, volvamos a considerar esta frase: 'Grande es este misterio'. Pablo quiere decir que este es un asunto muy profundo, un asunto que requerirá todas nuestras capacidades, y que muestra la necesidad de aquello por lo que el ya oró en favor de ellos en el capítulo uno: 'Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento' mediante el Espíritu Santo. Si no lo enfocamos de esta manera, es decir, ungidos por el Espíritu, nos enfrentaremos a tres peligros principales. El primero es dejarlo completamente a un lado. Lamentablemente, esta es la posición de muchas personas cristianas. Dicen "Ah, este asunto es muy difícil" y por el hecho de ser difícil no intentan entenderlo, y se apresuran hacia la siguiente declaración, por cierto, no tenemos necesidad de detenernos en esa actitud. Es una actitud que nunca se puede defender, es algo que nunca se debe hacer. El solo hecho de haber dificultades en las Escrituras no quiere decir que debamos pasarlas por alto. Están allí para nuestro estudio y para nuestra instrucción y por muy difíciles que puedan ser, debemos hacer todo lo posible para entenderlas y comprenderlas. Esa es una de las razones para la existencia de la iglesia cristiana. Por eso el Señor ha constituido 'a algunos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros' y así sucesivamente. El propósito es instruirnos en estas cosas; el propósito es que podamos usarlas. No debemos decir, "Ah, esto es demasiado difícil", y apresurarnos a pasar a otra cosa. Nunca comprenderá su propio matrimonio, si es casado, a menos que trate de entender esto. El apóstol escribió esto para ayudarlo a entenderlo.

El segundo peligro consiste en tratar el asunto de tal forma que le quitemos o reduzcamos su elemento de misterio. Muchas personas lo han hecho así, inclusive comentaristas. Esas personas han tenido tanto temor de esta 'unión mística' y esta enseñanza sobre ella, que la han reducido a un asunto de mera semejanza general, a una simple unidad de intereses, y así por el estilo. Pero esto es eliminar sencillamente el 'misterio' del asunto. Ellos dicen, "este es sólo una hipérbole, este es un lenguaje altamente dramático que el apóstol utiliza". Pero eso no toma en cuenta que Pablo nos dice deliberadamente que se trata de un 'gran misterio'. No debemos reducir el 'misterio', no debemos convertirlo en algo ordinario. Este es un peligro que nos sale

al encuentro en muchos puntos de la vida cristiana, y de la enseñanza cristiana. Es el peligro que nos confronta en conexión con nuestros dos sacramentos— ¡en nuestro temor de decir demasiado, decimos demasiado poco! Debemos evitar ese peligro.

El tercer peligro consiste en querer desarrollar todo esto en forma demasiado detallada. Convencidos de nuestra tarea de encarar el asunto y tratar de comprenderlo y de desarrollarlo, lo desarrollamos de tal manera que finalmente no dejamos nada del misterio. Obviamente esto también es un error porque el apóstol mismo dice: 'Grande es este misterio'. Eso no significa, repito, que no entendamos nada de él, pero sí significa que no lo entendemos perfectamente, que no lo entendemos totalmente, que aún le queda algo que nos elude, algo que nos deja asombrados y maravillados.

Tratemos entonces de evitar estos errores particulares al proceder a enfocar este gran misterio. Esta es una verdad maravillosa, y al considerarla nos elevamos a esas raras alturas que sólo se encuentran en las Escrituras.

¿Cuál es la enseñanza del apóstol acerca de la relación mística entre Cristo y la iglesia? Podemos comenzar con algo que nos es sumamente conocido, porque ya lo hemos visto antes en esta epístola. La primera cosa que él nos dice es que la iglesia es el 'cuerpo' de Cristo: 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos' (v. 28). Luego añade en el versículo 29: 'Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia'. Y luego en forma más particular: 'Porque somos miembros de su cuerpo'. Al final del primer capítulo ya había introducido esta enseñanza y la había reiterado en 4:16. Pero el apóstol tiene cuidado de recordárnoslo porque está ansioso de destacar el principio del carácter íntimo de la relación. Se trata de la relación entre la cabeza y los miembros de un cuerpo. Lo que a él le preocupa subrayar es que la relación entre marido y mujer no es una mera relación externa. Existe una relación externa, pero hay mucho más que eso. La característica esencial del matrimonio no es simplemente que dos personas vivan juntas. Ese es sólo el comienzo; hay muchas cosas que trascienden eso; y aquí hay algo mucho más profundo, algo mucho más maravilloso. La iglesia, afirma Pablo, realmente es una parte de Cristo. Así como los miembros del cuerpo son una parte del cuerpo, del cual la cabeza es la parte principal, así Cristo es la cabeza de la iglesia. Como Pablo lo expresa al final del primer capítulo: "Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo". Y, nuevamente, en el capítulo cuatro: "Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor". Debemos ser fieles a este principio, puesto que es una introducción esencial para poder entender la doctrina de la unión mística.

Pero eso es sólo la introducción. El apóstol se extiende más allá, y en el versículo 30 añade: 'Porque somos miembros de su cuerpo'—y luego sigue con este extraordinario agregado: 'De su carne y de sus huesos'. El apóstol está hablando de la relación de la iglesia con el Señor Jesucristo. Es aquí donde realmente entramos al misterio. El concepto de la iglesia como cuerpo de Cristo, si bien es difícil, no es tan difícil como este agregado: 'De su carne y de sus huesos'. Algunos han tratado de evitar totalmente esta expresión señalando que en ciertos manuscritos no existe tal agregado; pero, en términos generales, todas las autoridades en el tema concuerdan en que el agregado se encuentra en los mejores manuscritos. De esa manera entonces, no podemos resolver el problema. Y, en efecto, todo el contexto y las siguientes citas tomadas de Génesis 2 señalan la importancia esencial de mantener este agregado aquí, y que de lo contrario no habría sentido ni propósito en la cita. Como he de demostrar, allí el apóstol se refiere claramente a Génesis 2 y ciertamente está haciendo lo mismo aquí.

Aquí estamos tocando el corazón mismo del misterio. Debemos recordar que la intención del apóstol, su propósito, es todavía el mismo. Si el apóstol se hubiera limitado a decir que la iglesia es el cuerpo de Cristo, correríamos el peligro de pensar que se trata de un agregado sin conexión con el resto, por supuesto, no debemos pensar de esa manera porque cualquiera que conoce algo acerca del cuerpo sabe que no consiste de la unión casual de un número de partes. Nunca se puede insistir demasiado en que el cuerpo no consiste de

un número de dedos conectados a una mano, y una mano conectada a un antebrazo y así sucesivamente. ¡No! El aspecto esencial de un cuerpo es su unidad orgánica y vital. Y a fin de subrayar y salvaguardar ese principio, el apóstol hace este agregado diciendo: 'Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'.

A mi parecer, la única forma de resolver el problema es seguir la indicación que nos da el mismo apóstol y volver a la declaración que el toma del Génesis 2:23: "Dijo entonces Adán"—refiriéndose a la mujer—"esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne". Aquí hay otra declaración que se ha interpretado equivocadamente. Hay aquellos que afirman que el apóstol en Efesios 5:30 se está refiriendo a la encarnación. En su concepto es una forma de decir que al venir el Señor Jesucristo a este mundo tomó sobre sí la naturaleza humana, en otras palabras, que tomó sobre sí nuestra carne y nuestros huesos. Pero semejante interpretación es totalmente imposible. Lo que el apóstol está diciendo no es que el Señor Jesucristo, la segunda persona de la bendita Santa Trinidad, haya tomado 'nuestra' carne y huesos; lo que él dice es que 'nosotros' tomamos su carne y sus huesos, que 'nosotros somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. Aquí dice exactamente lo contrario; de manera que ésta no es una explicación.

También ha habido un lamentable malentendido de este asunto en términos del sacramento de la Cena del Señor. Hay quienes han dicho que el apóstol al escribir 'porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos' se está refiriendo al cuerpo glorificado de nuestro Señor. El cuerpo que adoptó el Señor Jesucristo ha sido glorificado y ellos afirman que nosotros somos literalmente partes y miembros de su cuerpo glorificado. Pero sin lugar a dudas hay una consideración que invalida esto de una vez para siempre y es que dicho cuerpo glorificado está en el cielo. Entonces, de ninguna manera puede aplicarse a nosotros. Pero, yendo aun más allá, según vengo diciendo, ellos han introducido aquí todo el tema de la comunión, de la Cena del Señor. Los católico-romanos dicen que no hay dificultad al respecto aquí. Según su enseñanza, en la mesa de la comunión el sacerdote realiza un milagro, transforma un trozo de pan en la misma 'carne y huesos' del Señor Jesucristo. Esa es la doctrina de la transubstanciación. Lo que está sobre el plato tiene el aspecto de pan, pero eso es sólo un 'accidente', la 'substancia' ha sido transformada. El color blanco permanece, pero lo que se ofrece a quien toma la comunión ahora es, en realidad, el cuerpo de Cristo. De modo que cuando come, está comiendo 'su carne y sus huesos', y de esa manera llega a ser una parte suya. A fin de sostener esta doctrina ellos apelan a la enseñanza de Juan 6.

Luego está la doctrina luterana, que no es la transubstanciación, sino lo que ellos llaman 'consustanciación' que al fin viene al ser casi la misma cosa. Ellos afirman que el pan realmente no es transformado en el cuerpo de Cristo, sino que el cuerpo glorificado de Cristo entra al pan, de modo que su presencia esté allí. De modo que tiene el pan y además el cuerpo glorificado de Cristo, y come a ambos.

Sin duda, debe ser evidente que todo esto es para significar algo que de ninguna manera está sugerido por el apóstol, ni en el versículo, ni en todo el contexto. Es un intento de explicar el misterio de una forma inconsistente con el contexto; y en el análisis final, casi siempre elimina el misterio del asunto.

Sin lugar a dudas, si seguimos la dirección del propio apóstol arribaremos a la auténtica explicación. Obviamente está citando a Génesis 2:23: 'Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne'. Evidentemente su analogía es la de Adán y Eva, y Cristo y la iglesia. De manera que es correcto decir de la iglesia que 'somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'.

¿Pero qué nos sugiere esto? Debemos introducirnos aun más en el misterio. ¿No es esto como caminar en alguna caverna donde se encuentra la primera cámara, y luego ve que se abre otra? Entra en esa, y continúa; y en la cámara que se encuentra en el centro mismo de la caverna se encuentra el gran tesoro. ¿A qué se refiere el apóstol? Eso depende del significado de Génesis 2:23. La respuesta es claramente que la mujer ha sido tomada del hombre. ¿Notó la construcción exacta de las palabras de Génesis 2:23? "Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona". ¿Pero por qué ha de ser llamada 'Varona'? La respuesta es ésta: 'porque fue tomada del hombre'. La verdadera definición de mujer es alguien que ha sido tomada del hombre. Ese es el verdadero significado de la palabra 'mujer'. Mujer (Varona)\* por definición, por origen, por su nombre, es alguien que ha sido tomado del hombre. Pero

observe nuevamente en la forma en que esto fue hecho. "Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él" (v. 18). (Nota del traductor: en adelante seguiremos usando "mujer" en lugar de Varona).

Nuevamente al final del versículo 20 se nos dice, "mas para Adán no se halló ayuda idónea". Los animales habían sido creados y los animales son maravillosos, pero ninguno de ellos es una ayuda idónea para el hombre. Hay una diferencia esencial entre el hombre y el animal. Después de todo el hombre es una creación especial, no es alguien que surgió por evolución de entre los animales. El más desarrollado de los animales es esencialmente diferente al menos desarrollado de los hombres; pertenece a un orden diferente, a un reino totalmente distinto. El hombre es único, ha sido hecho a la imagen de Dios. De modo que si bien los animales son maravillosos, no hubo ninguno que pudiera ser compañero del hombre, el compañero que el hombre necesita. De modo que, prosiguiendo, leemos: "Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer". La mujer es tomada del hombre, es tomada de su sustancia, de 'su carne', 'sus huesos'. Dios toma una parte del hombre y de esa parte hace una mujer. ¿Entonces, qué es la mujer? Ella es de la misma sustancia del hombre, 'de su carne y de sus huesos'. Dios realizó la operación. El hombre fue sumido en un profundo sueño y entonces fue ejecutada la operación, fue extraída la parte, y de ella se hizo aquella mujer.

'Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia'. 'Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. ¿Cómo? En el principio la mujer fue el resultado de una operación que Dios realizó en el hombre. ¿Cómo llegó a existir la iglesia? Ella es resultado de una operación que Dios realizó en el monte Calvario en el Segundo Hombre, su amado Unigénito Hijo. Un profundo sueño cayó sobre Adán. Un profundo sueño cayó sobre el Hijo del Hombre. El entregó su espíritu, expiró, y allí en esa operación la iglesia fue extraída de él. Así como la mujer fue extraída de Adán, la iglesia es tomada de Cristo. La mujer fue extraída del costado de Adán; y la iglesia proviene del costado herido y sangrante del Señor. Ese es su origen; y de esa forma ella es 'carne de su carne, y hueso de sus huesos'. 'Grande es este misterio'.

¿Se había dado cuenta de esto? No es una casualidad que al Señor Jesucristo, en el Nuevo Testamento, se le llama el 'Segundo Hombre' o el 'postrar Adán'. El apóstol nos enseña aquí que esto también es cierto de él en el mencionado sentido. Normalmente pensamos que nuestra relación con él es algo individual, y es cierto. Tómese la enseñanza referida a la relación del cristiano con el Señor Jesucristo, tal como se encuentra en Romanos 5, y allí vuelve a tener esta comparación entre el primer hombre y el Segundo Hombre; se nos dice allí cómo todos estamos implicados en la trasgresión de Adán, y cómo todos estamos implicados en la justicia de Cristo. Como con uno, así con el otro. Allí el acento está sobre el aspecto personal. Aquí está en términos de la iglesia como un todo, la relación comunal; y en ello consiste la misteriosa verdad que Pablo está enseñando. Así como es correcto decir que la mujer fue extraída del costado del hombre, de su propia substancia, 'su carne y sus huesos', así la iglesia es extraída de Cristo, y nosotros somos parte de él como miembros de su cuerpo y de sus propios huesos. El es el postrar Adán, él es el Segundo Hombre. Y así como Dios operó en el primer hombre para proveerle su esposa, su ayuda idónea, así operó en el Segundo Hombre para el mismo propósito, pero, en una forma infinitamente más gloriosa.

Pero, vayamos aun más allá. Lo hacemos con temor y temblor; pero como sea, prosigamos. El apóstol está subrayando que nosotros somos parte de la propia naturaleza de Cristo. Nótese que él usa las palabras 'a sí mismo' en el v. 28: "Nadie" dice el apóstol, "aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama". ¡Seguimos aun con la misma idea! El cuerpo es una parte del hombre, y por eso cuando presta atención a su cuerpo, se está prestando atención a sí mismo. No puede divorciarse de sí mismo. Lo que él hace por su cuerpo lo está haciendo a favor de sí mismo; lo hace porque su cuerpo es una parte de sí mismo. Esa es la relación entre Cristo y la iglesia. Eso no significa que nosotros seamos divinos. Debemos tener cuidado con eso. Nosotros los cristianos no somos dioses ni somos divinos. Pero sí significa que el Señor Jesucristo formó y comenzó una nueva humanidad. Una humanidad comenzó con Adán, una nueva humanidad comenzó con el Señor Jesucristo. Somos partícipes de esto. Somos copartícipes. Por ese motivo encontramos a Pedro diciendo en 2 Pedro 1:4 que



somos 'participantes de la naturaleza divina'. Somos participantes de esta naturaleza que ahora tiene el mediador, después de haber pasado por la encarnación y habiendo hecho cuanto se había propuesto hacer en su venida. De él derivamos nuestro ser, y realmente somos parte de él.

Pero, debemos dar el paso final e ir a los versículos 31 y 32: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia". Aquí, otra vez, sólo podemos entender el sentido del apóstol volviendo al segundo capítulo de Génesis. Este versículo es una cita directa de Génesis 2:24. Pero ¿qué significa exactamente? Hay muchas personas que se atemorizan en este punto y dicen: "Ah, este es un gran misterio y nosotros debemos cuidarnos de no interpretarlo demasiado". Entonces ellos afirman que el apóstol introdujo estas palabras: 'Y los dos serán una sola carne', la cita que proviene de Génesis 2:24, con el simple propósito de redondear su cita. Pero, el apóstol no hace ese tipo de cosas; el apóstol no toma una cita a menos que tenga un objeto y un propósito al tomarla. Ellos dicen, "por supuesto, es evidente que esto nada tiene que ver con el Señor Jesucristo y la iglesia. Aquí Pablo realmente está hablando de maridos y mujeres; en este punto no se está refiriendo a la iglesia". Pero, no puedo aceptar eso, puesto que Pablo dice: 'Este'—lo que acabo de mencionar— 'Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia'.

Yo creo que esta expresión referida a 'una carne' se aplica a la relación de Cristo y la iglesia, tanto como a la relación entre el esposo y la mujer. Pero, tengamos cuidado, porque este es un gran misterio. No quiero ni pretendo decir que yo lo entiendo totalmente, pero, al mismo tiempo no quiero apartarme del misterio. Yo quiero apropiarme de la enseñanza referida a esta relación mística, a esta extraordinaria unidad, a esta unidad de la cual está hablando Pablo. Creo que la explicación está en lo que sigue. Vuelva a Génesis 2 y encontrará esto. Originalmente, Adán fue uno solo, un hombre perfecto y completo. Sin embargo, tenía una especie de carencia, no hubo ayuda idónea para él. Se nos dice, entonces, que Dios realizó la operación, y este hombre que había sido uno comienza a ser dos—Adán y Eva, el hombre y la mujer. La mujer fue tomada de él, de manera que ella es una parte suya; ella no fue creada a partir de la nada como ocurrió con el hombre. Ella fue extraída del hombre, de modo que es una parte de él. Pero el proceso no se detuvo allí—y es aquí donde yo veo la esencia de este misterio. En cierto sentido, ellos ahora eran dos, pero, en otro sentido no eran dos: 'Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne'. Esa es la esencia misma del misterio. En cierto sentido ellos son dos, pero, en cierto sentido ellos no son dos. Nunca debemos olvidar esta unidad, esta particularidad de ser uno, esta idea de 'una carne'.

Elevémonos, entonces, a la cumbre más alta del misterio. Adán sin Eva era incompleto. La deficiencia, la carencia fue compensada por la creación de Eva. Entonces, en cierto sentido podemos decir que Eva constituye la 'complementación' de Adán, ella constituye la provisión de lo que estaba faltando en Adán. Y eso es exactamente lo que el apóstol dice acerca de la iglesia en su relación con Cristo. Somos afortunados porque esto ya lo había dicho en 1:23 donde leemos: 'la cual es su cuerpo'. El está hablando de la iglesia, "lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquél que todo lo llena en todo". La iglesia es la 'plenitud' de Cristo. La iglesia, dice el apóstol Pablo, es la que constituye, por así decirlo, esta plenitud de Cristo. Ahora yo sugiero que aquí en el capítulo cinco el apóstol simplemente repite aquella verdad. Así como Adán y Eva llegaron a ser una carne, y así como Eva constituye la plenitud de Adán, así la iglesia constituye la plenitud de Cristo. Las autoridades en el tema concuerdan en que ese es el significado de la palabra 'plenitud' a lo largo del Nuevo Testamento. Cristo no es la plenitud de la iglesia, sino la iglesia constituye su plenitud, 'la plenitud de aquél que todo lo llena en todo'.

Podemos considerar el asunto de la siguiente manera. El Señor Jesucristo, como eterno Hijo de Dios, es perfecto, completo y entero y siempre lo ha sido desde toda la eternidad—'en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad'. El es y siempre ha sido coigual y coeterno con el Padre. Toda la plenitud de la deidad está en cada una de las tres Personas. No hay carencia alguna, no hay nada que compensar, no hay ninguna falta de plenitud. Pero en su carácter de mediador Cristo no está completo sin la iglesia. Ahora bien, éste es el misterio, el más glorioso de todos los misterios. Jesucristo en su carácter de mediador no tendrá toda su plenitud ni estará completo y entero hasta que cada alma por la cual él murió haya sido reunida con él—'la plenitud de los gentiles' y 'todo Israel'. Sólo entonces estará completo, sólo entonces se habrá cumplido su plenitud.

Este es el gran misterio de la salvación, y por eso debemos ser tan cuidadosos. Pero la doctrina de la salvación sugiere esto que el bendito eterno Hijo de Dios, a fin de salvarnos, se ha impuesto él mismo una limitación. Al tomar sobre sí la naturaleza humana, se impuso una limitación. El sigue siendo eternamente Dios—no hay limitación a esto, no hay reducción en su deidad. Se trata de un gran misterio y no debemos tratar de entenderlo en su sentido último. No puede ser entendido. Pero, esta es la enseñanza. Allí está él, el Único, inmutable. Es cierto, pero se hizo hombre y fue sujeto a ignorancia y debilidad cuando estuvo en este mundo, 'hecho a la semejanza de carne de pecado'. Y en su carácter de mediador, reitero, no estará completo hasta que la iglesia esté completa. El tiene una esposa a la cual será unido y ambos serán 'una carne'. Cuando el Señor Jesucristo retornó al cielo no dejó su cuerpo aquí, lo llevó consigo. Esa naturaleza humana está con él ahora, y siempre lo estará. El todavía sigue siendo la Segunda Persona en la bendita Santa Trinidad, sin embargo, esta naturaleza humana que nosotros poseemos está allí con él, y nosotros hemos de estar en él eternamente. El mismo se ha sujetado a algo. Yo me atrevo a decir algo que casi es una especulación, pero el apóstol cita estas palabras: 'Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne'. Sin forzar los detalles, afirmo lo siguiente—el Señor Jesucristo dejó las cortes de la gloria y vino a este mundo y a esta tierra en busca de su esposa. En este caso hubo un 'dejar' como el caso del hombre que deja a su padre y a su madre para unirse a su esposa. Sí, él dejó las cortes de gloria—tal como Carlos Wesley nos lo recuerda:

¡El trono del Padre dejó arriba,  
tan grande, tan infinita su gracia fue!

Por amor a su esposa dejó el cielo y las cortes de su gloria. Hubo un terrible momento cuando exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" en ese momento quedó separado de su Padre. ¿Y por qué? Oh, para poder comprar y salvar esta esposa suya que ahora, como resultado de dicho acto, es una parte de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos.

Esto es, reitero, el supremo misterio. Nada hay más maravilloso, nada hay más glorioso que esto. Nosotros somos participantes de su naturaleza humana, estamos unidos a él y así estaremos con él durante toda la eternidad es por eso que se nos dice en las Escrituras que estaremos encima de los ángeles y los 'juzgaremos'. "¿O no sabéis", dice Pablo en 1 Corintios 6, "que los santos han de juzgar al mundo... a los ángeles?" Aun a los Ángeles ¿Por qué? Porque somos elevados a una posición superior a la de ellos; nosotros estamos en el Hijo, somos parte de él, unidos a él, 'una carne' con él La iglesia es la esposa de Cristo y cuando pensamos en esta relación siempre debemos contemplar este misterio y comprender que 'somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. Pero sobre todas las cosas, comprendamos lo que él hizo para que nosotros pudiéramos ser suyos. Dejó el trono de su Padre arriba, 'se humilló a sí mismo, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse'—esa es la forma en que amó a la iglesia. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella'.

## **LOS PRIVILEGIOS DE LA ESPOSA**

### **Efesios 5:25-33**

Nos hemos estado abriendo camino a través de esta gran declaración cuyo propósito principal es la edificación de los maridos, pero, como hemos estado viendo, también tiene un mensaje glorioso para todos los cristianos. Esto se debe a que el apóstol al dar su mensaje a los maridos lo hace utilizando la comparación de la relación entre Cristo y la iglesia. Esa es la analogía que los maridos siempre deben recordar.

Sin embargo, hay una cosa más que debemos hacer antes de considerar la aplicación de la enseñanza a las responsabilidades particulares de los maridos respecto de sus mujeres. En lo que el apóstol ha estado diciendo hay algo implícito que será de gran importancia cuando lleguemos a la aplicación práctica, pero que también nos es de inestimable valor a cada uno de nosotros como personas cristianas, al comprender

nuestra relación con el Señor Jesucristo y comprender que juntos somos la esposa de Cristo. Permítanme explicarme.

Todo lo que hemos estado considerando nos lleva a la deducción obligada de que el esposo concede ciertos bienes a su esposa; entonces, ahora vamos a considerar los bienes que el Señor Jesucristo como esposo de la esposa, la cual es la iglesia, le ha concedido a ella. Al hacerlo veremos una vez más el glorioso privilegio que es ser cristianos y miembros de la iglesia cristiana. Y llamo su atención a esta verdad porque estoy cada vez más y más profundamente convencido de que el principal problema, el principal mal de nuestros días es que nosotros los cristianos no llegamos a comprender el privilegio y la dignidad de ser miembros de la iglesia cristiana y del cuerpo de Cristo. Yo sé, y reconozco que está bien preocuparse por el estado del mundo. No podemos ser cristianos sin esa preocupación; pero, no comprendo como algunas personas pueden estar conformes con el estado de la iglesia. Sin lugar a dudas, la explicación final para el estado del mundo es el propio estado de la iglesia. Para mí, lo más triste y lo más grave de la actualidad es que los cristianos no llegan a comprender lo que el Nuevo Testamento nos dice acerca de nosotros, y lo que significa ser miembros del cuerpo de Cristo. En un mundo que asigna tanta importancia a los honores, a las glorias y posiciones ¿no es asombroso que podamos considerar nuestra membresía en la iglesia tal como lo hacemos? Algunos parecen considerarla casi como una especie de dignidad que confieren a la iglesia, sin comprender que se trata del privilegio más alto y glorioso que alguien pueda tener o conocer. Otros consideran su membresía en la iglesia como una tarea o una obligación, y están más bien complacidos consigo mismos por el hecho de cumplir alguna función. Ahora bien, esto demuestra una falta total de entendimiento de lo que realmente significa ser miembros de este cuerpo, que es la esposa del Señor Jesucristo mismo.

Por lo tanto consideremos algunos de los bienes que él nos concede, algunas de las cosas que son ciertas en nosotros como cristianos y miembros de la iglesia. Si la iglesia solamente comprendiera estas cosas, dejaría de ser apologética, languideciente, escasa, y no presentaría un espectáculo tan miserable; en cambio, estaría llena de un sentido de orgullo de gozo y de gloria.

¿Cuáles son las cosas que él nos concede? Lo primero es su vida. Ya hemos estado considerando esta verdad, pero debo mencionarla nuevamente en conexión con esto. El nos da una parte de su propia vida—nosotros nos convertimos en participantes de su propia vida. Eso es lo que ocurre cuando un hombre contrae matrimonio ¿no es cierto? Hasta el momento vivía su propia vida, pero en adelante ya no vive exclusivamente su propia vida; su esposa se convierte en participante de su vida. En la medida en que ella es parte de él, ella es participante de su vida, de su actividad y de todo lo que realmente le concierne. Lo primero que un hombre casado debe aprender es que al hacer frente a diversas situaciones debe hacer algo completamente nuevo. Anteriormente su principal problema era, ¿Cómo me afecta esto a mí, cuál debe ser mi reacción? Pero, ahora ya no puede limitarse a esto. Ahora también debe pensar en cómo va a afectar a su esposa. Ya no está viviendo una vida aislada, por su propia cuenta. Ahora tiene que considerar siempre a otra persona que es participante de su vida. Tal vez haya algo que pueda afectarle a él, pero siempre hay alguien más a quien ahora tiene que considerar.

Yo podría desarrollar este tema; yo podría hablar, en base a una larga experiencia pastoral, de los problemas y dificultades que he debido enfrentar porque los maridos habían olvidado precisamente este punto. Permítanme darles una ilustración de ello. Lo menciono porque se trata de algo que he visto con mucha frecuencia, un caso en el cual he sido muy malinterpretado. Pero, corriendo ese riesgo, lo menciono de nuevo a fin de ilustrar este punto. Vino un hombre para decirme que se sentía llamado a ir al campo misionero en el exterior. Muy bien, eso es excelente. Pero, luego tengo que hacerle esta pregunta, y siempre la hago si se trata de un hombre casado: ¿Qué dice su esposa al respecto? Algunas veces he tenido que tratar con hombres que aparentemente no parecen preocupados por esto y patentemente consideraban el asunto como una decisión netamente personal. ¡Pero no lo es! Un hombre no tiene derecho de aislarse a sí mismo de su esposa respecto a un asunto como este. Puesto que los dos son una carne, él debe considerar las opiniones de su esposa. Ya hemos tratado los deberes de las esposas respecto de sus maridos. De ese lado también son muchas las cosas que hay para decir; pero el punto que quiero dejar establecido es que la persona que dice: "si yo me siento llamado a realizar un trabajo particular, no importa lo que diga mi

esposa" esa persona es un cristiano muy deficiente. La opinión de la esposa importa. Lo contrario sería malinterpretar totalmente esta enseñanza.

Pero, miremos el asunto de este otro aspecto para comprender que somos participantes de la vida del Señor Jesucristo. Es algo extraordinario pensar que tenemos derecho de decir que siempre estamos en su mente; que en todos sus propósitos tenemos nuestra parte y nuestro lugar. Nosotros estamos 'en Cristo', somos participantes de su vida. El apóstol, escribiendo a los Colosenses 3:4 utiliza esta frase extraordinaria: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste". El es 'vuestra vida', que no es sino otra forma de decir que somos participantes de su vida. Ahora bien, no hay nada más grande que ello. En realidad, estuvimos viendo esto al estudiar la declaración 'nosotros somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. Ahora lo estamos considerando desde un ángulo un poco distinto; no tanto desde el punto de vista de la unión mística, sino desde el punto de vista de la propia conciencia que el Señor tiene de que él está dando su vida, de que la está compartiendo, y que nosotros somos introducidos en ella, y llegamos a ser parte íntegra de su vida.

Pero, prosigamos para demostrar esto en sus diversas manifestaciones. Una de ellas consiste en que él nos concede su nombre. Nosotros adoptamos su nombre porque él nos lo otorga. Somos llamados 'cristianos' y esa es la más grande de las verdades acerca de nosotros. Ya no somos lo que éramos antes, hemos cambiado nuestros nombres. Una mujer que contrae matrimonio cambia su nombre. ¡Qué importante llega a ser esto para ayudarnos a comprender la enseñanza del gran apóstol en este quinto capítulo de esta epístola a los efesios! Cuántas cosas se nos dicen aquí también sobre este necio movimiento moderno llamado 'feminismo'. Cuando una mujer contrae matrimonio renuncia a su nombre, y adopta el de su esposo. Eso es bíblico y también es una costumbre de todo el mundo. Eso nos enseña acerca de la relación entre marido y mujer. No es el marido quien cambia su nombre, sino la esposa. En tiempos recientes hemos visto una impresionante ilustración de esto. Me refiero a ella porque espero que ayude a grabar estas verdades en nuestras mentes. Toda la nación sabe lo que ha ocurrido en el caso de la princesa Margarita, como, al mencionársela, también se menciona siempre el nombre de su esposo; y esto está bien. Sería contrario a las Escrituras no hacerlo. Es el nombre del esposo que se toma, y no el de la esposa. No importa quienes sean ellos, esta es la posición de las Escrituras.

Pero considérese todo esto desde nuestro punto de vista como miembros de la iglesia cristiana. Cristo nos ha dado su propio nombre. No hay mayor cumplido que se nos haya podido hacer que éste. He aquí la expresión más clara de esta relación matrimonial. Es algo que se nos presenta de muchas maneras en el Nuevo Testamento. 'Ya no hay judío o gentil, bárbaro, excita, esclavo o libre'. Antes solía haberlos. Esos eran nuestros nombres. Pero ya no lo son. Ahora somos cristianos, tenemos un nombre nuevo. O bien considérela en la forma en que el mismo apóstol lo pone en 2 Corintios 5: "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne". "Yo solía conocer a la gente según la carne", dice el apóstol; "como judío solía decir, ¿qué es aquél hombre? ¿Es un judío? si no lo es, no es más que un perro". El apóstol sigue, "Pero ya no pienso conforme a esas categorías, ahora utilizo otros términos. Lo que quiero saber es esto, ¿es este hombre un cristiano?" No me importa lo que su antiguo nombre haya sido; el nombre que ahora me interesa es éste— ¡'cristiano'! ¿Ha adoptado esta persona el nombre de Cristo?" De esta manera descubrimos que el Señor Jesucristo nos concede su propio nombre. El apóstol, escribiendo a los gálatas dice que es algo tan real que, 'ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí'. Esa es la idea. En cierto sentido Pablo ya no existe, y continua diciendo: "Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". ¡Qué maravillosa declaración es ésta sobre la relación matrimonial! En cierto sentido toda la vida del cristiano está en el esposo, y sin embargo, él mismo no está completamente perdido, él todavía está allí: 'lo que ahora vivo en la carne'.

Existe el gran misterio de la relación matrimonial. Pero nosotros debemos aferrarnos a la gran realidad de que el nombre de Jesucristo está sobre nosotros. Lo que importa y lo que debería importarnos a cada uno de nosotros es que hemos cambiado de nombre. Aquí, en el reino de la iglesia, los otros nombres no tienen ninguna importancia. No importa cual sea el nombre de una persona, no importa cual sea su posición u oficio, lo que sea su habilidad o cualquier otra cosa. Lo único que importa ahora es que el nombre de Cristo esté en ella. Allí todos somos uno, todos estamos juntos en él. El nos ha reunido consigo; la iglesia es la

esposa de Cristo. En efecto, él nos dice, "olviden ese antiguo nombre, usen mi nombre; ustedes me pertenecen". Encontramos esto en Apocalipsis 3:12: "Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios". ¡Eso es!

Escribe tu nuevo nombre en mi corazón, tu nombre nuevo y mejor de tu amor. Este es el acontecimiento maravilloso que ha ocurrido a todos los que son cristianos, a todos los que son miembros de este cuerpo, que es la esposa de Cristo. Ha recibido un nombre nuevo del Príncipe de gloria y ¡maravilla sobre maravilla! se trata de Su propio nombre. No hay mayor honor o gloria que esta. Está metido en un nuevo nombre, y se trata del más alto de todos los nombres. Leemos que se aproxima el día cuando, "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra"—y ese es el nombre que nos ha sido dado a nosotros que fuimos constituidos en esposa de Cristo.

Luego vemos que como resultado de todo ello somos participantes de su dignidad, de su posición grande y gloriosa. En el capítulo dos, el apóstol ya nos lo dijo, allí nos declaró la asombrosa verdad de que 'El nos resucitó (en Cristo) y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús'. Esa es ahora la verdad acerca de nosotros. Si realmente somos cristianos, estamos 'en Cristo' y eso significa que estamos 'sentados con él en los lugares celestiales'. Dondequiera se encuentre el esposo allí también está la esposa, y la condición, la dignidad y la posición que son propios de él también pertenecen a ella. No importa lo que ella haya sido; desde el momento en que ella es su esposa comparte todas las cosas con él. Y ¡ay de aquél que no se someta a su posición y dignidad! No hay mayor insulto para el esposo que el de una persona que se rehúsa a honrar a la esposa. Esta es la verdad, dice el Nuevo Testamento, acerca del cristiano. Esto es algo que se nos dice repetidas veces. Una de ellas ocurre en Juan 17:22 donde el Señor dice: 'La gloria que me diste, yo les he dado'. La gloria, dice el Señor, que el Padre le había dado ahora la ha concedido a su pueblo. Esto es algo que ocurre invariablemente en un matrimonio; la esposa, siendo una parte del esposo, y llevando su nombre, comparte con él la totalidad de su posición. "La gloria que me diste, yo les he dado".

Pero, considérese esta otra declaración del asunto. El Señor Jesucristo dijo acerca de sí mismo, 'Yo soy la luz del mundo'. Eso es lo que él pretende ser, y no hay nada mayor que él pudiera pretender. Sin mí el mundo está en tinieblas, dice el Señor. Yo soy la única luz que el mundo puede recibir, todo lo demás no será sino un intento de los hombres por descubrir la luz; y los hombres, sin excepción, fracasan. Sin Cristo no hay luz. Sin embargo, nótese lo que el Señor dice acerca de nosotros: 'Ustedes son la luz del mundo'. En otras palabras, porque él es lo que es, y en virtud de nuestra relación con él, nosotros también nos convertimos en la luz del mundo. Nos resulta muy difícil comprender esto, ¿no es cierto? Somos solamente un pequeño número de personas en este país pagano, solo diez de cada cien pretendemos ser cristianos, y sólo la mitad de ellos asisten a la casa de Dios. En consecuencia, somos apologeticos y un tanto avergonzados de nosotros mismos. Pero, la verdad acerca de esto es: ¡Nosotros somos la luz del mundo! Esto lo que dijo el Señor Jesucristo. Este mundo oscuro y malo no conoce luz, no tiene luz sino aquella luz que nosotros estamos disseminando en él.

Pero considérese el asunto desde el punto de vista de nuestra dignidad, de nuestra gloria. El hace de nosotros lo que él mismo es. Debido a nuestra relación con él esto es inevitable. Hay muchas otras declaraciones sumamente maravillosas de esto. Oiga otra vez al Señor en el libro de Apocalipsis dirigiéndose a la iglesia de Laodicea, si se imagina: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono". Puesto que la iglesia es la esposa de Cristo, ella va a sentarse con él en Su trono. Ahora usted dirá 'pero ella es de los comunes'. Es cierto, pero no importa; ella está casada con el príncipe, y ella comparte el trono con él. ¡Esa es la dignidad, ese es el privilegio que él nos confiere!

Luego preste atención a esto. El apóstol Pablo, tratando de enseñar a los miembros de la iglesia en Corinto algo de esta grandeza y gloria, lo expresa así en 1 Corintios 6:2: '¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?' y luego: '¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?' Eso se refiere a nosotros. Mire a esos miserables miembros de la iglesia de Corinto. '¿Qué les pasa a ustedes?', pregunta el apóstol. "¿Por qué tienen disputas entre ustedes? ¿Por qué se jactan de este hombre o de aquel, o de aquel otro, y se están llevando unos a los otros a las cortes en sus disputas? ¿No comprenden que cada uno de ustedes, como

cristiano, está en tal relación con Cristo que va a juzgar al mundo, que va a juzgar a los ángeles?" Esta es la dignidad que nos corresponde.

Permítanme expresarlo de esta manera. Considere al cristiano en su relación con los ángeles. ¿Sabía que nosotros estamos destinados a una posición superior a la de los ángeles? Los ángeles son seres maravillosos, 'excelentes en fuerza'; pero ¡nosotros estamos destinados a una posición superior a la de ellos! El autor de la epístola a los hebreos lo expresa de esta manera: "Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el Hijo del Hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies" (He. 2:5-8). "Pero", dice alguien, "yo todavía no veo que todas las cosas están sujetas al hombre. ¿De qué está hablando?" "Oh, no", dice el autor de la Epístola, "todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra" (v. 9). Estas palabras significan que nosotros vamos a estar en esa Posición. Ante los ojos de Dios ya estamos en ella; no lo vemos, pero ahora mismo es una realidad en cada uno de nosotros. Estamos por encima de los ángeles porque somos la esposa de Cristo; y él está por encima de ellos en los lugares celestiales, e inclusive ahora tenemos esa dignidad, esa grandeza y esa misma posición.

Esto nos conduce al aspecto que sigue: nosotros no sólo compartimos su vida, sino también sus privilegios. En el instante que una mujer se convierte en esposa de un hombre, comparte sus privilegios. Cualesquiera sean estos privilegios, ella se convierte en participante de ellos y los comparte. Aquí el apóstol está diciendo que esto es cierto en cuanto a la iglesia. ¿Qué es lo que compartimos? Compartimos el amor del Padre. Hay un versículo que en muchas maneras me resulta ser el versículo más asombroso de toda la Biblia. Se encuentra en Juan 17:23. El Señor dice: "Para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". El propósito de esta declaración es indicar que Dios el Padre nos ha amado a los cristianos como ha amado a su propio Hijo. Esto significa que en virtud de nuestra relación con Jesús nosotros gozamos de la misma relación con Dios. Imagínese a un hombre, sin hijas, cuyo hijo se ha casado. Ahora dice a la novia de su hijo: "Tú eres mi hija. Nunca antes he tenido una hija, pero ahora tú eres mi hija". Y entonces la considera como tal. Ella es una con su hijo, por eso él le concede su amor paternal—"Para que el mundo conozca... que los has amado a ellos como también a mí me has amado". En eso consiste el privilegio. El resultado es el siguiente: gracias a ese privilegio, ahora tenemos acceso al Padre. Un padre siempre está dispuesto a recibir la novia de su hijo. Antes ella no tenía ese acceso; faltaba esa relación; pero desde que ella se ha casado con el hijo ella tiene el derecho de aparecer en la presencia del padre. Así como un padre está dispuesto a recibir a su hijo y darle privilegios que él no daría al más favorito de sus siervos ni al de mayor confianza, así ahora los concede a la novia por el hecho de ser la esposa de su hijo. Pueblo cristiano, ¿hacemos uso de este gran privilegio? ¿Comprendemos que tenemos derecho a entrar en su presencia, que tenemos acceso a la presencia del Padre? Aunque él es quien gobierna todo el universo, si tiene una necesidad, recuerde que le asiste el derecho de entrar a su presencia. Por amor a su Hijo, él no le rechazará. Esposa de Cristo, él siempre te escuchará, él siempre tendrá tiempo para ti. No hay mayor privilegio que éste. El nos ama como ama a Su Hijo, y nos da este derecho de ir a él y de tener entrada a su santa presencia.

Sin embargo, yo les estoy dando solamente los encabezamientos de temas que deberían motivarles a la meditación. Deberíamos dedicar más de nuestro tiempo a estos temas, pensando en ellos. Cuando se arrodille para orar, no comience a hablar inmediatamente; deténgase y piense. Piense aún antes de arrodillarse. Sea consciente de lo que está haciendo; recuerde quién es, y porqué es quién es, recuerde su ser verdadero y los derechos y privilegios que le han sido concedidos. Luego considere las posesiones que el Señor nos da. Somos participantes de sus posesiones. En una extraordinaria declaración escrita a la iglesia de Corinto, el apóstol Pablo dice: "¿Por qué se están afanando? ¿Por qué están divididos entre ustedes y celosos los unos de los otros, y envidiándose? ¿Qué es lo que les pasa? Todo es vuestro". ¡Todas las cosas! No me importa lo que ellas sean, dice Pablo, todas son vuestras. ¿Por qué? 'Porque vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios'. Estudien esto cuidadosamente al final de 1 Corintios 4.

Vuelvo a preguntar: ¿No tengo razón al decir que en la actualidad la verdadera tragedia de la iglesia es no comprender la realidad acerca de sí mismo? 'Todo es vuestro'— ¡Todo! En un sentido, el cosmos es nuestro porque pertenecemos a Cristo. El apóstol estaba entusiasmado por este conocimiento; y la prueba de nuestra fe cristiana, y la prueba de nuestra espiritualidad es que estas cosas nos motivan y nos entusiasman. Quizás tengamos que vivir tiempos difíciles, quizás la gente se ría por el hecho de ser cristianos. ¿Sabemos lo que hemos de decirnos a nosotros mismos? Hemos de decir, "Somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Rom. 8:17). Poca importancia tiene lo que el mundo pueda pensar o decir de nosotros. 'Todo es vuestro', los cristianos son 'coherederos con Cristo'.

Pero, yo tengo preferencia especial por la forma en que esto es expresado por el Escritor de Hebreos 2:5. Ya lo he citado, pero vuelvo a hacerlo: "Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando". Es lamentable que la Versión Reina-Valera lo haya traducido de esta manera. Es una traducción tosca, es una negativa rara. 'Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando'. Esto significa que 'El no ha sujetado al mundo venidero del cual hablamos a los ángeles, sino a nosotros'. ¿Qué significa 'mundo venidero' del cual está hablando? El 'mundo venidero' del cual está hablando es este mundo antiguo en el cual vivimos actualmente nosotros. ¡Sí! es el mismo mundo, pero no en las mismas condiciones. Es este mismo mundo, pero, después que haya venido Cristo y haya destruido a todos sus enemigos y a todo el mal y a todo vestigio de maldad; después que haya ocurrido el gran juicio, la purificación, la regeneración, y cuando haya 'cielos nuevos y una tierra nueva' en los cuales moren la justicia. Ese es el 'mundo venidero' del cual está hablando. Esto constituye una parte vital de la esencia del mensaje cristiano. El mundo que habitamos en este momento es solo un mundo pasajero; no es el mundo real, no es el mundo que durará para siempre. El mundo que vemos ahora es el resultado de lo que el hombre ha hecho con él. Vemos el caos que el hombre ha producido. El mundo en sí, por supuesto, está muy interesado en lo visible y en el presente; y todo el mundo se pregunta qué consecuencias tendrá la consulta internacional más reciente: ¿habrá desarmamiento, será eliminada la guerra, será todo perfecto por el resto de la historia? Pero, todo ello es vanidad. Este es un mundo malo, y el mal y el pecado se seguirán manifestando en él hasta que llegue la hora del juicio establecido por Dios. Pero, hay un 'mundo venidero'; es la nueva Jerusalén que descenderá del cielo, este mundo antiguo restaurado a su gloria prístina, este viejo mundo tal como Dios lo hizo en el comienzo, pero con mayor gloria aun. Esto ocurrirá en la segunda venida de Cristo. El mismo habitará en este mundo, él y su esposa con él. Ese es el 'mundo venidero acerca del cual estamos hablando' ¿Quiénes van a habitar ese mundo, quiénes van a heredar ese mundo? Bien, dice la epístola, no serán los ángeles: 'Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero acerca del cual estamos hablando' sino a nosotros. Nosotros somos los herederos de esta gloria venidera. Pueblo cristiano, ¿alguna vez se ha imaginado esto? ¿Alguna vez se lo ha recordado? Pueden estar teniendo dificultades al luchar contra el mundo, la carne y el diablo; pueden estar enfrentando dificultades y obstáculos. ¡Apártense de eso! ¡No miren eso solamente! "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Cor. 4:18). ¡Levanten las cabezas, ustedes comparten la herencia de Cristo, sus posesiones! Ustedes están casados con él—o mejor dicho, él se ha casado con ustedes—y él pone estas cosas en sus manos. Ustedes son participantes de sus posesiones.

Permítanme acentuar nuevamente que nosotros somos participantes de sus intereses, de sus planes y propósitos. 'Colaboradores con Dios'. No piense en su iglesia local o en alguna otra iglesia en simples términos de lo que usted es o lo que hace. Lo mismo se aplica a su denominación o movimiento. Elévese por encima de ello y considere los intereses del Señor. Vuelvo a citarlos: 'Vosotros sois la luz del mundo'. El Señor tiene un propósito con este mundo y nosotros estamos implicados en él y somos participantes de ese propósito. El esposo le dice todo a su esposa. Ella conoce todos sus secretos, todos sus deseos, toda ambición, toda esperanza y todo proyecto que alguna vez pasa por sus pensamientos. Ella es uno con él. El le comenta cosas que jamás le comentaría a otra persona; él comparte todo con ella, no hay nada guardado, no hay nada oculto. Esa es la relación de esposo y esposa. Esa también es la relación de Cristo y la iglesia; somos socios suyos en este negocio de salvar a los hombres. ¿Conoce ese interés suyo? ¿Siente esto, piensa acerca de esto, aprecia el privilegio de participar en el secreto? ¿Siente algo de la carga, y está ayudándole? Ese es el propósito de un cristiano, para eso también existe la esposa—una ayuda idónea— y la iglesia es la esposa de Cristo. ¿Cuántas veces ora por el éxito de la predicación del evangelio? ¿En qué medida está preocupado por el mensaje evangelístico de la iglesia? ¿Piensa acerca de esto, se siente parte de ello, ora por

ella? Una esposa digna de ese nombre no necesita ser exhortada para interesarse en los asuntos de su marido; para ella es el mayor privilegio ser de ayuda a su esposo; para ella es de interés vital todo lo que él hace, y su éxito. La iglesia es la esposa de Cristo; él comparte todo con nosotros. Seamos conscientes de estas cosas y elevémonos a la dignidad y al privilegio de todo ello.

Pero permítanme mencionar algo que, en mi opinión, es uno de los aspectos más fascinantes y encantadores de todo esto. El Señor no solamente comparte sus posesiones, sus intereses, sus planes y sus propósitos con nosotros; también comparte sus servidores con nosotros. Quizás haya sido una cenicienta, la iglesia toda fue una cenicienta, en sus harapos, sirviendo de esclava y teniendo una vida dura y dificultosa, haciendo todos los trabajos de las otras hermanas. Pero, la cenicienta se casó con el príncipe. ¿Y qué ocurre? En vez de ser esclava, ella ahora tiene sus propios sirvientes. ¿Los sirvientes de quién? ¡Los sirvientes de su esposo! Por haberse convertido en la esposa del príncipe, todos sus siervos ahora son siervos de ella; y ellos le obedecen así como le obedecen a él. ¿Se había dado cuenta de que todo esto se aplica a nosotros? Volvamos una vez más a Hebreos 1. El escritor está comparando y contrastando al Señor Jesucristo con los ángeles, y he aquí la forma de expresarlo: "Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?" Luego dice: "¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?"

Lo que esto significa es que por el hecho de ser cristianos los ángeles de Dios son nuestros siervos. Así es como la epístola describe a un ángel. Y un ángel es un 'espíritu ministrador' enviado para servir y ministrarnos a nosotros los herederos del 'mundo venidero' del cual él está hablando. Me temo que nosotros descuidamos el ministerio de los ángeles; no lo consideramos lo suficientemente. Pero, seamos conscientes de ello o no, existen los Ángeles que se preocupan por nosotros; ellos están alrededor de y sobre nosotros. Nosotros no los vemos, pero eso no importa. No vemos las cosas de mayor importancia sino que solamente vemos lo visible. Sin embargo, estamos rodeados por ángeles; y éstos han sido designados para protegernos y ministrarnos a nosotros, ángeles guardianes. No pretendo comprenderlo todo; no sé más de lo que la Biblia me dice—pero sí sé esto, que los siervos del Señor, los ángeles, son mis siervos. Ellos nos están rodeando completamente, ellos nos protegen y ellos manipulan las cosas en nuestro favor de una forma incomprensible para nosotros. Y yo también sé que llegada la hora de morir, ellos nos llevarán al lugar designado para nosotros. Es el mismo Señor Jesús quien enseñó este hecho en la parábola del rico y Lázaro en Lucas 16. Se nos dice que el hombre rico murió y fue sepultado. Pero ¿qué ocurrió con Lázaro? Fue 'llevado por los ángeles al seno de Abraham'. ¿Somos conscientes de que los ángeles de Dios nos están ministrando porque nosotros somos la esposa del Hijo? Desde el comienzo ellos le han estado ministrando a él, y le han servido; y en virtud de la nueva relación ellos son nuestros servidores, ministrándonos a nosotros. ¡Quiera darnos Dios la gracia de comprender Que estamos rodeados por tales ministerios, y servicios, y tales ministros! Nada puede dañarnos; ellos están presentes, enviados por él para ocuparse de nosotros.

Pero recuerden que también participamos en sus problemas y preocupaciones y en su sufrimiento. El dijo, 'Si ellos me han perseguido a mí, también los perseguirán a ustedes'. Incluso habló de odio. ¿Compartimos algo de sus problemas? ¿Somos conscientes de esto? "Hijitos míos" dice Pablo a los gálatas, "por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros". El percibía algo del dolor. Pero él lo dice de una forma mucho más impresionante en Colosenses 1:24: "Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia". El apóstol Pablo era tan consciente de esta relación con el Señor Jesucristo que decía estar cumpliendo en su carne 'lo que falta de las aflicciones de Cristo'. Una esposa digna de ese nombre sufre cada vez que su marido sufre; ella sufre en su corazón cuando lo ve a él sufriendo; ella lo comparte con él, ella lo soporta con él. Así el apóstol Pablo cumplió en su propia carne algo de lo que faltaba del sufrimiento de Cristo al desarrollar éste su propósito en el mundo, el apóstol cumplió algo de la agonía del Hijo de Dios que continuará hasta el 'día de coronación'. La iglesia es la esposa de Cristo. ¿Conocemos nosotros como parte y porción del cuerpo algo de esta agonía, de este sufrimiento, del sufrimiento de la Cabeza?

Finalmente, nosotros participamos en toda la gloria del futuro. Una vez más me refiero al 'mundo venidero'. "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros seréis manifestados con él en gloria" (Col. 3:4). "Una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin



mancha"—cuando él venga en su gloria. Si para ese entonces nosotros hemos muerto vendremos con él; si aún vivimos seremos transformados y arrebatados para reunimos con él en el aire. Nosotros compartiremos la gloria eterna con el Hijo de Dios. Esta es la oración especial de Jesús al Padre (Jn. 17:24): "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado. La gloria que me diste, yo les he dado". Nosotros la compartiremos con él a lo largo de toda la eternidad. ¿Hay algo que se compare a esto, a ser miembros del cuerpo de Cristo, a ser como partes de la iglesia, la esposa de Cristo?

Qué vergüenza nuestra debilidad, nuestra impotencia, nuestras quejas, nuestro letargo, la semi envidia que sentimos del mundo y de la así llamada vida maravillosa que tiene, de su gozo y de los así llamados deleites. Este es un mundo agonizante; es un mundo malo; está bajo condenación; y va a desaparecer. Ya está desapareciendo. Pero nosotros tenemos esta gloria a futura, la gloria que en aquel gran día hemos de compartir con el Señor Jesucristo. La gloria de ese 'mundo venidero' es indescriptible; y en ella hemos de vivir y reinar con él.

Habiendo tomado por esposa a la iglesia, él le concede todo esto. Su futuro es nuestro, su gloria es nuestra, todas las cosas son nuestras. 'Los mansos recibirán la tierra por heredad'. Hemos de reinar con él sobre todo el universo, hemos de juzgar a los ángeles. ¡Nosotros! ¡Eso es el cristiano! ¡Esa es la iglesia cristiana como esposa de Cristo!

## **Parte 4**

### **LOS DEBERES DEL ESPOSO Efesios 5:25-33**

Al considerar esta declaración hemos visto que contenía dos temas principales. Uno de ellos se refiere a la relación entre el Señor Jesucristo y la Iglesia, y el otro a la relación entre marido y esposa. La enseñanza del apóstol es que sólo entenderemos verdaderamente la relación de marido y esposa en la medida que entendamos la gran doctrina de Cristo y la iglesia. Por eso hemos estado considerando en primer lugar la doctrina de Cristo y la iglesia; habiéndolo hecho, ahora estamos en condiciones de comenzar a aplicar esto particularmente a los esposos, aunque, como se nota, el apóstol tiene cuidado hacia el final (v. 33) de considerarlo también desde el aspecto y punto de vista de la esposa. La aplicación de la doctrina es presentada por los términos 'así como' y 'como'. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como...'. Luego al final, 'Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo'. En otras palabras, está desarrollando la comparación de la relación de Cristo y la iglesia que nos presentó anteriormente, en términos de la relación entre marido y mujer.

Entonces, al enfocar la aplicación me parece que la mejor manera de hacerlo es dividir el tema en dos partes principales. La primera es aquella que enseña ciertos principios con respecto a los esposos y sus mujeres. Luego, habiendo establecido los principios generales, podemos continuar a la segunda parte que es la aplicación detallada y práctica de los principios a la situación concreta.

Los principios generales, según yo los veo, son los siguientes: Primero, debemos comprender en conexión con el matrimonio como con todo lo demás en la vida cristiana, que el secreto del éxito consiste en pensar y comprender. Eso sin duda es obvio en la superficie misma de este pasaje. En la vida cristiana nada ocurre automáticamente. Este es un principio muy profundo y creo que la mayoría de nuestros problemas tienen su origen en nuestra tendencia a creer que ellas sí ocurren automáticamente. Nosotros persistimos en aferrarnos a un concepto semi-mágico de la regeneración. Según esto, debido a lo que nos ha ocurrido, el resto de la historia es sencillamente éste: 'y vivieron felices para siempre'. Pero por supuesto sabemos que esto no es cierto. En la vida cristiana hay problemas. Sin embargo, tantas personas no alcanzan a comprender que no se trata de algo que opera automáticamente y, en consecuencia, se meten en problemas y dificultades. Obviamente el antídoto para ello consiste en pensar, en tener un entendimiento, en razonar el asunto a fondo.

Eso es algo que el mundo no hace. El problema con el mundo, finalmente, conforme a la enseñanza de la Biblia, es que no piensa. Si la gente tan sólo pensara, la mayoría de sus problemas quedarían resueltos. Tome por ejemplo el problema de la guerra. La guerra es algo inherentemente ridícula, insana. ¿Por qué entonces lucha la gente entre sí? La respuesta es, porque no piensan. Actúan instintivamente, son gobernados por instintos primitivos tales como el deseo y la avaricia, el enojo, etcétera; y golpean antes de pensar. Si la gente solo se detuviera a pensar, no habría más guerra. Por supuesto, la falacia de los humanistas consiste en creer que lo único que hay que hacer es decir a la gente que debe pensar. Pero mientras las personas sean pecadoras no pensarán. Estas fuerzas elementales son tanto más poderosas que las fuerzas racionales, y por tanto el 'hombre en pecado' es siempre irracional.

Cuando nos convertimos en cristianos, todavía debemos acentuar este mismo principio. Ni siquiera el cristiano piensa automáticamente; se le debe enseñar a pensar. Por esto se escribieron las epístolas del Nuevo Testamento. ¿Por qué fueron escritas? Si un hombre al convertirse en cristiano, automáticamente obra el bien, ¿por qué tuvo que escribir el apóstol estas epístolas? O si se puede recibir su santificación de una sola vez, en una sola bendición, ¿por qué fueron escritas estas epístolas? Pero aquí están, llenas de razonamientos, llenas de argumentos, llenas de demostraciones, analogías y comparaciones. ¿Por qué? Para enseñarnos a pensar, para enseñarnos a desarrollar estos asuntos y a crecer en entendimiento.

El apóstol demuestra que en relación con todo este tema del matrimonio el pensar es de esencial importancia. El mundo considera el matrimonio de la siguiente manera. En primer lugar da por sentadas en mayor o menor medida grandes cosas. Confía en lo que llama 'amor', descansa en los sentimientos. Dos personas dicen haberse 'enamorado' mutuamente y en base a eso contraen matrimonio. No se detienen a pensar o a hacer preguntas; el hacerlo constituye una rara excepción. Son impulsados y animados y arrastrados sintiendo que todo inevitablemente va a salir bien y que su felicidad tiene garantía de duración, que por lo tanto nunca podrá fracasar. Todo esto es alentado por la literatura popular y por las películas que se exhiben en los cines y en el hogar en la pantalla del televisor. Pero, luego lee los diarios y sus informes y descubre que sí fracasa. ¿Por qué fracasa? La respuesta es porque nunca han considerado el asunto en profundidad. En consecuencia, no están a la altura de las pruebas y tensiones y presiones que inevitablemente deben aparecer a medida que la vida es vivida día tras día con sus cargas y su cansancio físico y las tantas otras cosas que producen dificultades. Y puesto que esas personas nunca habían considerado el asunto a fondo, luego no tienen donde apoyarse. Actuaron basados en un sentimiento, en un impulso; actuaron impulsados por las emociones. La mente apenas tiene alguna participación en todo ello y el resultado es que al enfrentar las dificultades no tienen argumentos en los cuales apoyarse. No saben qué hacer; todo parece haberse desvanecido; y esto les causa pánico y luego solicitan el divorcio. Muchas personas repiten el mismo proceso una y otra vez. La causa de todo el problema es una carencia de entendimiento, el hecho de no pensar.

Cuando considera la posición cristiana, descubre que la principal diferencia es ésta—que el cristiano es exhortado a pensar y a comprender y se le provee una base sobre la cual puede hacerlo así. Ese es el significado y propósito de la enseñanza que se nos provee aquí; de modo que no tenemos excusa si la pasamos por alto. El mundo carece de una enseñanza similar; en cambio nosotros ya no estamos en esa condición. De modo que la primera cosa que se nos recuerda mediante este párrafo es que debemos pensar. Incluso nos dice cómo hacerlo y nos lo presenta en forma detallada. Ese es el primer principio.

El segundo principio es que como cristianos nuestro concepto del matrimonio debe ser positivo. Corremos el peligro de considerar el matrimonio entre cristianos como esencialmente similar al de otras personas. La única diferencia sería que ambos cónyuges son cristianos mientras que otros no lo son. Ahora bien, si todavía tenemos ese concepto del matrimonio, nuestra consideración de este gran párrafo ha sido totalmente en vano. El matrimonio cristiano, el concepto cristiano del matrimonio, es algo esencialmente distinto a todos los demás conceptos. Eso es, sin duda alguna, el resultado que ha surgido de nuestro trabajo al abrimos paso a través de este párrafo.

Aquí se nos ofrece un concepto del matrimonio que no es posible sino en la fe cristiana; el matrimonio es elevado a la posición de la relación entre el Señor Jesucristo y la iglesia. De manera que la actitud del

cristiano hacia el matrimonio siempre es positiva. El cristiano siempre debe perseguir esta meta. El concepto del cristiano no debe ser negativo en el sentido de creer que por la introducción de ciertos factores nuevos, el matrimonio va a durar mientras que otros no lo harán. Eso es un concepto totalmente negativo. No se trata simplemente de evitar ciertas cosas que se dan en otros; también debemos tener este ideal, este concepto positivo del matrimonio. Se trata de algo que siempre debemos considerar en términos de la relación del Señor Jesucristo y la iglesia. Debemos aprender a probarnos a nosotros mismos constantemente, haciéndonos esta pregunta: ¿Realmente responde mi vida matrimonial a esa relación? ¿Manifiesta mi vida matrimonial esa relación? ¿Es gobernada por ella?

En otras palabras, siendo cristianos no nos limitamos a pensar en estas cosas durante los primeros meses de casados. Seguimos pensando y continuamos pensando en ellas. A medida que crecemos en la fe cristiana y crecemos en gracia, más pensamos en nuestro matrimonio y más nos preocupa que se conforme a este patrón celestial, a este ideal glorioso de la relación entre el Señor Jesucristo y la iglesia. Esto es algo difícil de expresar en palabras. Lo que estoy tratando de expresar es que la gran diferencia entre el matrimonio de personas cristianas y el matrimonio de personas incrédulas es que en el caso de aquellos el matrimonio paulatinamente se hace más maravilloso; con el tiempo llega a ser más glorioso, a medida que se conforma y a medida que logra alcanzar ese alto ideal. Sin duda todos nosotros vemos el significado de esto a medida que lo aplicamos a lo que con tanta frecuencia es cierto en el matrimonio, y no solamente en el de personas no cristianas sino lamentablemente también entre personas cristianas. Según el concepto cristiano del matrimonio, éste continúa creciendo, desarrollándose y aumentando.

Mi tercer y último principio general surge de la totalidad de esta exposición y consiste en esto: en el análisis final, la causa del fracaso en el matrimonio siempre es el ego y las varias manifestaciones del mismo. Por supuesto, esa es la causa de los problemas en todas partes y en cada esfera. El ego y el egoísmo son las mayores fuerzas destructoras del mundo. Todos los grandes problemas que confrontan al mundo ya sea que uno mire el asunto desde el punto de vista de las naciones y de los estadistas, o desde el punto de vista de la industria y de las condiciones sociales, o desde cualquier otro punto de vista, todos estos problemas a fin de cuentas, provienen del ego, de 'mis derechos', de lo que 'yo quiero', y de '¿quién es él?' o de '¿quién es ella?'. El ego con sus horrendas manifestaciones siempre causa problemas porque cuando dos 'egos' se oponen mutuamente, inevitablemente se produce un choque. El ego siempre quiere todo para sí mismo. Eso se aplica al mío, pero se aplica igualmente también al suyo. Entonces hay al mismo tiempo dos poderes autónomos que nacen del ego y hacen que el choque sea inevitable. Ese tipo de choques ocurren en cada nivel, desde el nivel personal hasta el de las grandes comunidades e imperios y naciones.

La enseñanza del apóstol en los versículos que estamos considerando tiene el propósito de mostrarnos cómo evitar las calamidades que resultan del ego. Por ese motivo me tomé tanto trabajo en acentuar el versículo 21 antes de comenzar a considerar el tema del matrimonio. Esta es la clave para todo el párrafo—'sometiéndonos unos a otros en el temor de Dios'. Ese es el principio básico, y debe ser cierto en todos los miembros de la iglesia cristiana. Estemos casados o no, todos debemos estar sometiéndonos unos a otros en el temor de Dios. Luego el apóstol prosigue para aplicar el principio al caso particular del hombre y la mujer, del marido y la esposa, y lo ha hecho en forma tan nítida y clara que seguramente nadie dejará de comprenderlo. ¿Cuál es la esencia del matrimonio? Según el apóstol es esta unidad—estos dos, esta pareja que se ha convertido en una carne. Entonces debe dejar de pensar en ellos como dos, ahora son uno. Por eso cualquier tendencia por afirmar el ego inmediatamente choca contra el concepto fundamental del matrimonio. El apóstol dice que en el matrimonio debería ser imposible que surja semejante conflicto, porque pensar en estos dos como si fueran dos es negar el principio básico del matrimonio, es decir, es negar que ellos sean uno. 'Estos dos serán una carne'. La esposa es 'el cuerpo' del esposo, así como la iglesia es el cuerpo de Cristo. Entonces tenemos aquí, sobre todas las cosas, la denuncia final del ego y de todas sus horrendas manifestaciones; además se nos muestra aquí la única forma en que podremos finalmente ser librados de él.

Estos son los tres principios generales que en el matrimonio fundamentan la aplicación práctica de la doctrina de la relación del Señor Jesucristo con la iglesia. Ahora el esposo debe ser gobernado por estos principios. ¿Cómo se traduce esto a la práctica? Primero que todo, el esposo debe comprender que su esposa es una parte de él mismo. Esto no lo sentirá instintivamente; será preciso enseñárselo; y la Biblia lo enseña

en todas partes. En otras palabras, el esposo debe comprender que él y su esposa no son dos; son uno. El apóstol sigue repitiendo que: 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos'. 'El que ama a su mujer, a sí mismo se ama'. 'Los dos serán una sola carne'. 'Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos'. Todo esto es cierto respecto de nuestra relación con el Señor, pero, también es cierto en esta otra relación.

Por lo tanto yo quisiera expresarlo diciendo que no es suficiente considerar a nuestras esposas como socias. Ellas son socias, pero son mucho más que eso. Puede tener dos hombres de negocios que son socios, pero no es esa la analogía. La analogía va mucho más allá. No es una cuestión de sociedad, aunque se incluye esa idea. Hay otra frase usada con frecuencia—al menos se la solía usar con frecuencia—que lo expresa de manera mucho mejor, y que me parece ser una declaración inconsciente de la enseñanza cristiana. Esa expresión usada por hombres al referirse a sus esposas como 'mi mejor mitad'. Ahora bien, esto es completamente correcto. Ella no es una socia, ella es la otra mitad del hombre. 'Los dos serán una carne'. 'Mi mejor mitad'. Precisamente la palabra 'mitad' expresa todo el caso que el apóstol está elaborando aquí. No estamos tratando con dos unidades, dos entidades, sino con las dos mitades de una unidad—'Los dos serán una carne'. Por lo tanto, a la luz de esto, el esposo ya no debe pensar en singular o individualmente. Eso según el apóstol debería ser totalmente imposible en el matrimonio, porque 'el que ama a su mujer, a sí mismo se ama'. En un sentido no está amando a otra persona, se está amando a sí mismo. Esa es la clase de diferencia obrada por el matrimonio.

Entonces, a nivel práctico, todos los pensamientos del esposo deben incluir también a su mujer. Nunca debe pensar de sí mismo en forma aislada o separada. Tan pronto lo hace ha quebrantado el principio más básico del matrimonio. Es algo que todo el mundo puede ver cuando ocurre a nivel físico, pero el verdadero daño ocurre antes, a nivel intelectual y espiritual. En cierto sentido tan pronto un hombre piensa en sí mismo en forma aislada ha quebrantado el matrimonio. ¡Y no tiene derecho a hacerlo! En cierto sentido no puede hacerlo porque la esposa es una parte de sí mismo. Pero si de todos modos ocurre, él ciertamente estará infligiendo un grave daño a su esposa; y este es un daño que lo afectará a él mismo puesto que ella es una parte de él. Por lo tanto él estará actuando incluso contra sí mismo; si tan sólo se hubiera dado cuenta de ello. En consecuencia, su pensamiento nunca debe ser personal en el sentido de ser individualista. El solamente es la mitad, y lo que él hace implica necesariamente a la otra mitad. Lo mismo se aplica a sus deseos. Nunca debe tener ningún deseo para sí mismo. Ya no es un sólo hombre, en ese sentido ya no es libre; su esposa es afectada por todos sus deseos. Por lo tanto, es responsabilidad suya ver de estar siempre totalmente despierto a estas consideraciones. En otras palabras, nunca debe pensar de su esposa como de una añadidura. Ni mucho menos—y lamento tener que utilizar esta expresión—como de una carga; sin embargo, hay muchos que así lo hacen.

Para resumirlo, éste es un gran mandamiento dado a hombres casados en el sentido de nunca ser egoístas. Por supuesto tampoco la esposa debe ser egoísta. Cada cosa se aplica a ambas partes pero aquí estamos considerando particularmente a los maridos. Ya hemos visto que la mujer debe someterse a él. Al hacerlo así ella actuaba sobre el mismo principio; ahora bien, esta es la parte que le toca al marido. Por lo tanto, él debe recordar deliberada y constantemente acerca de la realidad que vive en la condición de hombre casado y esa realidad debe gobernar y controlar todos sus pensamientos, sus anhelos, y todos sus deseos, en efecto, la totalidad de su vida y actividad.

Pero podemos extendernos mucho más allá y expresarlo de manera más fuerte. El versículo 28 termina con estas palabras, 'El que ama a su mujer, a sí mismo se ama'; pero recordamos que el apóstol al describir la relación entre el Señor y la iglesia ha utilizado la analogía del cuerpo. Dice el apóstol en el mismo versículo, 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos'. Luego en el versículo 29 desarrolla este tema diciendo: "Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia". Esta es entonces la enseñanza: no solamente debemos comprender que el esposo y su mujer son uno, sino que además, el esposo debe comprender que la esposa, conforme a esta analogía del cuerpo, es en realidad una parte de él mismo. La actitud de un hombre hacia su esposa, dice el apóstol, debe ser, por así decirlo, la actitud hacia su cuerpo. Esa es la analogía—y es mucho más que una analogía. Ya hemos considerado el asunto tal como se enseña al final del capítulo dos de Génesis. La mujer

originalmente fue tomada del cuerpo del hombre. Allí tenemos la prueba de que ella es una parte del hombre, una prueba que también describe la característica de la unidad. Por eso al hombre se le dice: 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos'. Ahora bien, esta pequeña palabra 'como' es de suprema importancia porque podemos fácilmente mal interpretarla. El apóstol no dice: "De la misma manera en que los esposos aman a sus cuerpos también deben amar a sus esposas". No es ese el significado. El significado es éste, 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres porque ellas son sus propios cuerpos'. Un hombre ama a su esposa como a su cuerpo—eso es lo que está diciendo. No 'como' él ama a su cuerpo así debe amar a su esposa. ¡No!, un hombre debe amar a su esposa como a su cuerpo, como parte de él mismo. Así como Eva fue una parte de Adán, tomada de su costado, así la esposa lo es del hombre, ella es parte de él.

Estoy haciendo énfasis en esto por la razón que el apóstol establece claramente, esto es, a fin de mostrar que el matrimonio contiene este elemento de indisolubilidad, el cual, como yo entiendo la enseñanza bíblica, sólo puede romperse por el adulterio. Pero lo que ahora queremos expresar es que el apóstol lo construye en esta forma a fin de que el esposo pueda darse cuenta de que no puede separarse de su esposa. No se puede separar de su propio cuerpo, y así tampoco se puede separar de su propia esposa. Ella es una parte suya dice el apóstol. Debe recordarlo siempre. No puede vivir aisladamente, no puede vivir separadamente. Si comprende esto no correrá el peligro de pensar en separación, no correrá peligro de querer y anhelar o desear ningún tipo de separación. Menos aun puede haber antagonismo u odio. Nótese como lo expresa el apóstol: "Nadie", dice para ridiculizar el asunto, "Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia". De manera que cualquier elemento de odio entre esposo y esposa es absoluta locura; y sólo indicaría que el hombre no tiene concepto alguno de lo que significa el matrimonio. 'Nadie aborreció jamás su propia carne', y la esposa es su propia carne; ella es su cuerpo; él ha de amar a su esposa como a su propio cuerpo.

¿A dónde nos conduce esto en la práctica? Aquí estoy considerando enseñanzas muy detalladas que todos necesitan, tanto personas cristianas como otras. Dios sabe que todos hemos fracasado; todos hemos pecado por no comprender esta enseñanza y por no aplicarla detalladamente. El principio es que la mujer es el cuerpo del hombre. De modo que lo que el cuerpo significa a la personalidad del hombre, eso le debe significar su esposa. De ello resulta la enseñanza detallada del apóstol. ¿Cómo va a tratar el hombre a su mujer? Permítanme dar primero algunos ejemplos negativos. El no debe abusar de ella. Un hombre puede abusar de su cuerpo, y muchos hombres lo hacen, comiendo demasiado, bebiendo demasiado y de diversas otras maneras. Eso es abusar del cuerpo, maltratarlo, ser grosero con él. Ahora bien, dice el apóstol, un hombre que hace esto es un necio, porque si un hombre maltrata su cuerpo y abusa de él, él mismo va a sufrir. No puede separarse de su propio cuerpo; y si cree que puede, y abusa de su cuerpo, será el que va a sufrir. Su mente sufrirá, su corazón sufrirá, la totalidad de su vida sufrirá. Podrá decir, "mi cuerpo no me importa; yo vivo una vida intelectual". Sin embargo, si prosigue obrando de esa manera, pronto descubrirá que ya no posee el intelecto que solía poseer, y que ya no puede pensar como antes. Si abusa de su cuerpo, usted es quien va a sufrir. No solamente el cuerpo, sino usted mismo. Es exactamente lo mismo en la relación matrimonial. Si un hombre abusa de su esposa él sufrirá tanto como ella. De modo que además de estar profundamente equivocado, ese hombre es un necio. Si un hombre abusa de su esposa, va a ocurrir un quebrantamiento, no solamente en la esposa sino también en el hombre, y en la relación entre ambos. Sin duda esto es lo que está ocurriendo con tanta frecuencia en el mundo actual. Debería ser imposible pensar que un hombre cristiano pueda abusar de su esposa.

Pero, no se trata solamente de que el esposo no abuse de su mujer. En segundo lugar, tampoco debe descuidarla. Volvamos otra vez a la analogía del cuerpo. Un hombre puede descuidar su cuerpo. Es algo que ocurre con frecuencia, y nuevamente es algo que siempre causa problemas. Descuidar el cuerpo es malo, es necio y es un error. El hombre ha sido constituido de tal manera que se compone de cuerpo, mente y espíritu, y los tres están en íntima relación uno con el otro. Sin duda todos somos conscientes de esto. Considérela, por ejemplo, en términos de la fragilidad del cuerpo. Si yo sufro de laringitis, no puedo predicar aunque quisiera hacerlo. Puedo estar lleno de ideas y de un deseo de predicar, pero si mi garganta está inflamada no puedo hablar. Y así es con el cuerpo entero. Si descuida su cuerpo, usted mismo será

quien sufrirá. Muchos hombres lo han hecho así, muchos eruditos lo han hecho, y por descuidar su cuerpo sufrió su obra. Ello se debe a la unidad esencial entre estas partes de nuestra personalidad.

Ocurre exactamente lo mismo en la relación matrimonial, dice el apóstol. ¡Cuántos problemas se causan en la esfera del matrimonio debido a simples descuidos! Recientemente los médicos han ofrecido evidencias de esto en los diarios, informando de un gran número de esposas que en la actualidad han sido impulsadas a fumar compulsivamente. ¿Por qué? Simplemente porque fueron descuidadas por sus esposos. Los esposos se pasan las noches haciendo deportes o en los clubes o jugando con sus amigos; y la pobre esposa es dejada en casa con los niños y el trabajo. El esposo vuelve de noche justo a tiempo para acostarse y dormir; para luego en la mañana levantarse y salir. El descuido de la esposa conduce a estos estados de neurosis que se revelan en un tabaquismo excesivo y en otras manifestaciones de tensión nerviosa. Es lamentable que un hombre contraiga matrimonio y luego descuide a su esposa. En otras palabras, allí hay un hombre casado, pero que en los asuntos esenciales continúa viviendo como si aún fuese soltero. Aún sigue viviendo su propia vida en forma separada, aún sigue pasando el tiempo con sus amigos.

Yo podría desarrollar fácilmente este tema, pero los hechos son tan familiares que resulta innecesario. Sin embargo, creo detectar una tendencia en el sentido de olvidar este punto particular aun en círculos cristianos, aun en círculos evangélicos. Un hombre casado ya no debe actuar como si fuese soltero; su esposa debe estar implicada en cada uno de sus asuntos. Recientemente recibí una invitación a una reunión social de una organización evangélica; pero la invitación era dirigida a mí solamente sin incluir a mi esposa. Automáticamente la rechacé, como siempre suelo hacer cuando ocurre este tipo de cosas. Aquel fue un ejemplo de una organización evangélica que obviamente no tiene pensamientos muy claros en estos asuntos. Me aventuro a afirmar en forma tajante, que un cristiano nunca debería aceptar una invitación a una reunión social sin su esposa. Muchos matrimonios sufren daños irreparables porque los hombres se reúnen solos en sus clubes sin sus esposas. Eso está mal porque es una negación de principios esenciales. El hombre y la mujer deberían hacer las cosas juntos. Por supuesto, en sus negocios el hombre debe estar solo y hay otras ocasiones cuando debe estar solo; pero si se trata de una reunión social, de algo en que puede participar la esposa, ella debe participar, y es responsabilidad del esposo que ella lo haga así. Sugiero que todos los esposos cristianos rechacen automáticamente toda invitación que les sea dirigida sólo a ellos sin incluir a sus esposas.

Sin embargo, este asunto tiene otro aspecto que con frecuencia me causa gran preocupación. Constantemente estoy oyendo lo que a veces ha sido llamado 'viudas evangélicas'. La expresión significa que el esposo de este tipo especial de mujer es un hombre que sale todas las noches para asistir a una reunión. Su explicación, en efecto, su argumento es que está ocupado en la buena obra cristiana; pero, aparentemente olvida que él es un hombre casado. El otro extremo, por supuesto, es la clase de cristiano que no hace nada, y que da lugar a su propia pereza y pasa todo el tiempo en casa. Ambos extremos siempre son malos; pero por el momento estoy condenando este extremo en particular—el caso del hombre que está tan ocupado con la obra cristiana que descuida a su esposa. He conocido muchos casos de esto. Recientemente oí de uno en el norte de Inglaterra. Es el caso de un hombre que salía todas las noches para hablar en reuniones, organizando esto y aquello. El hombre que me lo contaba confesó que había tenido la tentación de hacer lo mismo, pero de pronto fue alertado al encontrar a la esposa de aquel hombre que todo el mundo estaba admirando. Dijo que la pobrecita mujer parecía ser una esclava; se la veía exhausta, agotada, cansada, descuidada e infeliz y con el corazón quebrantado. La conducta de tal esposo es gravemente pecaminosa. Aunque todo sea hecho en el nombre de la obra cristiana, un hombre no puede y no debe tomar compromisos que lo separen de esa forma de su relación matrimonial, porque la esposa es una parte de él—su 'mejor mitad', no su esclava. Por eso los esposos cristianos deben examinarse a sí mismos en este asunto.

Un hogar no es un dormitorio al cual un hombre regresa para dormir. ¡No! Debe existir esta relación activa, ideal y positiva; es algo que siempre debemos tener bien presente en nuestros pensamientos. En consecuencia, un hombre debe pedir sabiduría de Dios para saber como organizarse a sí mismo en este sentido. No me importa lo que un hombre es; pero si es un hombre casado, no debe comportarse como si fuera soltero, ni siquiera en relación con el trabajo cristiano, porque al hacerlo está negando la enseñanza misma del evangelio que pretende predicar. En este preciso punto se puede ser indeciblemente egoísta. Yo

sé que esto generalmente ocurre como resultado de nada peor que la falta de consideración; sin embargo, la irresponsabilidad generalmente conduce al egoísmo. En todo caso, un cristiano nunca debería ser culpable de irresponsabilidad.

De esta manera prosigo a la tercera aplicación práctica de la enseñanza. El esposo no debe abusar de su esposa, no debe descuidarla, y en tercer lugar, no debe considerarla como una cosa que se da por supuesta. Siempre debe existir el elemento positivo en la relación. La esposa de un hombre, no sólo es una ama de casa; debe haber este elemento positivo. ¿De qué otra manera podría expresarlo? Permítanme utilizar los propios términos del apóstol. El lo expresa de esta manera: "Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino..." ¿Qué? 'que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia'. Recuerda cómo, cuando consideramos estas palabras, nos quedamos asombrados e impresionados por la forma en que el Señor nos sustenta y nos cuida. Y esa es la forma en que el marido debería comportarse con su mujer. 'Sustenta y cuida'. Nuevamente, uno no puede hacer esto sin pensarlo.

Una vez más esto puede ser desarrollado en términos de la analogía según la cual un hombre no aborrece a su propio cuerpo sino que lo sustenta y cuida. ¿Cómo lo hace? En forma sencilla podemos subdividir el tema de esta manera: En primer lugar está el tema de la dieta. Un hombre debe pensar en su dieta, en su comida. Debe tomar suficientes alimentos, debe tomarlos regularmente, etcétera. Y todo esto debe ser elaborado en términos de marido y mujer. El hombre debería estar pensando en lo que ayudará a su esposa, lo que la fortalecerá. Pero, cuando ingerimos nuestros alimentos no sólo pensamos en términos de calorías, o proteínas, grasa, hidratos de carbono; no somos puramente científicos ¿verdad? En este tema de los alimentos entra en juego otro elemento. También somos influenciados por lo que apela al paladar, por lo que nos da placer y deleite. De esa manera debería tratar el esposo a su mujer. El debe estar pensando en lo que a ella le agrada, lo que le da placer, lo que a ella le gusta, lo que ella disfruta. Por supuesto, antes del casamiento se tomaba tiempo para hacerlo; pero, luego, después de casado con frecuencia deja de hacerlo. ¿Acaso no es ésta la dificultad? Muy bien, dice el apóstol, no se debe detener, debe seguir pensando; y si es un cristiano, debe ocuparse más y más en pensar, no cada vez menos. Ese es su argumento. ¿Acaso no nos sentimos todos condenados? Pero esta es la enseñanza apostólica, la enseñanza del Nuevo Testamento. Dieta—considere su persona en su totalidad y de su alma. Debe existir este pensamiento activo respecto del desarrollo de la esposa y de su vida en esta asombrosa relación que Dios mismo ha establecido.

Luego, hay el tema del ejercicio. La analogía del cuerpo lo sugiere inmediatamente. El ejercicio es esencial para el cuerpo; el ejercicio es igualmente esencial en la relación matrimonial. El ejercicio puede significar una cosa tan simple como la conversación. En efecto, con frecuencia he visto problemas matrimoniales por la simple ausencia de conversación. Todos sabemos cuantas cosas se pueden decir aquí a modo de excusa. El hombre está cansado, todo el día ha estado en su trabajo o en su oficina y vuelve al hogar agotado y cansado y sólo desea descanso y paz. Es cierto, pero lo mismo también ocurre con su esposa con la diferencia que tal vez ella ha estado todo el día sola o sólo en compañía de los niños. Sintamos o no deseo de hacerlo, debemos conversar. La esposa necesita este tipo de ejercicio. Háblele de sus negocios, de sus preocupaciones, de sus asuntos, introdúzcala a ellos. Ella es su cuerpo, ella es una parte suya, de modo que debe permitirle hablar al respecto. Consúltela, permítale que ella aporte su entendimiento. Ella es una parte de su vida, de manera que introdúzcala a toda su vida. Oblíguese a conversar. En otras palabras, uno tiene que esforzarse a sí mismo a pensar. Repito una vez más, conozco todas las excusas y cuan difícil es, muchas veces. Pero permítanme expresarlo de esta manera y creo que es un argumento justo. Este hombre estaba igualmente cansado y trabajaba igualmente duro antes de casarse; sin embargo, antes de casarse estaba ansioso por contarle a su novia cuantas cosas había hecho, ansioso por introducirla a todo ello. ¿Por qué ha de cesar eso cuando se casa? No debería cesar, dice el apóstol. El esposo y la mujer son uno. Mírela y considérela como a su cuerpo, y recuerde este elemento del ejercicio. Deliberadamente introdúzcala a todos sus asuntos. Esto será maravilloso para ella; para su desarrollo; y será bueno para usted mismo porque la relación matrimonial entera crecerá y se desarrollará a medida que lo haga.

Y esto nos lleva al cuarto punto, al elemento de protección. Aquí está el cuerpo, necesita alimento, necesita ejercicio; pero además todo hombre necesita aprender a entender su propio cuerpo. El apóstol desarrolla el

argumento. Recuerdan cómo el apóstol Pedro lo expresa: Dice al esposo que recuerde que su mujer es 'el vaso más débil'. Significa que estos cuerpos nuestros están sujetos a ciertas cosas. Todos nosotros somos diferentes aun en sentido físico. Algunos de nosotros estamos sujetos, quizás, a sentir más intensamente el frío o sujetos a temperaturas bajas de un modo en que otros hombres no lo son. Algunos de nosotros estamos constituidos de tal manera que tenemos estos problemas menores; y estamos sujetos a molestas infecciones y diversas otras cosas que nos ponen a prueba. ¿Qué hace un hombre sabio al respecto? Se cuida en gran manera de estas cosas; en el invierno usa un grueso abrigo, quizás use una bufanda; y se abstiene de hacer ciertas cosas. El hombre se protege a sí mismo y a su débil constitución de algunos de los peligros que le salen al encuentro en la vida. 'Así también los maridos deben amar a sus mujeres'. ¿Ha descubierto que su esposa tiene cierta debilidad temperamental? ¿Ha descubierto que ella tiene ciertas características especiales? ¿Acaso es nerviosa y aprensiva; o es demasiado elocuente en sus expresiones? No importa de qué se trate en particular; ella tiene ciertas características que en algún sentido son debilidades. ¿Cuál es la reacción de usted hacia ellas? ¿Le irritan o se siente desilusionado? ¿Tiende a condenarlas y a despreciarlas? Actúe como lo hace con su cuerpo, dice el apóstol. Protégala contra esas debilidades, guárdela de ellas. Si ocurre que su esposa ha nacido con un temperamento de preocupación, muy bien, guárdela de él, protéjala. Haga todo lo que esté a su alcance para guardarla de sus debilidades, y fragilidades; lo que hace por su cuerpo, hágalo por su esposa.

Luego, por supuesto, hay épocas cuando sobrevienen grandes infecciones —una epidemia de gripe, fiebres, cosas que matan a la gente por millares. Correspondiendo a esto, también hay cosas que sobrevienen en la vida matrimonial—pruebas, problemas, tribulaciones que van a poner el matrimonio a prueba hasta el límite mismo.

¿Qué hace usted al respecto? Una vez más ¿qué hace con su cuerpo cuando se enferma de esa manera, cuando le da semejante ataque de gripe con una terrible fiebre? La respuesta es que guarda cama, con una bolsa de agua caliente; adopta una dieta apropiada, etcétera. Hace todo lo que está a su alcance para tratar la fiebre y ayudar a su cuerpo a resistirla. 'De tal manera deben los hombres amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos'. Si hay alguna prueba o ansiedad o problema peculiar o excepcional, algo que pone a su esposa a prueba hasta el límite, entonces, afirmo, el esposo debe salir de su rutina para proteger a su esposa y ayudarla y auxiliarla. Ella es 'el vaso más débil'.

Esto nos conduce al punto final. Trata de proteger su cuerpo contra las infecciones mediante diversas inoculaciones. Aplique todo esto a la vida matrimonial. Haga todo lo que esté a su alcance para desarrollar una resistencia, para preparar a su esposa a encarar los peligros de la vida. Debe edificarla. No lo haga todo solo; pero, edifíquela para que ella también esté en condiciones de actuar; de modo que si usted es llevado por la muerte ella no se quede inerme. Debemos pensar detalladamente en todo esto exactamente como con el cuidado del cuerpo. Y si sobreviene una enfermedad, tenga cuidados especiales, déle los medicamentos apropiados, sálgase de su rutina y haga aquellas cosas extras que promoverán y producirán la restauración de la salud, del vigor y de la felicidad.

Aquí dejamos este tema, en el cual hemos estado viendo un gran principio que es de suprema importancia. Un hombre debe amar a su mujer 'así como' —porque ella es su propio cuerpo. 'Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia'. 'Maridos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la iglesia'.

## **RELACIONES TRANSFORMADAS**

### **Efesios 5:25-33**

Ahora llegamos a la consideración final de esta declaración tan importante y extraordinaria. El apóstol está tratando principalmente el deber de los esposos hacia sus mujeres, aunque en el último versículo, se nota, vuelve a mencionar el deber de las mujeres hacia sus esposos. Lo hace a fin de presentar su enseñanza referida al matrimonio como un todo y en una forma completa. Al aplicar todo esto, hemos visto que el gran



secreto aquí consiste en entender la enseñanza. Entre toda la gente el cristiano debe ser aquel que piensa y razona, aquel que emplea su mente. No hay magia en la vida cristiana. El gran acto de regeneración es operado por Dios, pero tan pronto recibimos la vida, estamos en condiciones de pensar y razonar y de usar nuestro entendimiento. De modo que todas estas epístolas del Nuevo Testamento son dirigidas al entendimiento. Al comienzo mismo de la presente epístola, el apóstol ha orado que sean alumbrados 'los ojos de vuestro entendimiento' por el Espíritu Santo. Vimos pues que lo que el apóstol expuso aquí es esta gran doctrina de Cristo y la iglesia, para luego decir: 'Asimismo, de esa misma manera'.

Aquí hay algunos puntos prácticos que debemos considerar para que nuestra exposición sea completa. Hay aquí ciertos imperativos prácticos de parte del apóstol que están relacionados a esta gran analogía que ha estado usando. El gran principio fundamental es esa unidad. Lo que debemos comprender es esta unidad esencial entre el esposo y la mujer—'y los dos serán una sola carne'. Esta unidad es comparable a la unidad entre el hombre y su propio cuerpo y también a la unión mística entre Cristo y la iglesia.

La unidad es el principio básico en el matrimonio; debido a que mucha gente en este mundo moderno jamás ha tenido idea de lo que implica el matrimonio desde el punto de vista de la unidad, se apegan tan poco a el y quebrantan sus votos y promesas, a tal grado que el divorcio está viniendo a ser uno de los mayores problemas de nuestra época. Jamás llegaron a captar este concepto de la unidad; todavía piensan en términos de su individualidad, y de esa manera tiene en el matrimonio dos personas afirmando cada uno de sus propios derechos y como consecuencia, choques y discordia y separación. La respuesta a todo ello, dice Pablo, es comprender este gran principio de la unidad.

El apóstol ha desarrollado todo esto en términos del cuerpo, pero ahora lo expresa en forma muy explícita recordándonos otra vez lo que dice el segundo capítulo de Génesis en relación con la creación de Eva, tomada del cuerpo de Adán. El propósito fue que Adán tuviese una 'ayuda idónea'. Cuando Dios hizo a Eva para que el hombre y la mujer pudiesen entrar al estado matrimonial, también hizo la declaración de que un hombre debe dejar a su padre y a su madre y unirse a su propia mujer, y que 'ambos serían una carne'. El apóstol cita estas precisas palabras en el versículo 31: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne". Este es un mandamiento dirigido al hombre que se convierte en esposo. Debe dejar a su padre y madre. ¿Por qué debe hacerlo? Debido a esta nueva unidad que está naciendo entre él y su mujer. 'Por esto', dice el apóstol. ¿Qué es esto? El acaba de decírnoslo—'Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos'. Esa es la relación del esposo y la mujer, y debido a esto—'por esto'—un hombre debe dejar a su padre y a su madre para sí ser unido a su mujer.

Este es un punto de suprema importancia. En cierto sentido, es la prueba final de la unidad que existe en el verdadero matrimonio, es una señal externa de la unidad. En otras palabras, el apóstol está diciendo que cuando un hombre se casa, entra a una nueva unidad que rompe con las relaciones anteriores. Ya no estará atado ni sujeto por las relaciones anteriores puesto que ahora comienza una relación de unidad nueva y más íntima. Hasta el momento de casarse, la principal lealtad del hombre era dirigida hacia su padre y hacia su madre; pero ya no es ese el caso; ahora debe 'dejar a su padre y a su madre' y entrar en esta nueva relación. Esta es una declaración impresionante, especialmente en vista de tantas enseñanzas que se encuentran en las Escrituras respecto de la relación entre padres e hijos. La familia es la unidad fundamental de la vida, por eso en el siguiente capítulo el apóstol dirá: 'Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo'. Sin embargo, este imperativo debe ser tomado a la luz de lo siguiente: cuando un hombre se casa ya deja de ser un hijo en ese sentido. Deja a su padre y a su madre y entra a esta nueva unidad. Deja a la que pertenecía antes para entrar a esta unidad nueva, a esta nueva relación. Ahora es cabeza de una nueva unidad, cabeza de una familia nueva.

Es aquí donde mayormente tienden a surgir las tensiones más agudas y donde ocurren las dificultades en la relación matrimonial. Obviamente en todos estos asuntos las declaraciones bíblicas deben ser tomadas en su contexto y con el adecuado razonamiento. Nunca debemos hacernos legalistas en estas cosas. Considérese esta afirmación referida a un hombre 'dejando a su padre y a su madre'. Obviamente esto no significa que nunca más va a tener nada que ver con ellos. El término es 'dejará' de manera que debemos considerar el significado de 'dejar'. Por supuesto se trata de un asunto muy práctico, pero lo importante es comprender las

implicaciones espirituales. Algunas veces esto es interpretado, vuelvo a decirlo, de manera legalista, y entonces la gente se hace severa y casi descortés hacia el padre y la madre. No es esa la enseñanza del apóstol. Lo que al apóstol le preocupa es el principio, y es a él al que debemos prestar nuestra principal atención. En la práctica significa que este hombre en adelante ya no se considerará principalmente como un hijo de sus padres, sino como el esposo de su mujer. Durante toda su vida se ha considerado a sí mismo como hijo de sus padres, y eso era correcto. 'Honra a tu padre y a tu madre' es uno de los Diez Mandamientos. Pero ahora debe hacer un gran ajuste mental; ahora debe pensar los asuntos detalladamente y asumir nuevas responsabilidades y comenzar a vivir una nueva vida. Ya no se encuentra en una condición de subordinación, en cambio ahora se ha convertido en cabeza de una nueva familia. Debe considerarse a sí mismo como tal y debe comportarse como tal. El hecho de dejar a su padre y a su madre en realidad significa que no debe permitir que su padre y su madre lo controlen como lo hicieron hasta el presente. Es aquí donde surgen las dificultades. Durante veinte, veinticinco, treinta años ha existido aquella vieja relación—padre y madre, hijo. Y se ha hecho costumbre y uno piensa instintivamente conforme a esos patrones. Pero ahora este hombre ha contraído matrimonio. Es difícil para él—y tal vez sea más difícil para el padre y la madre—comprender que ha nacido esta nueva relación; sin embargo la enseñanza aquí es que el hombre debe dejar a su padre y a su madre para unirse a su mujer. El hombre debe afirmar y salvaguardar su nueva condición, y, como digo, defenderla contra cualquier interferencia de parte de sus padres. Y en su propio comportamiento ya no debe limitarse a hacer simplemente lo que hacía antes, porque ahora está unido a su mujer. Ya no es lo que era antes. Es lo que era antes—más, y ese 'más' es lo que crea la diferencia entre la antigua y la nueva relación.

Tal es el significado de esta expresión, 'dejar a su padre y a su madre'. El hombre debe afirmar la nueva posición, que ha surgido como resultado de su matrimonio. Y, por supuesto, al considerarlo desde el punto de vista del padre y de la madre la situación debiera ser igualmente clara. Ellos deben reajustarse a sí mismos como su hijo lo hace. Ahora ellos deben comprender que la primera lealtad de su hijo está dirigida a su esposa y que él sería un hombre muy deficiente, un esposo muy deficiente y, por último, un hijo muy deficiente si dejara de mostrar esa lealtad. Ellos no deben interferir en esta nueva vida matrimonial. En el pasado ellos siempre mandaban a su hijo en diferentes maneras, y era correcto que así lo hicieran. Pero, ahora deben dejar de hacerlo; deben reconocer que algo totalmente nuevo ha nacido y que ya no deben pensar en su hijo simplemente como en su hijo. Ahora él está casado, una nueva unidad se ha creado, y todo lo que ellos le hagan a él, al mismo tiempo lo estarán haciendo a su esposa también. De modo que, obviamente, ya no pueden tratarlo como solían hacerlo antes. Todo esto está incluido en la idea de un hombre dejando a su padre y a su madre para unirse a su propia mujer. En realidad, la esencia de la enseñanza del apóstol sobre el matrimonio es que todas las partes implicadas deben comprender el nacimiento de una nueva unidad. Esta unidad no existía antes, pero ahora existe. El flamante esposo debe comprender que ya no es lo que era antes; la recién casada debe comprender que ya no es lo que era antes en su relación a sus padres. Los padres de ambos lados deben comprender que ya no son lo que ellos eran antes. Todas las cosas son diferentes. En virtud de la nueva unidad que ha nacido como resultado del matrimonio debe haber un reajuste en todas las áreas. 'Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre'.

Conforme a la enseñanza bíblica, nada más drástico puede ocurrir que esta doble acción—'dejando' y 'uniéndose'. La familia es la unidad fundamental de nuestra vida terrenal, y aunque el hombre aun sigue siendo hijo de sus padres, y por supuesto, aunque todavía pertenece en ese sentido general a su familia, lo importante es que ahora se ha convertido en cabeza de una nueva familia; en consecuencia debe ser tratado con la dignidad que corresponde a esa nueva condición. Debe pensar en sí mismo de esta forma; no debe volver a pensar en sí mismo como era antes; y tampoco debe permitir que sus padres piensen en él de esa manera. 'Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne'. Tan pronto comprendemos esto, el matrimonio se convierte en lo más importante, por cierto, en el acontecimiento más importante de toda la vida. En consecuencia, cuando asiste a unas bodas debe comprender que está naciendo esta nueva unidad y debe reajustar sus pensamientos y en adelante pensar de la esposa y del esposo en términos de esta nueva relación. Esta nueva condición de casados ahora tiene prioridad sobre toda otra relación humana. Un hombre deja a su padre y a su madre, y lo mismo hace una mujer. Y en la medida en que es comprendido este principio y puesto en práctica verá este matrimonio ideal

que aquí es bosquejado, y se ve la diferencia entre el matrimonio cristiano y el que no es cristiano. Este entonces es el primar mandamiento práctico que el apóstol nos da aquí.

El segundo es, 'Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo'. En cierto sentido ya hemos analizado este punto del apóstol Pablo cuando considerábamos al hombre y la relación con su cuerpo, cuando considerábamos los pensamientos que alienta respecto de su mujer. El mejor comentario sobre este asunto es el que se encuentra en Colosenses 3:19 donde el apóstol dice: 'Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas'. El aspecto negativo allí nos ayuda a comprender el positivo en este último versículo de Efesios 5. Obviamente el gran peligro que corren los maridos es el de asumir una actitud dominante. El hecho que se acentúa es que él es la cabeza, él es el líder, él está en la posición de responsabilidad. Así es como Dios lo ha establecido en el comienzo. Por eso el peligro que siempre corre el hombre es, según lo expresa el apóstol, es el de ser áspero que significa 'ser duro'. El antídoto es, 'cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo'. Uno no es áspero consigo mismo, por lo tanto no lo sea con su esposa, no sea aplastante, no sea dominante.

Esta afirmación, cuando recién fue escrita por el apóstol, fue una de las más asombrosas jamás puestas sobre papel. Cuando leemos sobre el concepto que los paganos tenían del matrimonio, especialmente sobre la actitud típica de los esposos hacia sus mujeres—y, por cierto, no sólo entre paganos, sino también lo que se lee en el Antiguo Testamento—vemos cuan revolucionaria y transformadora es la enseñanza. Las esposas eran virtualmente nada más que esclavas. Toda la noción de la poligamia expresa esta idea. En el primer capítulo del libro de Ester tenemos una heroica ilustración de mujeres que se rebelaron contra ese concepto, tal como el caso de Vasti, la mujer de Asuero. Pero aquello fue una excepción. El concepto global realmente era un concepto de esclavitud, y de esa manera los maridos generalmente eran culpables de esta aspereza, de esta actitud dominante. La esposa no era sino un vasallo, un efecto personal por así llamarlo. Pero tan pronto se introducía el mensaje cristiano la idea entera es completamente transformada y cambiada. En asuntos como éstos es que la fe cristiana hizo tambalear al mundo antiguo conquistándolo durante el primer siglo. Nunca antes se había enseñado algo igual. Se debe parcialmente a que los cristianos vivían esta nueva clase de vida, que el evangelio de nuestro Señor se dispersó en aquel antiguo mundo. Esto es como los cristianos testifican de la verdad del evangelio. La idea de que los cristianos testificaran levantándose y hablando en una reunión no es frecuente en el Nuevo Testamento, si es que se encuentra allí. El testimonio era dado en la vida cotidiana. El hecho de que un hombre hablase amable y afectuosamente a su esposa era algo insólito; y cuando la gente veía esto, comenzaba a preguntar, ¿qué es esto? Sobre todo cuando lo veían en un hombre que, como pagano había sido muy distinto. Una nueva ternura había penetrado su vida humana.

El verdadero matrimonio es una ilustración de la enseñanza Neotestamentaria sobre el amor. Es lo que se encuentra en 1 Corintios 13 puesto en práctica en la relación matrimonial. El tema fue introducido en el versículo 18 Que es la clave a todo esto: 'No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu'. Si uno está lleno del Espíritu será diferente en cada aspecto de la vida y en cada relación. Aquí el apóstol nos está ofreciendo una ilustración de ello—el hogar. Ese es el lugar donde debe Presentarse la evidencia sobre todo; ése es el lugar donde debe juzgarse a un hombre y a una mujer. ¿Cómo son allí en el hogar? Ahora bien, dice el apóstol, que se sepa en el hogar que usted está lleno del Espíritu, de tal manera que cualquier persona que viene a visitarle se quede asombrada e impresionada por esto, y preguntará ¿qué es esto? No hay mayor recomendación respecto de la verdad y del poder de la fe cristiana que esposos cristianos, un matrimonio cristiano, un hogar cristiano. Eso fue lo que ayudó a revolucionar el mundo antiguo. Recuerde entonces el segundo imperativo dado al esposo. Se le ha concedido esta posición de dignidad y liderazgo, y esta condición de ser la cabeza; y si él lo entiende correctamente nunca abusará de ello, nunca lo usará mal siendo áspero o dominante o carente de amabilidad o injusto. Ser culpable de tal comportamiento es una negación del principio del matrimonio y demuestra que allí hay una ausencia del Espíritu.

Pero miremos el otro lado del asunto. El tercer requerimiento es, 'y la mujer respete a su marido'. Aquí el apóstol usa una palabra muy aguda. La versión autorizada la traduce correctamente como 'reverencia'. Sin embargo, en realidad la palabra significa 'temor'. 'Y la mujer tema a su marido'. Pero debemos recordar que existen diferentes tipos de temor. Existe el temor, tal como nos lo recuerda 1 Juan 4 que 'lleva en sí castigo'.

No es ese el temor que aquí menciona el apóstol; él se refiere a 'temor reverencial'. Lo que realmente quiere decir 'deferencia'. 'Y la mujer trate con deferencia a su marido', 'con obediencia respetuosa'. Nuevamente aquí tenemos una idea que el apóstol ya introdujo cuando consideraba el tema de las esposas. El dice, "Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo". Ahora el apóstol nuevamente vuelve a esto diciendo, 'Que la esposa trate a su marido con la necesaria deferencia, con una obediencia respetuosa'.

Quizás el mejor comentario sobre esto se encuentra en 1 Pedro 3:6 donde Pedro en su propio estilo considera exactamente el mismo tema. Pedro toma del pasado el gran ejemplo y patrón de esta enseñanza particular. El lo expresa de esta manera: 'Así mismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos'—la misma idea, 'deferencia'—'para que también los que no creen a la palabra sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas'. Aquí Pedro introduce un asunto levemente distinto al cual me referiré en un momento. Pero, a fin de imprimir esto sobre la conciencia de las esposas él prosigue diciendo, "Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos". Luego en el versículo 6 dice: "como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotros habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza". Siendo interpretado quiere decir algo como esto: La esposa trate con respeto a su esposo; en otras palabras, que reconozca el concepto bíblico y cristiano del matrimonio, que considere al esposo como su cabeza, la cabeza de esta nueva unidad. Los dos son uno, pero la unidad tiene una cabeza, como nuestro cuerpo tiene una cabeza, como Cristo es la cabeza de la iglesia. Puesto que el marido es la cabeza, la esposa debe tratarlo con el respeto que corresponde a una persona que comprende esa relación. De manera que lo que significa para la esposa es que el respeto que antes daba en primer lugar a sus padres, ahora ella lo da a su esposo. Ese también es el significado del imperativo en el Salmo 45:10 que lo expresa de la siguiente manera: "Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre". Aquellas palabras fueron dirigidas proféticamente a la iglesia cristiana; es eso lo que ella debe hacer al ser unida a su esposo celestial; pero ello también es aplicable al caso de la esposa en su relación matrimonial. 'Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre'. Así como se le ordena al esposo a dejar a su padre y a su madre, la esposa debe olvidar a su propio pueblo y a la casa de su padre. Pero reitero que debe tener sentido común al interpretar palabras como estas. Ella no debe olvidarlos en sentido absoluto, sino que ella tiene que olvidar en este sentido, que ya no será más controlada por sus padres. El hombre no debe ser controlado por sus padres, y la esposa no debe ser controlada por los de ella.

Quizás a alguien se le ocurra hacer la siguiente pregunta: ¿Por qué, en relación con la clara enseñanza sobre el matrimonio, se nos dice que el hombre debe dejar a su padre y a su madre y ser unido a su mujer, no habiendo, sin embargo una afirmación paralela referida a la mujer, ni en Génesis 2, ni en Efesios 5? En mi opinión la respuesta es simple. La mujer siempre está en la posición de rendir deferencia. El hombre estuvo en tal posición hasta el momento de contraer matrimonio; pero desde ese momento en adelante se convierte en cabeza. La mujer rinde deferencia a sus padres; luego se casa y entonces rinde deferencia a su marido. Ella siempre está en una posición de estar rindiendo deferencia, ella nunca es la cabeza. En cambio el hombre, que anteriormente era niño e hijo y rendía deferencia, ahora se convierte en cabeza y recibe esta deferencia de su esposa. A medida que desarrollamos detalladamente este tema, ¿no es acaso obvio que por desconocer la gente esta enseñanza surgen tantos problemas matrimoniales y tantos fracasos?

Nada hace tanto daño a un matrimonio que la deferencia que los cónyuges rinden separadamente a un tercero. Al actuar de esa manera están quebrantando la unidad, están dejando de reconocer el hecho de esta nueva unidad y el liderazgo que el hombre tiene en ella. Entonces la esposa tiene que tratar de mostrar esta deferencia reverencial hacia su esposo. Ella tiene que realizar un ajuste mental y espiritual tal como también su esposo tuvo que hacerlo por su parte. Ahora ya no recibe sus instrucciones de parte de sus padres; ya no se somete a ellos; ahora se somete a su marido. Por supuesto ella sigue manteniendo su relación de hija; pero debe tratar de que su propia actitud sea correcta y que la actitud de su padre y madre también sea correcta. Con tanta frecuencia se fracasa en este aspecto, ya sea de un lado o del otro. El hombre que contrae matrimonio se dedica por completo a la familia de su esposa, o la esposa se dedica por completo a la familia de su marido. De ambos lados esto es incorrecto y nunca debería permitirse que suceda. Esta es una nueva familia. Se deben mantener las relaciones de amor con los padres de ambos lados, pero nunca en términos de

deferencia y sumisión. La esencia de todo el secreto del matrimonio cristiano y de una vida matrimonial feliz es que el hombre y la mujer que contraen matrimonio comprendan esto desde el comienzo mismo y actúen conforme esto, y a todo precio se aferren a ello. Si hay interferencia de parte de los padres de cualquiera de los lados, ellos son culpables de pecado, y de no comprender y de no vivir conforme a la enseñanza bíblica respecto del matrimonio. 'Que la mujer trate de mostrar esta reverencia a su esposo'. Ese es el gran ajuste que ella hace. Ella se somete a él. Ella no debe competir con él, ella no debe pelear con él; ella debe reconocer que la esencia del matrimonio consiste en que le muestre deferencia.

Hay una extraña frase utilizada por el apóstol Pedro que debemos considerar brevemente: 'como Sara obedecía a Abraham llamándole señor'. ¿Le ha interesado alguna vez el cambio de moda con respecto a este asunto? Se puede leer acerca de la gente del siglo XVII y notar como la esposa se refería habitualmente a su marido llamándole señor fulano de tal. Quizás ha sonreído, quizás le parezca ridículo, y yo estoy de acuerdo; pero también estoy segurísimo de que hemos ido demasiado lejos en el extremo opuesto. Existe un equilibrio correcto para estos asuntos. Sara llamó a Abraham 'señor', reconociendo de esa manera el principio bíblico. Luego leemos, 'de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza'. El significado de esto es: las esposas cristianas deben rendir esta deferencia a sus maridos, y Pedro les dice que deben hacerlo a pesar de lo que las mujeres paganas alrededor de ellas pudieran decir. Aquí había algo nuevo, algo que era raro, algo excepcional, y por supuesto, creaba gran confusión. Cuando las mujeres paganas que eran rencillosas y rebeldes—y con toda razón—veían a una mujer comportándose de esta manera, ofreciendo y rindiendo esta deferencia a su marido, muchas de ellas se sentirían impulsadas a atacarla y perseguirla. Lo que Pedro está diciendo es esto: continúen comportándose de esa manera porque es lo correcto; no se dejen atemorizar, no permitan que la persecución les afecte en lo más mínimo. Dejen que ellas les insulten cuanto quieran; no les hagan caso. Sin temer ninguna amenaza. Y, en efecto, aun si el marido las malinterpreta y se abusa de ello, continúen haciéndolo así, dice el apóstol; 'sin temer ninguna amenaza'. Hagan lo que es correcto. No se preocupen por lo que pueda decir otra gente. Este mundo pagano del siglo XX en el cual estamos viviendo sigue diciendo lo mismo; se les dirá a las esposas cristianas que están actuando neciamente, que están negando sus propios derechos como mujeres. No les presten ninguna atención, dice Pedro; dejen que la gente del mundo diga lo que quiera. Acaso ¿qué saben ellas? Esas personas no tienen mente cristiana, no están llenas del Espíritu. Recuerde siempre que el propósito de su vida es que haga lo correcto, lo que es bueno; y no se deje atemorizar, no sea turbada, no permita que interfieran en su conducta y comportamiento. Esta es entonces la última indicación del apóstol. No podemos sino destacar el maravilloso equilibrio que siempre se preserva en las Escrituras.

El apóstol lo resume todo en el versículo 33: 'Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido'. Mientras ambos hagan eso no corren riesgos de disputas sobre 'derechos' o sobre 'mi posición', o 'mi estado'. He aquí un hombre en posición de liderazgo; sí, pero porque él ama a su esposa como a sí mismo, nunca abusa de su posición. Y he aquí una mujer sometándose a sí misma a este gran y glorioso ideal. Ella nunca tiene temor de que su marido se aproveche de ella, o que la pisotee. Aquí se considera tanto al marido como a la mujer, y el equilibrio es perfecto y total. Por supuesto notamos que el apóstol al escribir esta declaración presupone que ambos, marido y mujer, son cristianos. El apóstol Pedro, según hemos visto en su primera epístola, capítulo tres, escribía presuponiendo en parte que el marido podía no ser cristiano; pero aquí todo el contenido está basado sobre la presuposición de que ambos cónyuges son cristianos. Y puesto que el apóstol no trata ninguna otra cosa, yo también me he abstenido de hacerlo. Esta es la forma en que un hombre cristiano y una mujer cristiana contraen matrimonio y llegan a ser esta nueva unidad. Una vez más quisiera repetir que no hay forma más maravillosa de testificar de la diferencia que significa ser un cristiano, que precisamente ésta.

Sin lugar a duda, una de las mayores necesidades de nuestro moderno mundo se encuentra precisamente en este aspecto. Muchas personas están preocupadas por las desavenencias que hay entre las naciones. Eso está bien; también es correcto que estemos profundamente preocupados por los choques dentro de las naciones. La gente expresa sus opiniones, habla claramente, y condena este lado o condena a aquél. Pero, cuando llega a conocer algo de las vidas privadas de algunas de estas personas que hablan con más elocuencia, descubrirá que en su propia vida matrimonial hacen exactamente aquello que están condenando. ¡Qué ridículo es esto! Una de las grandes diferencias entre el cristianismo y el secularismo es que el secularismo siempre habla de

generalidades, olvidando al individuo. El cristianismo comprende que la masa, la nación, después de todo, no es sino un conjunto de individuos. Poco me interesa lo que tenga que decir un estadista si él no practica sus principios en su propia vida personal. ¿Qué derecho tiene de hablar sobre la santidad de convenios internacionales y de decir a la gente lo que deben hacer o lo que no deben hacer como grupos, si en su propia vida privada no está poniendo en práctica los preceptos que ofrece a hombres y mujeres en sus diferentes esferas? En la medida en que los individuos viven correctamente también la nación vive correctamente. Las épocas más gloriosas en la historia de este país siguieron a aquellos años cuando se predicaba un evangelio personal y cuando grandes números de individuos llegaron a ser cristianos. Fue sólo en esos tiempos cuando comenzamos a aproximarnos a lo que es una nación cristiana. Pero no tiene sentido decir a la gente que emplee principios cristianos en su conducta si ellos mismos no son cristianos, y si en forma personal no entienden la fe cristiana. Esa es mi respuesta a aquellos que critican la predicación evangélica y la exposición bíblica diciendo: "Yo creía que usted diría algo sobre las conferencias referidas al desarme, o sobre lo que ocurre en África del Sur, y he aquí está hablando sobre esposos y esposas. Yo quería saber como resolver los grandes problemas mundiales". Confío que a esta altura ya haya quedado claro que es la predicación evangélica, y sólo ella la que realmente trata estos grandes problemas, todo lo demás no es sino habladuría. Pueden organizar marchas y hacer sus protestas. Todo queda en la nada, no se hace el menor impacto en nadie. Pero si tiene un gran número de individuos cristianos en una nación, o en el mundo, entonces, y sólo entonces, puede esperar una conducta cristiana a nivel internacional y nacional. Yo no presto atención a un hombre que me dice como resolver los problemas mundiales si no puede resolver sus propios problemas personales. Si el hogar de un hombre está en un estado de discordia, sus opiniones sobre el estado de la nación, sobre el estado del mundo, son puramente teóricas. Todos podemos hablar, pero el problema consiste en cómo aplicar la doctrina cristiana a la vida práctica. Y es precisamente en este punto donde usted debe ser 'lleno del Espíritu'.

Entonces, a la luz de los diversos principios que han surgido podemos trazar ciertas conclusiones referidas al matrimonio cristiano. Primero, la importancia de 2 Corintios 6:14: 'No os unáis en yugo desigual con los incrédulos'. Habiendo entendido algo de la verdadera naturaleza del matrimonio y particularmente del matrimonio cristiano, ¿acaso no es ésta una deducción obvia? Un cristiano no debe contraer matrimonio con un no cristiano; y si lo hace está buscando problemas. No puede lograr el equilibrio que se indica en este último versículo, a menos que ambos cónyuges sean cristianos. 'No os unáis en yugo desigual con los incrédulos'.

Segundo, solamente existe una cosa que realmente rompe el matrimonio, y ése es el adulterio. 'Los dos serán una sola carne'. Y solamente cuando esa 'sola carne' es quebrantada, también es quebrantado el matrimonio. De acuerdo a la enseñanza bíblica—y la encontrará en el Sermón del Monte y en otras partes—no hay otra causa para el divorcio y el rompimiento del matrimonio aparte del adulterio. Esa sí es una causa, porque ella rompe la 'sola carne'.

En tercer y último lugar, la cosa más importante siempre es considerar a nuestro Señor Jesucristo. Si un marido y una esposa juntos lo consideran a él no tienen por qué preocuparse de su relación uno con el otro. Nuestras relaciones humanas, afectos y amores, están cimentadas en nuestro amor común hacia él. Si ambos viven para él y para su gloria y para su alabanza, y si ambos dan un lugar principal en sus mentes a la analogía de Cristo y la iglesia y a lo que él ha hecho por la iglesia para que ella pueda ser redimida y que ellos como individuos puedan llegar a ser hijos de Dios—si ellos se sienten sobrecogidos por ese pensamiento y gobernados por él, no habrá peligro de que sus relaciones personales terminen en un desastre.

El marido será la cabeza de la misma forma en que Cristo es la cabeza sobre la iglesia. El se dio a sí mismo por ella; él murió por ella; él cuida y sustenta su vida, él vive por ella, él intercede por ella, su preocupación es que ella sea gloriosa y sin mancha y sin mácula, sin impureza, o arruga o cosa semejante. Ese es el secreto—que siempre tengamos los ojos puestos en él comprendiendo que el matrimonio no es sino un pálido reflejo de la relación entre Cristo y su iglesia. De modo que el principio del matrimonio exitoso es éste: "Haya, puesto, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". "Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido". "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella". Gracias a Dios, hemos

sido introducidos a una nueva vida, hemos recibido un nuevo poder, y todas las cosas han sido cambiadas—'las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas'. Todas las relaciones de la vida han sido transfiguradas y transformadas, han sido elevadas y exaltadas, y nosotros hemos sido capacitados para vivir conforme al patrón y el ejemplo del Hijo de Dios.